Saga de la inspectora Brenda Watson

LUCES EN EL BOSQUE

prólogo de Toni Benavente

EDICIONES abnostrom

J O R G E E D O

Luces en el bosque

Jorge Edo

Prólogo de Toni Benavente

La dedicatoria de este libro se divide en cinco partes: para Mar Ramón, para Montse Calduch, para José María Delicado, para Toni Benavente y para ti, lector, si sigues con Brenda Watson hasta el final.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor o autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Luces en el bosque
Autor: Jorge Edo
Prólogo: Toni Benavente
Edición en español, 2023
ISBN: 9798371291103
Sello: Independently published

Indice

Prólogo 11
capítulo 1 15
capítulo 2 25
capítulo 3 39
capítulo 4 49
capítulo 5 63
capítulo 6 73
capítulo 7 87
capítulo 8 101
capítulo 9 113
capítulo 10 123
capítulo 11 141
capítulo 12 153
capítulo 13 173
capítulo 14 191
capítulo 15 211
capítulo 16 225
capítulo 17 239
capítulo 18 253
capítulo 19 271
capítulo 20 287
capítulo 21 301

Prólogo

El miedo y el humor son dos caras de la misma moneda. Lo que nos intriga o aterra puede hacernos reír, como una reacción nerviosa. Por lo tanto, no debe extrañarnos que la novela de crímenes se acerque en determinadas ocasiones al humor. Desde los comienzos del género, ha habido una corriente que rebaja lo cruento de los asesinatos y las investigaciones criminales con un fino humor. La novela negra ha sido tradicionalmente un género que ha tendido a la gravedad, a llevarnos a los rincones oscuros de la mente humana y, en muchos casos, a la crítica social. El terreno vedado. humor, en principio, parecía un Al fin y al cabo, ¿qué hay de

divertido en un asesinato? Sin embargo, en este libro podemos encontrar muchos elementos humorísticos, que aderezan con gran maestría esta fantástica historia de crímenes y misterio. Desde la fina ironía hasta las perspectivas más paródicas, podemos disfrutar de una gran novela negra que pasa de la tensión a la carcajada.

Nos encontramos con un antecedente claro del humor en el misterio actual, la inspectora Brenda Watson es esa figura creada por Jorge Edo que, desde su apariencia de adicta a las drogas y de vuelta de todo en la vida, se desvela a través de este enigmático caso policial como una aguda analista de la condición humana. Jorge Edo, dota a esta historia, además, de un fino humor que hace aún más deliciosas las peripecias de la inspectora, un contrapunto a la ironía irlandesa. Luces en el bosque, nos proporciona una buena ración de misterio, carcajadas y momentos surrealistas. Un libro donde se citan el crimen, la intriga y el humor, basado en unos personajes que muestran su lado más humano en el transcurso de la lucha contra el crimen. En este fantástico libro, Jorge Edo usa el humor para rebajar lo crudo de este género que refleja lo peor de las pulsiones humanas, y así, hacer más llevadero, un género en el que la violencia es una de las claves.

Con un título tan sugerente como *Luces en el Bosque*, el autor crea una emocionante historia de intriga y suspense, aderezada con múltiples dosis de humor. Jorge Edo es ingenioso, imaginativo y se las sabe todas a la hora de mantener en vilo al lector sin necesidad de recurrir a trucos que nos sabemos de memoria. No se conforma con poner un tablero y mover sus piezas. Explora jugadas más ambiciosas sin que nos demos cuenta, y a medida que pasamos las páginas nos vamos enterando de la forma de ser y estar de los irlandeses.
Y como quien no lanzando por aquí quiere la cosa, su novela va y allá

andanadas de metralla

filosófica, pensamiento y obra enlazados en una narración que parece escueta, pero que se enrosca alrededor de los grandes asuntos de nuestro tiempo que los abre en canal dejando al aire las entrañas de eso que llamamos desesperación.

Tiempos desesperados que necesitan esos ramalazos de humor que tirita en escenas en las que nunca sabes lo que te espera. Y, en consecuencia, entre líneas se despereza una cauta melancolía que, como te la tomes en serio, puede dejarte instalado en el desasosiego. Es normal que sea así teniendo en cuenta que la protagonista de nuestra historia, Brenda Watson, parte de una epidemia de depresiones y adicciones que convierte a la misma Irlanda en ejemplo del malestar. En su vida aparecerá el sargento Manson, el cual le ayudará a resolver un escabroso caso que ya había sido archivado hace años.

Toni Benavente García

Capítulo 1

El silbido de la cafetera empezó a resonar como una melodía enloquecedora en aquel pequeño apartamento de la calle Saint James milord poco antes de las nueve. El desorden reinante en la cocina dejaba a la vista una extensa colección de platos y vasos sin lavar, acentuando la dejadez de Brenda Watson. A su vez, los desgastados fogones de gas denotaban a simple vista una tristeza alarmante provocada por las grandes ronchas de grasa negruzca que parecían estar allí desde el paleolítico pidiendo clemencia por una visita del olvidado *quitagrasas*. El resto del apartamento no se quedaba atrás, la cantidad de bolas de polvo que correteaban por el desgastado parquet daban a entender que la susodicha inquilina consideraba que las escobas eran tan solo objetos de adorno. Ciertamente, Brenda era una mujer preocupante, de esas que nunca desearías que estuviera en tu vecindario. En varias ocasiones había tenido serios problemas con el propietario por olvidar apagar los fogones del gas o por dejar abierto el gran chorro del agua de la bañera, inundando en un par de ocasiones al jubilado señor Gerard. Sin duda alguna, era la oveja negra del edificio. Otro de sus males menores era el nivel de decibelios con los que amenizaba al personal con su extensa colección de música electrónica a pesar de ser una mujer ya a las puertas de los cincuenta. Ante todo ese nefasto curriculum personal que iba arrastrando día a día su persona, por fortuna, Brenda no era una persona cualquiera. En Londres estaba considerada como la más suspicaz inspectora de policía gracias a la cantidad de falsificadores de tarjetas de crédito, timadores, pequeñas mafias organizadas y ladrones de medio pelo que había metido entre los barrotes. Era una especialista en ese tipo de delitos tan cotidianos en una ciudad tan grande como Londres. Su capacidad para esgrimir cualquier pista o indicio para dar con los sorprendente. Brenda inspectora cualquiera. presuntos delincuentes era

era especial, no era una Su carácter excéntrico hizo que en más de una ocasión se jugará el puesto para ser inhabilitada del cuerpo policial, poniendo en peligro su merecida reputación. El hecho más sonado en los últimos meses fue el que colmó la gota del vaso de la paciencia de su superior, el capitán Bentford. Brenda ni corta ni perezosa, tras haber capturado un grupo de adolescentes de familias adineradas que se dedicaban a falsificar tarjetas de crédito, se gastó más de 3000 libras con una de esas visas falsificadas que a buen recaudo acabó en su bolso. Aunque su mayor secreto era su adicción a la marihuana, la

bebida y alguna que otra sustancia prohibida. Tan solo alguno de sus pocos compañeros más allegados era sabedor de esa cara oculta de Brenda. Su mala relación con su superior, el estricto y cínico capitán Bentford fue una constante guerra de egos en la jefatura desde que fue trasladada desde Bristol a Londres. Los motivos aún no esclarecidos de su traslado estuvieron en boca de todos. Nada más poner los pies en Londres, Brenda acudió ante su superior con una borrachera aún renqueante de la noche anterior en un club de música electrónica londinense. Ello y las constantes vulneraciones del protocolo policial en su trabajo crearon un distanciamiento entre ambos irreconciliable. Incluso se llegó a decir que todo fue a causa de las calabazas que ella misma le dio desde su llegada a Londres tras negarse a cenar con él en un par de ocasiones. Todo eran rumores, suposiciones y teorías sin ningún fundamento. Pero Brenda, la lamentable inspectora venida desde el sur del país, vestida con ropas extravagantes, mal hablada, y la rebelde como muchos la llamaban, hizo que en pocos meses se proclamase la reina en los delitos menores. Nunca se sintió atraída por dar ese salto profesional hacia lo más oscuro de las entrañas que esta sociedad de vez en cuando saca a relucir: los asesinatos, las desapariciones, el crimen organizado, etc. Brenda desde sus inicios siempre se movió como pez en el agua entre ese abanico de ladrones de medio pelo que cada día pasean por las calles de Londres. Buscando la oportunidad de hacerse con carteras repletas de libras, de bolsos olvidados en cualquier lugar, de adolescentes con antecedentes penales robando en joyerías para comprar drogas, timadores sin escrúpulos que se aprovechan de la bondad de los jubilados para intentar colarse en sus casas, etc. Ese mundo parecía estar hecho a su medida. Brenda nadaba entre esas aguas oscuras, siendo la más astuta en dar caza a cada una de esas víctimas creadas por esta sociedad. Indudablemente en el fondo tenía algo en común con todos ellos, su pasado.

Nacida en Manchester en una familia de clase baja con serios problemas económicos. Se independizó nada más cumplir los dieciocho tras las continuas disputas con su padrastro enfermo de alcoholismo. Sus estudios fueron financiados gracias a lidiar en mil y un trapicheos junto a sus compañeros de piso, vendiendo pastillas y marihuana los fines de semana en las discotecas y pubs de Manchester. Poco tiempo más tarde, pudo centrar su vida gracias a Michael, su primer novio. A pesar de ser un chico de mala vida e inmerso en un mundo de problemas con su adicción a las pastillas y sustancias prohibidas, fue la única persona que centró a Brenda en finalizar sus estudios. Desafortunadamente, su novio Michael murió tiroteado por una banda de narcotraficantes en el norte del país. Su

cuerpo fue encontrado semanas más tarde en la cuneta de una carretera comarcal de Newcastle. Ese hecho tan doloroso marcó de por vida a Brenda, originando en ella un gran cambio drástico en su forma de vivir. Ese trance de catarsis personal tan doloroso hizo que ingresara en el cuerpo de policía de Bristol, claro está, sin dejar de lado sus oscuros vicios.

El teléfono de Brenda, que estaba sobre la mesa de la cocina, camuflado entre los restos de la pizza y las copas de vino de la noche anterior, empezó a sonar pasados unos minutos de las nueve de la mañana. Desde la puerta del aseo, Brenda apareció con una toalla enroscada en la cabeza y en ropa interior. Sus ojeras acreditaban pocas horas de sueño en su haber. Su mal humor matinal se prodigó con un gran taco a los cuatro vientos hacia la persona que se atrevió a llamar a esas horas de la mañana. Su ceño se frunció con extrañeza al comprobar que la llamada entrante era del capitán Bentford.

—¿Será posible? —al observar su nombre en la *pantallita* del teléfono. Ese era su día libre de la semana y Brenda odiaba rotundamente realizar suplencias de última hora cubriendo a otros inspectores. Además, no era muy frecuente que el mismo capitán Bentford la llamara a su teléfono personal.

—Oh… Mi querido capitán, ¿a qué se debe esta sorpresa? —descolgando el teléfono con sorna.

—Buenos días, Brenda, sé que es tu día libre, pero tengo que informarte que esta mañana me ha llegado un comunicado urgente directamente desde las altas esferas de carácter muy importante y… —comentó Bentford algo comedido sin terminar de hablar, esperando quizás una mala reacción de Brenda.

—Y… —respondió ella odiando de tener esa conversación a esas horas con su superior al que detestaba.

—Iré al grano Brenda. Se ha reabierto el famoso caso de los cinco jóvenes desaparecidos en Yorksinne, Irlanda, y del que tanto se habló en los medios. Parece ser que uno de los padres de los desaparecidos ha encontrado una prueba que podría dar algo de luz a los hechos. Por ese motivo, un juez de Dublín, basándose en las incoherencias en la investigación de lo que sucedió hace diez años por la policía irlandesa, ha dictaminado reabrir el caso bajo la tutela y jurisdicción de la policía inglesa a petición de los familiares.

—¿No estarás pensando que yo…? —preguntó Brenda esperando no ir

lo que presentía.

—Si Brenda, ¡esta me la debes! —subiendo el tono de voz.

—Benford ¿cómo que le debo algo? ¿Quién le está sacando las castañas del fuego en estos últimos tiempos en esta ciudad? Todas esas *medallitas* que le ponen sus superiores son gracias a mí y usted lo sabe. —comentó con el tono de voz alterado.

—Querida Brenda Watson, desde el día que pisaste mi jefatura, todo han sido problemas. Estoy harto de tapar con excusas absurdas a mis superiores todas tus tonterías. Tu falta de respeto hacia mí. Tus continuas infracciones disciplinarias fumando marihuana en los pasillos. El poco respeto hacia tus compañeros. El saltarte toda la reglamentación policial cuando te apetece o cuando vas fumada. Y aunque me duela decirlo, en este momento he de reconocer que eres la mejor inspectora en tu especialidad de la que dispongo.

—Bravo Bentford, tan solo quería oír de tus labios eso que acabas de pronunciar, pero me niego a iniciar esa investigación. —comentó Brenda mientras encendía un cigarro con restos de marihuana que había en el cenicero de la mesa.

—Tú decides querida Brenda, ¿echarte el caso a las espaldas o dos años de inhabilitación por negarte a un superior? —dijo sentenciando sin alternativa para ella.

Entre ambos se creó un silencio incómodo en el que tan solo las respiraciones alteradas de uno y otro se hacían sentir a través del aparato. Brenda exhalaba las últimas caladas de ese cigarrillo con nerviosismo intentando esquivar al precio que fuese el aceptar su propuesta.

—En caso de que decida aceptarlo ¿De cuánto tiempo en Irlanda estamos hablando?

—Posiblemente, una semana, no creo que haya mucho que rascar allí. —argumentó Bentford sin darle demasiada importancia a esa investigación.

—Entre tú y yo Brenda, esto simplemente se trata de un paripé. Hace diez años se peinó todo el país en una ardua búsqueda de pruebas sin obtener éxito sobre el paradero de ese grupo de amigos. Se estableció vigilancia en aeropuertos, controles en pueblos cercanos, carreteras, se interrogaron a cientos de personas allegadas a ellos, pero nada.

—Ni una semana Bentford, el viernes, estaré de vuelta a Londres ¿Entendido? —dijo Brenda mostrando sus condiciones a regañadientes.

—Está bien, como quieras, pero por lo menos déjanos en buen lugar, aparenta que hemos hecho algo para esclarecer el caso. Tendrás supervisión por parte de la Garda Síochána. Ellos te proporcionarán todos los informes digitalizados realizados hasta la fecha. En caso de que necesites ayuda en la recopilación de pruebas, te mandaré a ese decrépito policía que está a punto de jubilarse llamado Mike Oldman. Ya no sé adonde meterlo, le quedan tres meses para jubilarse. Últimamente, está visitando escuelas dando consejos de seguridad vial a los estudiantes.

—No pienso pedirte a Mike como ayudante, me basto yo sola con este asunto. No tengo demasiada buena sintonía con él. —pronunció molesta por el ofrecimiento.

—Como quieras Brenda, ah se me olvidaba, en el hostal donde te hospedarás, tienen las llaves de la casa que alquilaron donde estuvieron aquella noche. En la actualidad está abandonada ¿Supongo que sabrás que todo sucedió tras una supuesta sesión de Güija?, es lo que afirmó la hermana pequeña de una de las chicas.

—Lo se Bentford, yo en mi juventud también había hecho medio borracha, sesiones de espiritismo con mis amigas en la universidad buscando a mi amor platónico James Dean. Pero, ¡No me fastidies Bentford! ¿Voy a tener que entrar en esa casa?

Capítulo 2

Lunes, Dublín

E ra un lunes frío, húmedo y sumamente desagradable cuando el avión de *British Airways* aterrizó en el aeropuerto internacional de Dublín con media hora de retraso a causa de una espesa neblina matinal. Brenda había planificado al detalle esa investigación en tierras irlandesas como algo muy semejante a una escapada afirmaciones del capitán vacacional, ya que las

Bentford en su última conversación, recalcando que en Yorksinne no había nada que rascar, aún resonaban en su cabeza. Ello le daba rienda suelta a ejercer el mínimo esfuerzo en escudriñar alguna luz en ese caso cerrado diez años atrás sin resolver.

Tras recoger su equipaje le esperaba un agente de la Garda en un vehículo policial en la salida del aeropuerto. Era un tipo alto, de unos treinta y pocos, delgado, muy pelirrojo y con una tez sumamente blanquecina. Su uniforme policial daba la impresión que le iba un par de tallas grandes. Brenda esa mañana vestía con una gabardina oscura de piel y escondida tras sus *Ray-Ban* iba mascando chicle como una colegial. Su cabellera morena iba recogida en un par de coletas dándole cierto aire juvenil a sus casi cincuenta años. Era de ese tipo de mujeres que, sin ser demasiado atractivas, resultaban siempre ser interesantes ante el sexo opuesto o viceversa.

Nada más ver al policía esbozó una leve sonrisa musitando algo para sí misma en voz baja.

—Quien me lo iba a decir, Nosferatu y su limusina me están esperando. —musitó en voz baja viendo la blancura facial del policía sonriente al verla. Con mucho esfuerzo tuvo que
malévola mientras caminaba
hasta él.
contener su sonrisa cabizbaja acercándose

—Inspectora Watson, encantado. —alargando su mano en forma de saludo.

—Soy el sargento Manson del cuerpo de la Garda de Dublín.

—Sí, un placer. —respondió Brenda estremeciéndose de frío y sin

apenas prestarle atención. Más que una inspectora policial parecía una insípida estrella de rock.

Sentada en la parte trasera del vehículo policial, Brenda bajó levemente sus gafas de sol por el perfil de su nariz al observar una pequeña montaña de carpetas e informes a su costado en el asiento trasero. Todo estaba etiquetado meticulosamente con las siglas "Y D confidencial n.º 586".

—Inspectora Watson, menudo tiempo hace hoy, mal día para visitar nuestro país. —comentó el policía observándola por el retrovisor intentando entablar algo de conversación.

—Ahá… —respondió ignorando al sargento sin ningún ápice de interés en entrar en conversación con él mientras observaba su teléfono móvil.

—Llevamos seis días sin ver el sol ¿Allí en Londres tienen mejor tiempo, inspectora? —insistió el sargento sin apreciar la desgana de Brenda en hablar con él.

—Ahá… —volvió a susurrar sin interés alguno de lo que salía de los labios del policía. Lo único que le causaba abstracción en ese momento era el paisaje bucólico tras la ventanilla del coche policial. Este captó instantáneamente la actitud mostrada por Brenda y terminó quedándose en silencio sin despegar sus ojos de la carretera.

Pasados unos minutos, Brenda alargó su mano hacia uno de esos informes que reposaban en su lado izquierdo del asiento y lo abrió sin permiso alguno. El sargento Manson como un ave de presa al observar ese gesto por parte de Brenda puso de nuevo en funcionamiento sus neuronas para intentar conversar con ella.

—Oh, sí, casi se me olvidaba. Todos esos papeles e informes me han pedido que se los entregue para ayudarle a documentar su investigación con más datos. Tiene un par de pendrives en uno de los sobres con filmaciones y fotos tomadas hace diez años durante el incidente. —dijo el sargento dejando su cuerpo y alma para ser lo más agradable ante ella.

Brenda de nuevo escurrió por su fina nariz ligeramente las *Ray-Ban* para observar al sargento que con cara de circunstancias esperaba una respuesta.

—Sargento Manson ¿en Yorksinne hay vida nocturna para divertirse? Ya me entiende, copas, música.

La expresión facial del sargento Manson de extrañeza hizo resaltar una breve sonrisa de Brenda. Este se quedó pensativo intentando ser lo más recurrente con su respuesta hacia ella.

—Creo que solo hay un pub de esos que van los viejales a llenar sus barrigas de cerveza negra, pero si busca algo más fuerte deberá ir a Dublín. —dijo sin comprender el poco interés mostrado por ella hacia el caso que tenía entre manos.

Brenda gesticuló con un resoplido de sus labios, mostrando su resignación, sin despegar en ningún momento sus ojos de las extensas campiñas verdosas que nos iban acompañando por el camino.

—Pero, inspectora, ¿no tiene alguna duda en la que yo pueda ayudarle sobre el caso?

—Me informaron de que el padre de una de las desaparecidas tiene una reciente e importante información sobre el caso. Ello ha sido la causa de que yo esté aquí contigo en estos momentos. ¿Sabrías decirme de qué se trata? De esa forma me ahorraría una entrevista con ese padre y aprovecharía el tiempo en estas tierras de duendes y deliciosa cerveza para tumbarme por alguna de estas laderas para fumarme un par de cigarrillos.

—Lamento decirle inspectora Watson que esa información no la poseo, se ha catalogado de estrictamente confidencial para no alterar la nueva investigación de los hechos. —comentó Manson sin apartar su vista de Brenda.

—¿Puedo fumar? —mientras del bolso sacó una papelina enrollada en tabaco.

El sargento Manson muy dubitativo, pronunció un afligido —Sí… —aun sabiendo que estaba totalmente prohibido fumar en coches oficiales. Tras encender el cigarro, Brenda abrió su entrara la calima helada ventanilla dejando que del exterior intentando

ventilar el habitáculo. Los ojos del sargento Manson se encendieron como platos al oler de repente los hilos de la fragancia de marihuana que se iban colando por sus fosas nasales mientras conducía camino de Yorksinne.

Brenda exhalaba como si se le acabara el mundo en cuestión de segundos. De vez en cuando sacaba su cabeza por la ventanilla aspirando fuertemente el aire de esa fría mañana. El sargento Manson totalmente desconcertado ante la actitud indisciplinada de Brenda,

quedó en el silencio más absoluto.

—¿Te puedo hacer una pregunta Manson? —preguntó Brenda devolviendo su mirada en dirección a los ojos del sargento que veía clavados en el espejo retrovisor. Esta se quitó por primera vez sus *Ray-Ban* mostrando ante él sus ojos verdosos con las pupilas ligeramente dilatadas. No hace falta mencionar el motivo.

—Inspectora, no voy a airear nada de esto a mis superiores, confíe en mí. —añadió con una vergonzosa sonrisa y digamos que ligeramente tocado por los efectos de ese humillo que se iba colando en su organismo.

—Mi querido Manson, empiezas a caerme bien, pero quería preguntarte algo referente al caso ¿Qué crees que se esconde detrás de esas desapariciones?

—¿Por qué quiere saber mi opinión inspectora? —preguntó sorprendido ante ella.

—Me fio más de la versión de lo que sienten las personas, que de toda esta montaña de papeles que tengo entre mis manos. —dijo Brenda tirando una de las carpetas por la ventanilla trasera. La ventisca hizo que revolotearan por el aire una decena de esos informes yendo a parar a un descampado junto a la cuneta.

—¡¿Inspectora problemas, ¡son que hace?!, eso le puede causar pruebas! —gritó angustiado el

sargento Manson con los ojos desorbitados aminorando la marcha del vehículo.

—Tranquilo Manson, solo eran unos extractos nada sospechosos del alquiler de la casa donde se hizo la Ouija. Apenas tienen fundamentos para mí. Te reitero que estoy esperando la respuesta a mi pregunta. —comentó esta vez dando su última calada al cigarro.

—Si le he de ser sincero, prefiero no hablar del asunto. —añadió Manson evadiendo la pregunta con cierta incomodidad, algo que Brenda pudo apreciar.

—Oh Manson, veo que me vas a obligar a invitarte a unas cervezas para saber lo que piensas. La verdad es que son casi las once de la mañana y el cuerpo me pide algo de alcohol. —dijo Brenda arreglándose las cejas con un pequeño espejo que sacó de su bolsillo. Su intuición le decía que quizás ese buen hombre encofrado en ese

uniforme de policía podría ponerla al día en lo sucedido. Era una medida muy inteligente a la que Brenda solía recurrir para evitar siempre leerse los extensos y cansinos informes que llegaban a sus manos y que en su mayoría no le aportaban nada de lo que su perspicacia y olfato para resolver los casos requería.

El sargento Manson era una persona discreta, clásica, comedida e incapaz de saltarse una normativa disciplinaria en su trabajo. Ciertamente, la conducta de la inspectora Brenda Watson le sorprendía e inquietaba, pero le resultaba tan diferente a toda esa corte de inspectores con los que había trabajado que hasta incluso le causaba cierta admiración. Casualmente, él pudo vivir el caso muy de cerca hace diez años, cuando recién licenciado ingresó en el cuerpo policial de la jefatura central de Dublín. El mismo fue uno de los policías destinados a acudir a Yorksinne en aquellos días intensos de búsqueda de los desaparecidos.

Su respuesta, estando a un par de kilómetros de Yorksinne no tardó en salir de sus labios.

—He de reconocerle que me sorprende su manera de actuar como inspectora, pero algo me dice que aceptaré de buen agrado esa cerveza con usted. Será la primera vez en diez años que infringiré una norma totalmente prohibida en el trabajo.

—Querido Manson, siempre hay una primera vez para todo. —comentó Brenda con un gesto de aprobación.

Poco antes de llegar a nuestro destino, el vehículo policial se detuvo ante un cruce de la vía ferroviaria a la espera de que el semáforo se pusiera en verde tras la llegada del tren procedente de Cork. Durante la espera a nuestro lado se paró un joven motorista de apenas dieciocho años sin casco a los mandos de una destartalada BMW. Este con una expresión de no entender nada percibió el aroma del humo de la marihuana del cigarro medio moribundo de Brenda que provenía desde su ventanilla. Esta, mirándolo fijamente, tiró la colilla por la ventanilla a la vista del muchacho que perplejo, no daba crédito a lo acontecido ante sus ojos dentro de un coche oficial de la policía.

—Ni una palabra de esto chaval, si no te empapelo por no llevar casco ¿Me oyes? —dijo Brenda amenazándolo con su mano a través de la ventanilla. El color de la cara de aquel chico irlandés cambio de repente del blanco más lechoso a un rojizo intenso. Asintió con la cabeza mirando a Brenda con temor y seguidamente con disimulo desvió su vista hacia las vías del tren deseando que pasara ese dichoso

tren de Cork para esfumarse de allí.

Pocos minutos después, bajo una tenue llovizna en ese poco apacible día tan gris, llegamos al lugar de los hechos, Yorksinne en el condado Meath. Era un pueblo de aspecto triste y nada pintoresco como en su mayoría lo eran otras pequeñas localidades irlandesas como lo eran Adare, Inistioge, kilkenny, Kenmare, Dalkey entre otras. Su población no superaba los mil habitantes y tan solo destacaba principalmente como reclamo turístico por un antiguo enclave llamado la roca del cielo. Se trataba de una roca milenaria de grandes dimensiones con infinidad de formas caprichosas creadas por la naturaleza que en épocas remotas fue venerada por los druidas para implorar a los dioses de la naturaleza.

Llegando a una pequeña avenida llamada O'horrents el sargento Manson estacionó el vehículo en el arcén justamente delante de un Pub llamado Madison. Estaba totalmente acristalado con vidrios opacos y con un gran reclamo publicitario en su toldo de la cerveza *Guinness*.

—Este es el único divertimento en Yorksinne inspectora Watson. ¿Quizás no es lo que busca usted? —añadió mientras paraba el motor del vehículo.

—Me parece perfecto, mientras tengan algo que meter en el cuerpo. —contesto atenta a todo lo que acontecía alrededor.

Nada más traspasar la puerta del pub Madison le invadieron infinidad de recuerdos de su oscura etapa en Manchester. Ese discreto y anticuado Pub le recordaba mucho al lugar donde conoció a Michael. Sus sillones de piel desgastados, sus mesas de madera tan repletas de muescas, arañazos, dibujitos escarpados disimuladamente y de ese barniz barato en la madera del mobiliario que le imposibilitaba mejorar su viejo aspecto. Todo ello fue como un repentino *déjà vu* extraño que le trasladó por unos momentos a esa juventud vivida tan llena de excesos.

No había nadie a esas horas de la mañana en ese sombrío pub, tan solo el barman ensimismado en algo que observaba en su teléfono móvil. Era un hombre entrado en los cincuenta, con pelo rizado y oscuro, y más serio que un perro policía, nada más vernos acercarnos a la barra.

—¿Qué serán? —dijo en tono poco amigable a pesar de ser los únicos clientes.

—Dos pintas, por favor. —respondió Manson apoyado en la barra contemplando su blanquecino rostro en el espejo que estaba frente a nosotros.

Mis ojos se pararon a husmear con toda mi curiosidad en una polvorienta colección de botellas de whisky en una de las vitrinas de la pared. Allí estaban postradas como reliquias del pasado con un kilo de polvo marcas tan importantes como *Talisker*, *Cardhu*, *Johnny Walker*, *Jack Daniels*, *Macallan* y el whisky irlandés *Jameson*. Seguramente la Brenda adolescente de otros tiempos se habría hecho con alguna de esas botellas sin que se diera cuenta ese barman tan mustio que dirigía el pub.

Justo debajo de esa estantería mis ojos se centraron con atención en el marco de una fotografía que con dificultad desde mi posición podía apreciar de qué se trataba. Me llamó la atención descubrir que a los pies de esa foto en el suelo había un gran surtido de velas blancas encendidas en un pequeño montículo de cera amarillenta que parecía llevar allí años. Este hecho encendió como un resorte mi curiosidad por saber de qué se trataba ese emotivo homenaje. Me levanté del taburete decididamente haciendo sonar mis tacones sobre el suelo de madera hasta postrarme ante esa foto para contemplarla con detenimiento. A simple vista parecía un grupo de amigos en lo que podría ser una salida campestre. Eran cinco jóvenes. Dos chicas y tres chicos entre la veintena de años saludando a la cámara en un ambiente rodeado de naturaleza. En ese instante, desde el fondo de la barra, el barman alzó su voz hacia mí.

—Son ellos, nunca los encontraron. Mi hijo es el del jersey a rayas. —dijo con una voz solemnemente impregnada de tristeza.

Capítulo 3

El sargento Manson apuró hasta la última gota de su segunda pinta de cerveza negra tras agotar mi paciencia después de haber estado escuchando los tristes pasajes de su vida como divorciado en Dublín. Era el trozo de pan más calzonazos de toda la isla esmeralda, tal y como presentí nada más subirme a ese vehículo policial, pero en el fondo me caía bien. Lamentablemente, esos veinte minutos de charla ininterrumpida por parte de Manson vomitando todas sus miserias, no distrajeron a ninguna de mis neuronas gracias a mi camaleónica virtud de evadirme de cualquier charla intrascendente cuando me apetecía, y muy a pesar de haber estado mostrando la máxima atención posible ante Manson. He de confesar, que la vida de los demás me importaba bien poco.

Curiosamente, durante la vomitera existencial del sargento Manson mientras permanecía ante él en modo zombi, me sedujo la imperiosa idea de poder interrogar al barman de aquel pub en esa misma mesa. Nadie mejor que él podría ponerme al caso de todo lo sucedido aquel día fatídico con la pérdida de su hijo.

—Manson llevas casi veinte minutos hablando de tu exmujer y su amante senegalés. Debes pasar página, abre los ojos. —añadió Brenda con cierta saturación sin quitar los ojos del barman que parecía estar buscando algo en el interior de una vieja caja de madera sobre la barra.

—Entonces, ¿qué creé inspectora de todo ello? —preguntó Manson totalmente desconcertado.

—¿Sobre lo sucedido con esos chicos? —preguntó alzando su mano al barman para que aterrizara en la mesa una tercera pinta.

—No inspectora, me refería a lo de mi mujer. —dijo buscando alguna palabra esperanzadora sobre su posible vuelta.

—Manson, si no quieres que escupa ante ti la dura realidad de lo que le sucede a tu mujer, permíteme que cambiemos de tema ¿De acuerdo? Llevamos casi una hora y todavía no me has dicho qué piensas sobre el caso. —añadió sin querer herir sus sentimientos. Brenda intuyó claramente que era un marido demasiado ausente de su vida familiar y demasiado apegado al fanatismo del fútbol de la Premier League las veinticuatro horas del día. La vida marital al lado

de Manson podría llegar a ser más aburrida que escuchar una partida de ajedrez por radio. Además, ese amante senegalés diez años menor que su exmujer debió abrirle una nueva puerta a nuevas y placenteras experiencias en la cama, borrando del mapa al pobre sargento Manson tan lejos de poder igualar un amante de ese calibre.

—Seguro que usted inspectora opinará al igual que el resto de mis compañeros de jefatura. Estoy harto de escuchar sus bromas, en referencia a mi pene en comparación al de ese negrito.

Brenda esbozó una sonora carcajada que resonó en todo el local superando el leve hilo musical de música celta que sonaba en esos momentos.

—Piensa mal y acertarás amigo. Supéralo Manson. —dijo Brenda vaciando su jarra de cerveza en un último trago haciendo una reverencia hacia él. Manson encajó el comentario deportivamente con una leve sonrisa. Era tan buen tipo que hasta incluso se reía de sí mismo.

Ante ellos apareció el barman con dos pintas más, era la tercera ronda. Manson se negó a aceptarla, ya que le quedaban más de setenta kilómetros hasta Dublín.

—No me he presentado soy la inspectora Brenda Watson de la jefatura metropolitana de Londres. —estrechando su mano en forma de saludo.

—Estoy aquí para reabrir el caso de su hijo desaparecido y sus otros cuatro compañeros. — comentó observando los ojos de sorpresa de aquel barman. Este caminó hasta la puerta del pub para cerrarla con el pestillo y volvió hacia la mesa con una pinta entre sus manos para sentarse entre los dos.

—¿A sí que es usted la encargada del caso? Sabía que el padre de Francis había encontrado algo en un bosque muy cercano a Yorksinne, pero no me imaginaba que enviarían a una mujer. Creo que esto, y espero no se lo tome a mal, le va a ir un poco grande. —sentenció con suma desconfianza y poca credibilidad hacia ella.

—Descuide, no me lo tomo a mal. Esas mismas palabras fueron pronunciadas por el capitán Bentford cuando puse mis pies en su comisaría por primera vez y a día de hoy es mi perro faldero. No se lo tendré en cuenta, únicamente he venido a Yorksinne a intentar ayudar.

—En su día vinieron más de cuarenta policías venidos de todo el país.

Incluso el gobierno de Irlanda recurrió a pedir ayuda al FBI por la poca fiabilidad de nuestra policía. Peinaron más de cien kilómetros, con perros adiestrados, interrogaron a prácticamente todo el pueblo, hubo controles durante meses por aeropuertos, carreteras, autopistas y nadie dio con una sola pista. ¿Y ahora el gobierno de Inglaterra nos manda a una simple inspectora para cumplir con el expediente?, solo un milagro de dios nos puede devolver a nuestros hijos, no usted inspectora —dijo señalando a Brenda con cierto rencor.

Brenda se quedó en silencio con su mirada fija en la jarra de cerveza negra mientras la acariciaba con sus dos manos.

—¿Sabe que decía mi abuela cuando nací? —preguntó Brenda seriamente sin soltar su jarra al barman. —Este bebé es un milagro. Aunque no es el tipo de milagro que todos esperan ver.

—Confíe en la inspectora Watson, es la inspectora con mejor reputación en toda Inglaterra en resolver casos menores. —añadió el sargento Manson intentando arrojar alguna luz de esperanza al barman.

—Manson, quizás si te hubieras ahorrado eso de casos menores habrías ayudado en la causa. —añadió con sorna tras otro largo trago de cerveza. —Sé que no soy lo que usted esperaba, quizás un destacamento de agentes del FBI le habría satisfecho más, tan solo le pido que me explique con detalle lo que sucedió y no le haré perder más tiempo.

—Era un espléndido grupo de amigos que vi crecer desde su niñez. Susan, Claudia, Francis, mi hijo Jeremy y Matthew. Solo al pensar en ellos puedo aún recordar sus caras. Eran muy amantes de la naturaleza, solían hacer acampadas muy cerca de la roca del cielo junto al riachuelo donde pasaban los fines de semana simulando a los hippies de los setenta. No había nada extraño en sus conductas, no tomaban drogas, tan solo Jeremy, mi hijo, fumaba de vez en cuando. Fueron muy queridos por el pueblo y siempre estaban dispuestos a ofrecer ayuda en lo que fuera. —comenzó a emocionarse. —Ellos mismos me pintaron el local. —añadió señalando las paredes.

—Alquilaron aquella casa en las afueras para pasar los fines de semana sin que nadie les llamara la atención para organizar fiestas y no ser llamados a la atención por el ruido de la música que escuchaban. Un día sin saber por qué, se le pasó por la cabeza hacer una güija en una noche calurosa de junio hace diez años y eso es todo, no hay nada más inspectora que yo pueda agregar sobre el hecho, no

se supo más de ellos. —añadió secándose las lágrimas con su pañuelo.

—¿Puedo intervenir? —añadió Manson con timidez, entre ambos.

—Adelante. —asintiendo Brenda con su mano. —Yo estuve cubriendo la zona del bosque junto a un equipo de policías e investigadores en aquella época. Ciertamente, no dimos con nada significativo. Lo que sí llegó hasta mis oídos, es que eran enfermizamente adictos a la ufología y a esos temas de espíritus, ya me entienden. Se rumoreó en esa época que el verdadero motivo del alquiler de la casa fue para poder realizar allí ese tipo de cosas esotéricas.

—Lamento discrepar de usted sargento. No es verdad que esa casa fuera alquilada tan solo para fines esotéricos, aunque sí que es cierto y es un dato que se me he pasado por alto la ferviente afición a esos temas por los cinco. Considero que es algo muy normal que esos chicos y chicas de veintitantos años se sintieran atraídos como divertimento por ese tipo de cosas en un lugar tan aburrido como Yorksinne. —añadió el barman contradiciendo a Manson.

Brenda, seria y silenciosa, permanecía ausente en aquellos instantes haciendo círculos con la jarra de cerveza sobre la mesa. Parecía sintetizar en su mente toda esa información que escuchó de los labios del barman. Se levantó de la mesa caminando lentamente hacia el marco de la foto de los cinco integrantes. Aquellos dos hombres la miraban esperando que de sus labios surgiera algo esclarecedor. Tras unos segundos, Brenda se giró repentinamente clavando su mirada al atento barman.

—¿Esa foto es cercana a la desaparición? —dijo señalando con su jarra medio llena al marco de la foto.

—Se realizó una semana antes de los hechos, inspectora Watson. —respondió el barman.

—Veo que están en pleno bosque, ¿no es así?

—Así es. —dijo atentamente el barman.

—¿Me podría decir quien tiró esa foto? —preguntó dándole un largo trago de cerveza a la jarra.

—Fue tomada por el propietario de la casa. Era un tipo del que nunca se supo nada mientras estuvo viviendo en esa casa. Apenas se relacionaba con la gente del pueblo, era un importante tasador del

mundo de las antigüedades en Dublín, por lo que sé. Esa foto fue tomada en un pequeño descampado junto al porche de la entrada el día que la alquilaron.

Brenda señaló instantáneamente al sargento Manson que apoyado con sus dos manos en la mesa daba la impresión que el efecto de las dos cervezas ya hacían mella en su organismo.

—Querido Manson esto es relevante. —añadió Brenda algo tambaleante caminando hacia él como una leona ante su presa. —¿Ese hombre fue interrogado durante las investigaciones pertinentes que la policía de Irlanda llevó a cabo hace diez años?

—La verdad inspectora Watson, es que mi memoria en estos momentos es nefasta, el haber mencionado a Berta, mi exmujer con toda esa historia del senegalés me ha removido por dentro, pero si le he de ser sincero, en esos informes no recuerdo haber visto mencionado ese tal Ronald Warham, jamás.

Capítulo 4

Martes, Yorksinne

Tumbada en la cama de la única pensión existente en Yorksinne me dieron las doce de la noche dándole vueltas a la charla mantenida con ese barman en el pub Madison. Los informes que me fueron entregados por el sargento Manson estaban todos esparcidos por la rugosa moqueta granate ocupando gran parte de la habitación tras darles de una simple ojeada. En ninguno de esos papeles tan amarillentos por el paso de los años hallé indicio alguno que me pudiese encender alguna luz esperanzadora que se les hubiera pasado por alto. Por un momento resonaron las palabras del capitán Bentford en mi cabeza argumentando aquello de "allí no hay nada que rascar", pero si, esa visita al pub Madison no me dejó indiferente, no podía pasar por alto ese dato importante sobre la ausencia de Ronald Warham, el propietario de la casa. Su extraña ausencia en los informes de las personas interrogadas por la policía irlandesa me abrió una pequeña brecha que me incitaba como una posesa a hurgar en ella.

Amanecí a la mañana siguiente con un dolor considerable de cabeza provocado por las cuatro pintas de cerveza de la noche anterior. Además de unos desagradables picores por todo mi cuerpo debido a la cantidad de ácaros que seguramente corretearon a sus anchas mientras dormía en esas ásperas sábanas con olor a humedad. A todo ello habría que sumarle la cantidad de maldiciones e improperios que otorgué con honores y en voz alta en la ducha al calentador de agua caliente cuando me dejaba a medias sintiendo sus chorros intermitentes de agua fría y caliente a intervalos de diez segundos. Ciertamente, mi estancia en la pensión Oswald's Mery tenía los días contados.

Pasadas las once de la mañana, mientras terminaba de recoger la inmensa marea de papeles que había sobre la moqueta, escuché cómo alguien picó a mi puerta un par de veces. Al abrir la puerta me encontré con la nieta de la mujer que regentaba el hostal. Era la típica *teenager* de catorce años, pegada a su móvil las veinticuatro horas al día. Vestía con un despampanante jersey de color rosa con la cara de *Justin Bieber*.

—Hola, mi abuela me ha mandado subir para avisarle de que en el salón de desayuno le espera alguien desde hace una hora. —dijo la adolescente mientras de su móvil en ese breve espacio de tiempo

sonaron más de cinco mensajes de wasap entrantes.

Brenda la escaneó de arriba abajo sin pronunciar palabra, contemplando a ese joven ser en plena ebullición hormonal. La adolescente en cuestión ladeo su cabeza observando el interior de la habitación y con sorpresa descubrió algo que Brenda deseaba ocultar.

—¡Señora, mi abuela dice que no se puede fumar en las habitaciones! —pronunció como si hubiera descubierto al mismísimo "*Jack, el destripador"* allí escondido.

Brenda suspiró mirando al techo de la habitación, consumiendo su poca paciencia e intentando controlar esa fiera interna ante esa adolescente antes de soltar un improperio.

—Si quieres que seamos buenas amigas debes guardar el secreto. —dijo Brenda intentando evitar que supiesen de esa antigua costumbre después de levantarse.

—Pero… —olisqueaba con atención. —Pero si es lo que fuman Andrew y Peter, los chicos de mi clase, ¡marihuana! —añadió sorprendida con los ojos como platos.

—A ver, ¿qué quieres a cambio de que no le digas nada a tu abuela?, hagamos un trato —dijo Brenda intentando negociar con la adolescente.

—Eso de la mesita. —señaló con deseo a un lápiz de labios *Lancaster*. Era de ese color rojizo tan usual en los labios de Brenda.

—Todo tuyo, te aseguro que ese tal Andrew y Peter caerán en tus brazos con ese color de labios. —dijo entregándoselo en mano.

Pocos minutos después, enfundada en unos tejanos y un polar oscuro, Brenda apareció en el salón para el desayuno ocultando con sus *Ray-Ban* sus pronunciadas ojeras. En una de las mesas había un tipo bien trajeado que nada más verla aparecer alzó su mano hacia ella.

—¿Nos conocemos? —preguntó Brenda generando un largo bostezo como si la presencia de ese hombre le importará bien poco. Este se levantó de la mesa ofreciendo su mano, pero Brenda no accedió.

—Perdone mi intromisión, soy el padre de Francis, uno de los desaparecidos. Supe de su llegada a Yorksinne ayer por la noche tras charlar en el Madison con el padre de Jeremy. Quiero darle las gracias por prestarse a reiniciar el caso, inspectora Watson.

—¿No será usted el padre que dice haber encontrado algo muy importante en el bosque? Espero que así sea, porque ello me ha traído hasta Yorksinne y le aseguro que dormir en esta pensión no es nada placentero. —comentó sentándose en la mesa delante de él.

Sin articular palabra, el hombre rompió a llorar desconsoladamente, desdibujando ese plante elegante y educado que mostraba momentos antes. Brenda lo observaba con cierta empatía, pero ese tipo de situaciones ante ella apenas la conmovían. Ante ellos apareció la gerente del hostal con una bandeja de desayuno. En ella había unas tostadas con mantequilla, tres lonchas de beicon, cuatro salchichas, un zumo de naranja y una jarra de café. Brenda hizo una mueca ante tanta comida mientras que aquel hombre se recuperaba de ese triste estado de ánimo.

—Perdone, pero han pasado diez años y parece que fue ayer. —añadió mientras recuperaba la normalidad.

—No hace falta que se disculpe, entonces, ¿me va a hablar de lo que encontró en el bosque? —dijo Brenda sin prestarle atención. Sus ojos estaban puestos en el contenido de la bandeja. —Hábleme, no se corte, estoy muerta de hambre. —dijo Brenda troceando el beicon en rodajas.

—Lo que quería comentarle es que hace poco más de un año encontré de forma casual por un camino muy cercano de la abandonada factoría química por el cual solíamos pasar diariamente Francis y yo haciendo footing. Descubrí entre unos matojos de un árbol mientras orinaba una marca en el tronco en la parte inferior muy parecida a la que solíamos hacer cuando iniciábamos nuevas rutas en el bosque para no perdernos. De esa manera, marcando los caminos sabíamos cómo volver a Yorksinne. ¿Es muy extraño, no cree?, quizás usted tema que estoy loco.

—Tranquilo, la locura es la nueva normalidad social. Si no, vea a esa adolescente que está levantando la voz a su abuela. —dijo Brenda señalando a la nieta de la gerente de la pensión que discutía con su abuela por llevar los labios pintados como un *putón verbenero*. —Por cierto, ¿esa es la prueba por la que se ha reabierto el caso? —preguntó Brenda con cierta decepción.

—Sí, inspectora implicados en las Watson. Todos los padres desapariciones recurrimos al

tribunal para intentar desenterrar el caso. Tan solo el padrastro de

Matthew se negó a remover las aguas de nuevo, se mudó poco después a Cork tras lo sucedido. Ya ninguno de nosotros hablamos con él por el despreciable gesto de no darnos apoyo para iniciar de nuevo las investigaciones con la policía británica. Por suerte, el juez magistrado Griffins tuvo la suficiente empatía con lo sucedido para intentar de nuevo esclarecer las causas de las desapariciones con el apoyo de Inglaterra. —volvió a mostrar el dolor en sus ojos. —Y respecto a esa adolescente malcriada, ella es Lisa, va a salir tan descarriada como su madre. La dejó con su abuela en adopción para marcharse a trabajar de *gogó* a Liverpool. —comentó mirándola con cierta tristeza.

Brenda, tras ingerir más de medio vaso de naranja de un solo trago mientras escuchaba a aquel hombre, emitió un leve eructo incontrolado procedente de las profundidades de su esófago llamando la atención de los pocos clientes del comedor que desayunaban en esos momentos.

—¡Tranquilos, todo está controlado! —comentó alzando su pulgar en un gesto chulesco hacia los presentes.

El hombre que tenía ante ella vergonzosamente le respondió con una discreta sonrisa. —¿Se encuentra bien?, la veo algo mareada.

Indudablemente, los efectos de la resaca de la noche anterior mezclados con el pitillo matinal de marihuana le dieron alas para empezar el día con su particular soltura como inspectora.

—Sí, descuide. He pasado una noche muy larga soportando un ejército Además, he dormido cuestiones que no veo de ácaros sobre mi piel. muy poco pensando en claras en referencia a lo

sucedido. ¿Le puedo preguntar cómo se llama?

—Brandom Fox.

—Brandom, ¿me puede enseñar alguna foto reciente de esa marca en el tronco del árbol?

El hombre apresuradamente como si le quemara el móvil dentro de la chaqueta lo sacó toqueteando la pantalla táctil como si le fuera la vida en ello. Se lo entregó a Brenda y esta lo sostuvo en sus manos unos instantes. En la foto se podía apreciar un símbolo muy parecido a un par de iniciales, una junto a la otra mostrando, “BF”. Se refería a Brandom y Francis, ellos dos tan solo podrían saber el significado de esa marca en los caminos. Brenda la observaba detenidamente, seria, y

sumamente pensativa. Brandom la observaba con atención, ya que Brenda no despegó su mirada en apenas minuto y medio. Con diez segundos hubiera sido suficiente para analizar esa foto, pero Brenda sentía que algo chirriaba en esa imagen al contemplarla. Entregó de nuevo el teléfono a su dueño y lo miró con ese rostro de felina avispada.

—¿Qué sucede inspectora? —dijo el padre con temor. —¿Acaso cree que simplemente se trata de una casualidad?

—Señor Brandom. —suspiró. —¿Siempre tallaban en los troncos esas señales tan a ras de suelo?

—La verdad es que no Inspectora Watson, siempre solíamos hacerlas cuidadosamente sin dañar demasiado la madera a media altura. —añadió sorprendido por ese dato.

—Esa señal escondida entre tanto matojo nunca sería vista por ningún caminante que pasara por allí. De gracias a su querida próstata por aquel día de haberle incitado urgentemente a orinar a los pies de ese árbol. Necesitaré ir a husmear la zona donde se encuentra.

Con cara de circunstancias, el padre del muchacho mostraba el aspecto de estar desconcertado.

—Entonces ¿Qué piensa usted de que esa señal estuviera oculta? Lo más lógico es que si Francis fue el autor, la hubiera hecho a media altura como de costumbre para que la pudieran ver.

Brenda dio el último sorbo de su café meditando la respuesta. Se quitó las *Ray-Ban* ante Brandom dejando a la vista sus ojos soñolientos y ojerosos, pero incluso así, desprendía cierto atractivo.

—Señor Brandom, existen muchas hipótesis en una investigación. Yo no querría entristecerle con mis suposiciones en referencia a lo que opino sobre esa foto, si quiere lo podemos posponer para otro momento. —comentó Brenda sin ánimo alguno de martirizar más el pobre corazón de aquel padre.

—Inspectora necesito alguna luz al respecto, por favor, dígame que opina. —dijo mostrando desesperación.

—¿Está usted seguro de querer oírlo?

—Sí, inspectora.

—Posiblemente, su hijo estaba tumbado en el suelo cuando hizo esa marca. Todo me indica que él quiso dejar una señal y estoy segura de que por algún motivo no pudo hacerlo a media altura. De alguna manera ello nos indica que allí pasó algo. Lo siento, no puedo hablar más sobre ello.

A media tarde, cuando el crepúsculo anaranjado del sol dejó caer su manto sobre las campiñas de Irlanda, decidí darme un garbeo por Yorksinne abrigada hasta las cejas e intentando hacerme un esquema mental de aquel lugar. Por primera vez mis pies pisaban la tierra de los tréboles de cuatro hojas, de la música celta, de los *leprechauns* y de las cuatro estaciones que se podían dar un mismo día. Ese país era una mezcla entre naturaleza y asfalto, sonido de pájaros y arpa, marrones con verdes, cerveza negra con whisky. Siendo esta última mezcla la más llamativa para una servidora para conllevar esos cinco días de investigación. Lo cierto es que no había demasiado que ver en Yorksinne, pero pasear por sus tranquilas calles, donde el combinado del blanco con el azul inundando las fachadas de las casas me regaló cierta calma. Caminando por las afueras del pueblo absorta en mis pensamientos y con mi cigarro como única compañía topé con un pequeño convento franciscano en ruinas que fue erigido en Irlanda durante los siglos XIV y XV, según pude constatar en un cartelito. Me llamaron la infinidad de grafitis que había en sus paredes con símbolos satánicos y frases despectivas hacia Jesucristo con notables faltas de ortografía. El frío empezaba a hacerse notar mientras permanecía sentada en un banco en el jardín del convento. Ese silencio sepulcral a mi alrededor me generaba cierta inquietud, pero no echaba de menos el tedioso ajetreo de Londres. De repente mi teléfono móvil empezó a sonar. Era el sargento Manson por lo que pude apreciar.

—Inspectora Watson. —Sí Manson, dígame. —contestó aliviada de poder conversar con alguien.

—¿Cómo pasó la noche? La vi dando tumbos al entrar a la pensión.

—Querido Manson, eran los cimientos de Yorksinne los que se tambaleaban bajo mis pies. —dijo bromeando. —Por cierto, Manson, necesitaría un equipo de investigación forense en una determinada zona donde se descubrió esa nueva prueba.

—Mañana los tendrá allí inspectora, puntuales en la pensión.

—Otra cosa Manson, llegaste a conocer al padrastro de Matthew. Es el único que se ha negado a reabrir el caso. ¿Extraño no crees?

—Sí, lo recuerdo. Sé que tras la desaparición de su hijastro se separó de la madre biológica de Matthew de la noche a la mañana. Ella falleció pasados seis años inmersa en una depresión. Supongo que cada uno lleva las cosas a su manera, debió ser un duro golpe para ellos, ¿no?

—La muerte no es la mayor pérdida en la vida. La mayor pérdida es lo que muere dentro de nosotros mientras vivimos. —sentenció Brenda recordando el vacío existencial tras la muerte de Michael, su primer novio asesinado por narcotraficantes.

Brenda dejó un largo silencio antes de volver a contestar al sargento Manson. Por el auricular tan solo se percibía el sonido del viento y el canto de los pájaros del parque al compás de la respiración tranquila de Brenda.

—¿Inspectora? —dijo temiendo haber perdido la conexión.

Brenda, con los ojos fijados en la cruz que posaba en lo alto del monasterio, saldó la última calada de marihuana de su cigarro y tras soltar una gran bocanada de humo blanco contestó a Manson.

—Necesito por orden policial capturar e interrogar a ese tal Ronald Warham, propietario de la casa que alquilaron los cinco jóvenes desaparecidos.

Capítulo 5

Miércoles, Camino de Saint Fools (Yorksinne)

Por fin, una mañana apacible hacía resplandecer el omnipotente verdor de los campos de Yorksinne. La puntualidad del equipo forense a su llegada a Yorksinne me dejó en evidencia, ya que la noche anterior encerrada en la habitación de la pensión bebiendo más de la cuenta e ingiriendo un estofado irlandés digno de echar a los perros hizo que mi presencia se demorara cuarenta y cinco minutos. Aparecí con un chándal morado de la marca *adidas* que un granujilla londinense me regaló con tal de no desmontarle su negocio de estraperlo, unas bambas *John Smith* birladas tras una redada en un almacén clandestino de unos chinos del barrio de Candem y mi mayor tesoro, las *Ray-Ban* de Michael que siempre iban conmigo. Las caras del personal forense al contemplar mi aspecto a mi llegada, con ese digamos aspecto rapero, fueron un poema. Esa mañana también acudió Brandom, el padre de Francis, él era la persona que nos iba a llevar hasta el lugar del hallazgo donde se encontraba aquella nueva prueba hallada en el árbol.

Sentada a su lado en su viejo *Skoda 105*, enfilamos un camino de tierra muy estrecho colindante con la carretera general. Nos dirigimos hacia las afueras casi adentrándonos en el pequeño bosque de la roca del cielo. Detrás de nosotros iba la furgoneta oficial del equipo forense con sus dos ocupantes con un plante muy serio. A medida que íbamos avanzando en aquel angosto camino, la vegetación se hacía más espesa. Fue necesario aparcar los vehículos en un costado del arcén por un barrizal que atesoraba el camino en un tramo de cien metros, imposibilitando la circulación. Tras caminar unos diez minutos se pudo divisar entre los árboles los últimos restos de una vieja factoría química abandonada en ruinas. Era el paraíso perfecto para los grafiteros del lugar, un sitio idóneo donde rellenar las pocas paredes que quedaban en pie con sus ilustraciones urbanas.

Con cierta emoción en los ojos de Brandom llegamos hasta el enclave donde se hallaba el árbol con esa misteriosa señal. Este se arrodilló para escarbar entre los matojos hasta que quedó a la vista de todos esas iniciales casi inapreciables BF. El equipo forense no tardó ni un minuto en desplegar todo su abanico consigo de utensilios tecnológicos que en maletas de aluminio para llevaban procesar

cualquier información sobre lo encontrado.

Pasadas un par de horas me encontraba sentada en uno de los troncos tallados que había a un costado del camino, fumando en total soledad y aprovechando ese tenue sol que bañaba de luz la mañana mientras tomaba el sol como una veraneante. El silencio reinante de ese apacible lugar me permitió que llegaran hasta mis oídos algún que otro comentario machista por parte de los forenses por mi actitud despreocupada. Ninguno sabía que mi agudeza auditiva era algo fuera de lo normal.

Pasados unos minutos vi cómo uno de los forenses se acercó hasta mí quitándose los guantes y la mascarilla con la intención de darme toda la información sobre lo investigado. Por lo que vi parecían haber terminado su trabajo, ya que su otro compañero de nuevo ordenaba el instrumental en las maletas de aluminio. Expectante bajo mis *Ray-Ban* le esperé sentada en el tronco como una lagartija al sol y cuando estuvo a pocos metros de mí le sorprendí dando un brinco para ponerme en pie ante él. En un gesto de poca educación estiré mis brazos con un largo bostezo antes de pronunciar nada. He de reconocerlo, a veces mi actitud era para abofetearme, pero Brenda Watson es única.

—Inspectora Watson, quizás haya valido la pena venir aquí esta mañana. —dijo quitándose el sudor de la frente. —Fue una buena idea por su parte. —dijo el forense con voz esperanzadora.

—Dispare, tengo que ir al baño, el estofado de anoche me pide paso y ya no aguanto más. –dijo Brenda con un apretón en el estómago moviendo sus piernas con nerviosismo. El forense al verla encajó el comentario con una sonrisa haciendo que se esfumara esa fría tirantez que había entre ellos desde la mañana.

—¿Se siente indispuesta inspectora? ¿Le puedo ayudar? —dijo el forense educadamente.

—Seré lo más expresiva posible para no perder más tiempo con formalismos, tengo ganas de cagar. O sea, ¡dispare ya de una vez! —añadió Brenda algo apurada.

—Hemos encontrado algunas partículas casi inapreciables de uña humana en los microscópicos contornos de las marcas del tronco. Estudiaremos si el ADN del señor Brandom se corresponde con el encontrado en esas muestras. Otra prueba fehaciente es que lo hizo con sus propias manos, sin utilizar ningún instrumento punzante, debió ser muy doloroso. De esta manera podemos descartar a ciencia cierta de que fue tallado con parecido a una navaja, tornillo metálico.

algún instrumento

o algo que fuese

—¿Eso es todo lo que se ha sonsacado de ese análisis en esa marca en la corteza del árbol? —dijo Brenda desconcertando al forense.

—No parece satisfecha con el hallazgo, inspectora. ¿No es así?

—Me gustaría que tomaran trazas del terreno donde se encuentran esos matojos por si existe algún indicio de partículas de sangre o algo que nos llame la atención. —dijo Brenda señalando la zona del árbol.

—Pero inspectora, son casi las dos y no hemos comido. —dijo el forense mirando su reloj.

—Intentaré ser benévola con ustedes gracias a ese buen trabajo realizado hasta ahora, pero ese comentario machista de "*podría ponerse en bikini la inspectora para tomar el sol, por lo menos le veríamos ese bonito culo",* no lo pienso pasar por alto. Por ello les pido que vuelvan a sacar todo ese material de las maletas e investiguen ese terreno hasta que encuentren algo. —comentó seriamente con sus dos manos en las caderas.

Tocaron las siete de la tarde cuando el móvil empezó a vibrar en la mesita de noche de Brenda. Está totalmente dormida como una lagartija boca abajo en un amago de estamparlo contra la pared, cayó de bruces al suelo maldiciendo todos los dioses habidos y por haber. El apabullante olor a marihuana en la habitación minutos antes le obligó a abrir las ventanas de par en par, dejando el habitáculo humedecido por el frío que entraba del exterior. Brenda, sentada en el suelo con su espalda apoyada en la cama, se restregaba una de sus rodillas intentando aliviar el dolor sufrido por ese soberbio golpetazo sobre las maderas del parquet.

—Qué oportuno eres Manson, casi me quedo parapléjica por tu culpa, ¡que quieres! —dijo con el ceño fruncido de dolor.

—Ya tengo el informe respecto a esas muestras de tierra que se tomaron hoy donde se hallaba el árbol.

—Soy toda oídos —dijo Brenda expectante.

—Han encontrado restos de Propofol. ¿Sabe lo que es inspectora?

—¿Propofol? —preguntó confusa. —Soy una experta en drogas, pero

eso no lo he escuchado nunca, suena a marca comercial de laxante.

—Es un agente anestésico intravenoso de corta duración llamado Dogma 24, que se utiliza en anestesia general en pacientes adultos. ¿Está usted pensando lo mismo que yo inspectora?

Brenda le regaló otro de sus silencios a través del teléfono, dando a entender a Manson que su mente estaba procesando toda esa importante información percibida en ese instante. Su sistema neuronal estaba dibujando infinidad de posibilidades de lo ocurrido con aquellos cinco chicos.

—Manson, creo que fueron drogados para no oponer resistencia. —dijo segura de sí misma con la voz pausada.

—Pero Inspectora, eran tres chicos y un par de ellos muy fornidos.

—Necesito reflexionar en estos momentos. Todo esto empieza a complicarse repentinamente. Además, te he de ser sincera, suponía que no iba a encontrar nada crucial para el caso durante mi estancia en Yorksinne, y me temo que vamos a dar con algo que no esperábamos. Por cierto, Manson… ¿Me podrías hacer un gran favor?

—Si inspectora, dígame. —¿Me puedes conseguir marihuana y anfetaminas?

Manson se quedó unos segundos bloqueado al otro lado del teléfono sin pronunciar palabra.

—Procuraré hablar con Marcus. Es un compañero de mi infancia, de esos con los que vas creciendo en el barrio. En la actualidad es un camello de poca monta. Lo suelo ver por las calles de Dublín como un pobre diablo ofreciendo sus mierdas a la gente. Siempre hago la vista gorda para no meterlo en líos, veré que me puede ofrecer. —dijo Manson sorprendiendo a Brenda por aceptar sin tapujos su petición.

—Ese es mi Manson. —añadió Brenda complacida.

—Inspectora, hay algo más que creo que no será de su agrado. —dijo Manson en tono más serio.

—Tranquilo Manson, descuida no temas por ello, prometo pagarte esas mierdas. —dijo Brenda en referencia a las drogas.

—No inspectora, es algo referente a ese tal Ronald Warham, el propietario de la casa que alquilaron.

—¿Qué sucede? —No consta en ningún registro catastral de Yorksinne como propietario de esa casa.

Capítulo 6

Jueves, Yorksinne

El cielo de Irlanda de nuevo amaneció con ese tono gris de inmensa espesura en sus cielos, ocultando cualquier atisbo de luz escurriéndose entre las nubes. Llovía bastante y las calles permanecían tan desiertas y bucólicas como la melancolía que el poeta irlandés William Butler reflejaba en sus poemas. Esa mañana mi organismo anhelaba ese pitillo de marihuana, que como un ritual secreto me fumaba diariamente al despertar. Ello me generaba cierto malestar, inquietud nerviosa y un humor de perros muy similar al de las mujeres cuando les llega la menstruación. Mi cuerpo, al igual que el de un yonqui deseoso de su dosis, me pedía esa ración a gritos. No tenía más remedio que rezar a todos mis dioses imaginarios para que ese tal Marcus le proporcionará a Manson alguna de esas mierdas para paliar mi viciado organismo.

Durante esa mañana el capitán Bentford estuvo informado de todo lo que iba aconteciendo en Irlanda a través de un extenso correo electrónico en el cual recalcaba que mi estancia en Dublín se debería demorar otra semana más por las últimas novedades surgidas en referencia al caso. Una de mis súplicas más insistentes en ese correo era la de mi poca satisfacción pernoctando en esa pensión. Mis límites de incomodidad ya desbordaba mi paciencia cuando por las noches me veía obligada a cubrirme en la cama con las toallas del servicio para no ser invadida por esa legión de ácaros. La respuesta de Bentford fue inmediata, hecho que me sorprendió. En ella recalcó su total apoyo a mi trabajo por los progresos en la investigación y poniendo a mi entera disposición todos los medios necesarios en Irlanda para dejar bien alto el nivel de la policía inglesa. Yo sabía que muy a pesar de que le doliese en el alma regalarme esas palabras alentadoras, su confianza en mí era total. Otro detalle que agradecí es su promesa de tramitar ese mismo día el alquiler de una bonita casa de campo que había en las afueras de Yorksinne con un vehículo a mi disposición. Pude constatar que Dios escuchó mis plegarias, por fin dejaría atrás esa legión de ácaros asesinos.

A mis oídos llegó la noticia de que en Yorksinne en los últimos días tan solo se hablaba de mi aparición en el lugar. Hasta el más ignorante sabía ese nuevo hallazgo importante que vertía de nuevo luz sobre el caso gracias a la marca encontrada por el padre de Francis. Incluso se llegaron a estampar camisetas con esas siglas BF para que los más

sensibilizados dieran apoyo a las familias afectadas como algo esperanzador en sus corazones. Brenda Watson ya estaba en boca de todos, incluso de los pueblos colindantes venían a *chafardear* creyendo que en Yorksinne se cocía algo extraordinario tras mi llegada. Pero ciertamente no era así, ese certero descubrimiento para mi tan solo era una simple minucia de lo que realmente podía ocultar lo oscuro de ese caso.

Esa mañana Manson vino desde Dublín para que juntos echáramos una ojeada a la casa donde se reunieron por última vez la noche de la desaparición. Parecía cansado, hablaba menos de lo habitual y su rostro lánguido me indicaba que algo no iba bien.

—Vamos, ¿qué sucede Manson? Cuéntame. —dijo Brenda sin despegar sus ojos de un informe de huellas dactilares mientras se dirigían hacia la casa.

—Nada inspectora, lo de siempre. Mis compañeros de jefatura no dejan de atormentarme con esos wasaps de inmensos penes de hombres africanos para recordarme con sorna a ese senegalés que se fue con mi mujer. —dijo angustiado.

—¡Bien! Espero que compartas algunas fotos de esas conmigo Manson, las noches en Yorksinne se me hacen muy largas y aburridas. —dijo Brenda cerrando el informe de sopetón intentando bromear con él. Este la miro de refilón con cara de pocos amigos, pero aceptando la broma forzosamente.

—Ja, ja y ja. ¿Me tengo que reír inspectora?, lo admito, y no me avergüenzo, aún quiero a Wilma y daría todo por volver a recuperarla.

—Querido Manson, ¿sabías que el sexo sin amor es una experiencia vacía?, pero como experiencia vacía es una de las mejores. —comentó a un pensativo Manson. Era un hombre muy vulnerable con esos temas.

—¿Qué me quiere decir con eso inspectora?

—Quizás tu mujer en algún momento valore lo que perdió cuando se marchó de casa. Estoy segura de que llegará ese momento en que se canse de lo que ese hombre tiene entre las piernas, ello solo es placentero por un tiempo, y como todo, si no hay nada más que sexo entre ellos dos, pronto llegara la fecha de caducidad de esa relación. Entonces será cuando ella volverá a tus pies como una loba herida y arrepentida. Deberías perdonarla, todos hemos pasado malos momentos y cometemos equivocaciones. A las mujeres nos suele

suceder. Ya me entiendes, son épocas de la vida en las que estamos más sensibles. —añadió Brenda con extraño en ella.
total sinceridad, siendo algo

—Sé que igual no debería preguntárselo, pero, ¿usted cómo anda de amores, inspectora?

—Amigo, como dijo Marilyn, el sexo forma parte de la naturaleza. Y yo me llevo de maravilla con la naturaleza. —comentó en el momento en el que divisaron la casa.

La casa estaba situada en un paraje idílico junto a una extensa campiña de tonos verdes desde donde se empezaba a divisar el bosque de la roca del cielo. Brenda tras bajar del vehículo estiró sus brazos como solía hacer simulando una gata perezosa. Se quedó ante el porche de la entrada observando cada detalle de la vivienda. Las hojas de los árboles inundaban un pequeño jardín que había en un costado dándole un aspecto medio fantasmal. El leve chirrido de un columpio oxidado de ese jardín ponía la piel de gallina, parecía como si alguien invisible estuviera pendiente de nuestra presencia mientras se balanceaba lentamente.

—Mire esto. —dijo Manson señalando un texto escrito en la pared exterior de la casa con pintura roja.

Decía así: "*los cinco estáis muertos*".

—Habrán sido alguno de esos niñatos que pintan en las casas. —añadió el sargento.

Brenda se acercó a acariciar esas letras trazadas en la pared queriendo sentir su tacto. Manson la observaba con imperiosa atención. Su forma de trabajar le resultaba del todo curiosa.

—Esta tipografía es de adulto, no es de uno de esos niñatos. —añadió mientras la miraba detenidamente.

Las maderas del suelo de la entrada de la casa crujían bajo nuestros pies dando la sensación de estar en un viejo bergantín. En la puerta había un letrero que aún se conservaba en pie después de tantos años. En él se leía: "*acceso prohibido por la ley*". Tras abrir la cerradura de la puerta nos encontramos de bruces con una oscuridad absoluta y un olor muy desagradable a aire enrarecido, nada humedad del lugar.
respirable, mezclado con la

—Dios, esta casa huele a demonios. —añadió Manson abriendo las

ventanas para ventilar e iluminar la casa.

Todo estaba intacto como si se hubiera parado el tiempo en su interior. El mobiliario de la casa atesoraba una gran capa de polvo dándole un aspecto de las más dignas películas de terror. Las alfombras del suelo mostraban grandes manchas oscuras de humedad y polvo acumulado, creando una sensación extraña al andar sobre ella. El deterioro de las paredes por el paso de los años hizo que saltara el papel dejando a la vista otra capa de viejos estampados de otra época. Brenda fue directamente al salón, ya que era el sitio donde solían pasar más tiempo. Se quedó inmóvil ante lo que vieron sus ojos nada más cruzar el marco de la puerta. Una gran mesa redonda con un tapete colorado rodeada de sillas residía en el centro de la sala junto a una chimenea. Sobre el tapete quedaban los restos de una tabla de güija de cartón repleta de moho con un vaso roto en el centro. Por el suelo había botellas vacías de cerveza, latas, colillas pisoteadas y suciedad.

—Esos chicos estaban obsesionados con estas cosas del espiritismo ¿No creé inspectora? —volvió a comentar Manson junto a Brenda observando todo aquello. Brenda enfundada en sus pensamientos no contestó, tan solo se limitaba a procesar en su cabeza los detalles que se mostraban ante ella.

En una de las estanterías del salón había una extensa colección de libros esotéricos tan prominente que incluso Brenda se sintió seducida para contemplarla más de cerca. La temática de cada uno de ellos era muy variada. Se podía leer en los lomos títulos dedicados a espiritismo, rituales chamanismo, etc.
la brujería, magia negra,

mágicos, ufología, santería,

—A simple vista, da la sensación de que les

fascinaban estos temas, pero algo me dice que muy posiblemente estos libros ya estuvieran aquí. Debieron pertenecer a algún antiguo propietario. —comentó Brenda ojeando uno de esos viejos libros entre sus manos sobre la cabalística.

—¿Por qué cree que esos libros quizás ya estuvieran aquí inspectora? —comentó Manson observando de cerca un gran Búho real disecado.

—Son ediciones del 1960 en su mayoría. Este tipo de libros está al alcance de muy pocos, son dignos de un coleccionista profesional.

Alguno podría ser un incunable por las características de su encuadernación y año de edición. Con algo de suerte en algún anticuario especializado en Londres podrías dar con algún ejemplar de estos, pero, tengo la sensación de que esos cinco chicos no se gastaron una fortuna en conseguir estas reliquias.

—¿Cómo puede estar segura de ello inspectora? —preguntó Manson fijando su atención en el libro de cábala que tenía Brenda en sus manos.

—Busca en Google ahora mismo lo que se paga por este antiguo libro. —comentó poniendo a prueba a Manson. —Los secretos oscuros de la cábala. Edición del 1959. Escrito por Andrew Waltters. —añadió mostrándole la amarillenta página de los créditos del libro.

El sargento sacó su teléfono del bolsillo invadido por la imperiosa curiosidad que le embargaba por testificar el valor real de ese viejo manuscrito. Tras ingresar en una prestigiosa web dedicada al mundo de la compra y venta de antigüedades londinense, supo instantáneamente la cantidad de libras esterlinas que se pagaba por él. Manson alzó su mano posándola sobre su cabeza, totalmente sorprendido por lo que veía en la *pantallita* del móvil. Miró a Brenda con cara de sorpresa mostrándole la tasación

—750 libras, ¿sigues pensando que esos libros fueron comprados por esos chicos? Quizás haya más de doscientos libros en esa estantería de la misma índole o incluso más valiosos. —añadió a un perplejo Manson con la mirada fija en la estantería.

—Pero… —añadió sin poder terminar su comentario.

—No hay peros que valgan Manson. —añadió señalando la estantería con su mano.

—El valor total de esos libros mugrientos tan llenos de polvo supera las 100.000 libras. Con esa cantidad podrías comprar esta casa y algunas hectáreas. ¿Sigues creyendo que fueron capaces de conseguir esos libros por sus propios medios?

—He de suponer que no inspectora Watson, está usted en lo cierto. ¿Cómo no fueron capaces de caer en esa observación hace diez años?, es usted muy buena. —contestó con la mano en la barbilla como de costumbre solía hacer en circunstancias desconcertantes para él.

Brenda volvió a posarse frente a la mesa donde se realizó la sesión de Güija. Ocupó una de las sillas lo más cómodamente posible como si

fuera una participante más en aquel fatídico día. Observaba minuciosamente cada detalle de lo que había ante ella intentando revivir aquella noche con aquellos cinco amigos. Sobre la mesa estaba el tablero de cartón de la güija deteriorado por el moho, algunas servilletas mugrientas, un bolígrafo con la tinta seca, una caja de cerillas y numerosos trozos de cristal del vaso que había en el centro totalmente hecho añicos. A simple vista no había nada que llamase la atención de Brenda. En un momento dado asomó su cabeza por debajo de la mesa levantando el largo tapiz colorado que la cubría. A sus pies observó algo semi incrustado debajo de una de las grandes patas de madera. A simple vista era un pedazo de servilleta arrugada y sucia como las demás. Brenda la cogió con delicadeza sujetándola con una de sus pinzas para ponerla sobre el tapete de la mesa. Miró a un Manson sorprendido por el hallazgo.

—¿He tenido que venir desde Londres para encontrar ese papelito bajo la mesa? —dijo Brenda poniendo en evidencia la investigación hecha hace diez años.

Con la ayuda de la pinza fue desgranando el pedazo de esa servilleta desplegando sus arrugados pliegues hasta que quedó a la vista de ambos algo desconcertante escrito en tinta de bolígrafo: "*luces en el bosque"*.

—¿Luces en el bosque? ¿Qué puede significar eso? —dijo Manson rascándose la barbilla.

Brenda se levantó de la mesa mirando a Manson con una seriedad acentuada.

—Manson, en estas condiciones no puedo trabajar. ¿Me has conseguido algo de eso que te pedí? —dijo refiriéndose a sus adicciones.

—¡Oh dios!, espere. —dijo con una mano en la cabeza en un acto de descuido. Salió con paso rápido hacia el vehículo policial y tras rebuscar en la guantera trajo algo entre sus manos.

—Solo pude conseguirle esto. —mostrando un frasco entre sus manos con unas píldoras naranjas.

—Pero qué ven mis ojos Manson. —alargando su mano para coger el frasco. —Me has traído el cielo, eso son metanfetaminas.

—Tengo agua en el coche si la precisa, inspectora. —mostrando amabilidad pero con cierta temeridad ante el modus operandi de

Brenda en su trabajo y sus posibles reacciones posteriores.

—Da igual, no tenemos tiempo. —añadió poniéndose una de esas píldoras en la boca.

A los pocos minutos, Brenda empezó a aflorar un estado de ánimo eufórico fuera de lo común originado por dicha droga. Sus ojos se movían con rapidez y de forma avispada para no perder detalle de la información que pasaba ante ella. Correteaba de un lado al otro anotando cosas en su libreta, dejando perplejo al privilegiado trabajo. pobre sargento Manson como un

espectador de su excéntrico modo de

Capítulo 7

—Luces en el bosque… luces en el bosque… —repetía Brenda constantemente en voz baja con un fajo de apuntes en sus manos dando vueltas por la sala como una posesa.

—Se me olvidaba comentarle algo inspectora. En la parte superior de la casa existe algo que debería ver. —dijo Manson receloso de molestar a Brenda en ese trance extraño.

Brenda, tras oír a Manson, enfiló las escaleras de caracol que daban a la parte superior de la casa apresuradamente. Iba brincando por los escalones de dos en dos como una adolescente con la mirada fuera de sí. —¿dónde?, ¿dónde?… —replicó ella con ansiedad.

—En la puerta del fondo del pasillo. —respondió Manson desde la parte inferior, acongojado por ese extraño comportamiento.

Por un momento le recordó a alguna escena de esas películas de terror donde la protagonista parecía estar poseída por algún espíritu maligno. Indudablemente, ese comportamiento era el resultado del efecto químico de la metanfetamina en su organismo. Siendo mucho más fuerte que la propia cocaína.

Brenda abrió enérgicamente la puerta de la habitación esperando encontrar algo que le llamara la atención, pero ante sus ojos encontró un habitáculo totalmente vacío con las paredes amarillentas y maderas del suelo deterioradas. Tan solo en una de esas paredes había algo escalofriante por su textura y magnitud. Era un gran símbolo celta trazado en un intenso color rojo con los nombres de los cinco desaparecidos en su interior.

Se acercó a él para acariciar su textura rojiza de la misma manera que hizo en la fachada de la casa. Seguidamente, acercó su nariz a la pared para oler el leve extraño olor que aún desprendía a pesar de los años.

—Es sangre Manson, es sangre. —dijo Brenda tras olerla.

—Si inspectora. Es sangre de carnero. En el informe policial quedó detallado. ¿Por qué cree que están ahí escritos los nombres de los cinco desaparecidos?

—Es curioso, este símbolo celta simboliza la vida eterna. Esa espiral muestra que no existe ni un principio ni un final. Es uno de los símbolos más antiguos y de los más utilizados dentro de la cultura celta. Pero no logro entender qué hacen sus nombres escritos en él. —dijo Brenda confusa ante lo que había en la pared.

—¿No ha pensado en algún momento que detrás de todo esto haya alguna secta? Quizás alguien les pudo lavar el cerebro con todas esas historias. —añadió Manson señalando la pared.

Brenda, sin responder a su pregunta, seguía inmóvil allí de pie con la mirada puesta en esos cinco nombres escritos con sangre de carnero en el símbolo celta. Sus ojos analizaron el contorno de cada una de las letras intentando esclarecer si había algo más que se les hubiera escapado en la investigación efectuada por la policía irlandesa.

—Todo es posible Manson, aunque existe un detalle que me llama la atención. La caligrafía de esos cinco nombres pertenece a una sola persona. Lo más lógico es que si quisieron ritualizar con ese símbolo, cada uno de ellos hubiera firmado por su propio puño y letra.

—Entonces, ¿podría haber alguien más implicado en todo esto? —añadió Manson.

—Podría ser. —dijo Brenda cuando desde la parte inferior de la casa se escucharon unos pasos.

Manson alzó su voz, alertado. —¿Quién anda?

—Soy Charles Parker, propietario de la casa. Tan solo pasaba por aquí, ya que vi el coche de policía en el jardín desde la carretera. ¿Les puedo ayudar en algo? —dijo el hombre desde el salón.

Brenda y el sargento Manson bajaron por las escaleras de caracol casi a la carrerilla con sumo interés en saber de quién se trataba. Ante ellos vieron a un hombre maduro, muy bien trajeado y de aspecto atlético. Su edad rondaría los sesenta años. Cabellos rubios y ojos azulados.

—Señor Parker. —pronunció Manson estrechando su mano.

Brenda mostró cara de sorpresa ante la reacción del sargento Manson al comprobar que conocía al supuesto propietario de la casa.

—¿Manson, tú sabías todo este tiempo que este hombre era el propietario? —dijo seriamente con tono de enfado.

—No inspectora, el señor Parker es el dueño de la importante industria farmacéutica Tuknon. Está a pocos kilómetros de Yorksinne. Nos conocimos durante las investigaciones en la época de los hechos, ya que uno de los desaparecidos trabajaba como becario en su factoría.

—Fue un duro golpe, Matthew era muy buen muchacho. —agregó el hombre lamentándolo. Brenda miró al tipo trajeado sin cambiar su rictus.

—Soy la inspectora Brenda Watson del cuerpo de la policía Inglesa. Solo quiero que me diga la razón por la cual esta casa no está registrada a nombre de nadie.

—Se lo explicaré con detalle, inspectora. Esta casa perteneció a uno de mis abuelos paternos. En sus últimos días de vida, uno de sus viejos amigos, que era un considerable coleccionista de antigüedades, lo acogió en su residencia de Dublín. Tras el fallecimiento de mi abuelo, ese hombre se adueñó de esta casa sin que su nombre saliera reflejado por ningún lado en el testamento. Nunca lo llegué a conocer personalmente, mis abogados intentaron contactar con él, pero

desapareció del mapa tras lo sucedido en esta casa. Actualmente, mis abogados están tramitando todo el papeleo necesario para que este lugar en el que guardo tantos recuerdos de mi niñez sea de mi propiedad.

—Creo recordar que usted se presentó como el propietario de la casa momentos antes, ¿no es así? —añadió Brenda con cierta ironía hacia ese tal Charles Parker.

—Inspectora, en cierta manera esta casa es mía, pertenece a mi familia. —añadió Charles Parker con síntomas de estar ofendido.

—Todavía no. —dijo Brenda clavando sus ojos en él.

—Bueno, considero que aquí no aportó nada de interés para ustedes, será mejor que me marche, no les haré perder más tiempo. —añadió el tipo trajeado mostrando cierta apatía hacia Brenda.

—Señor Parker, solo es curiosidad, todos esos libros que están en esa estantería, ¿qué hará con ellos? —dijo Brenda esperando escuchar su respuesta.

Charles Parker fijó su vista en la estantería contemplando toda esa colección de libros esotéricos recubiertos de polvo. Se acercó hasta uno de ellos cogiéndolo con mucha delicadeza y lo abrió originando una pequeña nube de polvo ante él, ello le obligó a zigzaguear con una de sus manos evitando respirar esa ráfaga volátil de polvo.

—Interesante colección. Nunca hubiera imaginado a Matthew metido en estos temas, inspectora. —volviendo a colocar el libro en el hueco donde estaba. —Veré lo que hago con ellos. —dijo Parker mirándolos con cierto desinterés.

—Antes de que se marche, ¿me podría decir algunos rasgos de la personalidad de ese chico que trabajó para usted llamado Matthew? —preguntó Brenda con interés en anotar esa información en su manojo de papeles.

—¿Por qué ese interés en saber cómo era Matthew? —comentó con cierta incomodidad.

—Señor Parker, creo que es una pregunta nada comprometedora, lo cual no le pone en ningún compromiso. Lamento si usted lo siente así. No parece muy interesado en contestarme, señor Parker. —añadió Brenda con un extraño interés en saber la respuesta.

—Inspectora, no tengo demasiado tiempo, solo le diré que era un muchacho alegre e hizo una gran muy eficiente, abierto, amistad con todo el

departamento de ingeniería. Todos lamentamos su pérdida, ¿algo más inspectora? —añadió mirando su reloj demostrando tener prisa.

—Mmm… solo una cosa más, ¿en algún momento supo que ese marchante de antigüedades les alquiló esta casa a esos cinco chicos?

—Nunca supe nada de los tejemanejes de ese tipo en referencia a la casa. Vuelvo a repetirle que me despreocupé tanto de ese tema familiar que nunca más puse mis pies aquí, ¿satisfecha con la información? —dijo sobre el marco de la puerta de la entrada.

—Oh, sí, muy satisfecha, no querría hacerle perder más tiempo, pero esto es algo rutinario, ya sabe cosas de burocracia policial.

Brenda sacó su bloc de notas.

—¿Me podría escribir en esta nota de papel sus datos?, por si necesitamos volver a hablar con usted en otra ocasión. —dijo Brenda ofreciéndole el papel y un bolígrafo.

En ese papel, Charles Parker anotó su nombre junto a la dirección de industrias Tuknon.

—Me tiene a su entera disposición inspectora Watson. —estrechando la mano de Brenda.

Brenda accedió a coger su mano con frialdad y una enigmática sonrisa que fue percibida por Manson, que estuvo en todo momento atento y en silencio. Cuando el Range Rover de Charles Parker abandonó la casa dejando solos de nuevo a Brenda y Manson, esta salió en estampida por las escaleras de caracol hacia la parte superior, dejando a Manson con la palabra en la boca. Momentos después encontró a Brenda arrodillada sobre las sucias maderas del suelo ante ese símbolo celta, sujetando entre sus manos esa nota escrita por Charles Parker. Manson se quedó tras ella en silencio sin mover ni un músculo del cuerpo para no perturbar lo que en su mente iba procesando en esos instantes.

—Está comparando la caligrafía de Parker con la de esos nombres escritos en sangre, ¿verdad inspectora? —pronunció temeroso de molestar.

—Por un momento creí… —contestó dejando un corto silencio impregnado de decepción. —No es la misma caligrafía. —añadió levantándose del suelo lentamente.

—Inspectora, ese hombre nunca haría algo así, es uno de los empresarios más importantes del país, ¿cómo puede dudar de él?

Brenda se lo quedó mirando con cara desafiante ante el comentario opuesto que Manson hizo sobre su suposición. Su ego era una fiera tan incontrolable que ni ella misma sabía dominar.

—¡Acaso nunca dudaste de que tu mujer algún día podría dejarte más tirado que a un perro arrebatándote a tus dos hijas! —dijo Brenda levantando su voz.

—Abre los ojos Manson, el mundo es una montaña repleta de lobos, ¡deja de ser ese corazón samaritano al que le encanta que le pateen el trasero! —añadió señalando su corazón con la mano.

—¡Pues deme tan solo un motivo para desconfiar de él, inspectora Watson! —replicó nervioso y a la defensiva por ese comentario ofensivo sobre su matrimonio.

—Lo tengo Sargento.

—Oh… la famosa y ególatra inspectora Watson, en Londres quizás sea la número uno dando con esos ladronzuelos de poca monta, ¡pero esto es Irlanda!, recuérdelo, no se equivoque, solo espero que las almas de esos cinco chicos no estén esperando que alguien los encuentre dos metros bajo tierra en algún lugar de este país. ¡Por ello le reitero inspectora o me da un motivo importante por el cual desconfiar de Parker o renunciaré a trabajar con usted desde hoy mismo! —dijo Manson salido de sus casillas con la cara desencajada de nerviosismo.

Indudablemente, el tema de su exmujer fue un golpe bajo difícil de digerir. Brenda lo miraba con cierta compasión. Sabía que su comentario había sido un misil certero a su roto corazón. Suspiró con resignación como si esa conversación le aburriera por completo. Inclinó su cabeza hacia la sucia alfombra del suelo, esperando a que se tranquilizara Manson mientras jugueteaba con las colillas del suelo con la punta de sus zapatillas.

—Manson, Matthew era un chico con problemas de comunicación. En el informe policial salió destacada su gran timidez, su plante triste, huidizo y nada hablador. Además, tomaba antidepresivos. ¿Recuerdas qué ha dicho ese tal Parker?, *oh… muy eficiente, abierto, alegre e hizo*

una gran amistad con todo el departamento de ingeniería. —Brenda gesticulando teatralmente haciendo parodia de Parker. —*oh… como lamentamos todos su pérdida inspectora* bla-bla-bla… Nos ha mentido.

—¿Es eso cierto, inspectora? —preguntó Manson, sorprendido de nuevo por la perspicacia de Brenda.

Brenda puso su mano sobre el hombro del sargento mirándolo fijamente a los ojos.

—Puedo ser la persona más desquiciada en su vida privada y la más poco profesional en su trabajo, te permito que me odies, pero nunca permitiré que nadie subestime mi trabajo. Puedo oler a un hijo de puta a mil kilómetros de distancia. Grábatelo en tu memoria. —dijo Brenda como la persona más cuerda del mundo en esos momentos. —Si quieres dejar este caso puedes marcharte ahora mismo. No tendré en cuenta esta conversación. —añadió saliendo por la puerta de la casa, encendiéndose un pitillo y escondida tras sus inseparables *Ray-Ban* oscuras.

Capítulo 8

La nueva casa donde se iba a hospedar Brenda estaba ubicada en las afueras de Yorksinne, en un lugar privilegiado con vistas al bosque de la roca del cielo. Era un pequeño chalet ajardinado con poco vecindario a su alrededor y reformado desde hacía poco más de un año. Allí le esperaba un asesor comercial de la empresa arrendataria apoyado en una de las puertas del coche de alquiler que el capitán Bentford le había puesto a su disposición. Brenda se acercó hasta él exhausta después de ir cargando con su maleta durante dos largos kilómetros tras dejar plantado al sargento Manson en aquella casa.

El interior de la casa era de corte moderno con todo un mobiliario de diseño de color blanco. En sus paredes colgaban litografías de importantes pintores y el parquet era tan reluciente que invitaba a revolcarse en él. Para Brenda esa casa era el palacio de Buckingham a diferencia de la humilde pensión Oswald's Mery.

Esa misma tarde la lluvia de nuevo hizo presencia sobre los cielos de Irlanda, resaltando desde la ventana del comedor los verdes paisajes bucólicos como si fueran salidos de un cuadro de Rembrandt.

Brenda, tumbada boca abajo como una leona remolona en el plácido parquet, releía una y otra vez todos los apuntes tomados aquella mañana. Sobre su cabeza planeaban muchas dudas respecto a esa extraña desaparición. Tras analizar y estudiar los rasgos psicológicos de cada uno de los desaparecidos en el informe policial de la policía irlandesa, creía estar totalmente segura de descartar la posibilidad de que la desaparición tuviera algo que ver con algo relacionado con una huida premeditada del país para iniciar una nueva vida lejos de Yorksinne. Ese argumento era absurdo, ya que los lazos familiares de cada uno de ellos eran muy fuertes, no eran chicos problemáticos, ninguno tomaba drogas, tan solo uno de ellos fumaba de vez en cuando. Otro dato importante es que ninguno de los familiares interrogados, ni ninguno de los amigos más allegados testificó sobre ese fanatismo en relación con las ciencias ocultas de la que tanto se habló tras el hecho. El mundo de lo paranormal, según todos los interrogados, era algo que les creaba cierta curiosidad, por ello de vez en cuando utilizaban esa güija como divertimento, aunque había algo más que no encajaba en esa historia tras la imprevista visita de Charles Parker.

¿Por qué mintió en referencia a Matthew? Quizás no lo recordaba lo

suficiente, o quizás no lo llegó a conocer realmente. Su fría actitud puso en alerta a Brenda que a pesar de estar bajo los efectos de la metanfetamina intuyó algo extraño en él. Además, otro de los datos que removía sus pensamientos sin encontrar respuesta alguna, era el escrito en tinta azul en aquel trozo de servilleta: *Luces en el Bosque*.

¿Quizás se trataba de un juego o algún mensaje inconexo durante la sesión de güija? La única conclusión de Brenda sobre ese escrito le llevaba a pensar en el bosque de la roca del cielo tan próximo a la casa.

Horas más tarde, absorbida por la necesidad de ingerir algo de alcohol, decidió ir al pub Madison a los mandos del vehículo que tenía a su disposición. Era un *Ford Focus* blanco nuevo a estrenar, pero desgraciadamente la poca maestría de Brenda al volante provocó en su parachoques un gran golpe en la parte delantera como resultado del fatal aparcamiento junto a un *Golf* que había aparcado ante el pub Madison.

Casi la mayoría de la juventud de Yorksinne estaba allí concentrada intentando evadir el soporífero aburrimiento
nocturno y la
provocado por el poco ambiente

falta de diversión que ofrecía ese pueblo. Brenda se sentó en la barra junto a un grupo de adolescentes que observaban abducidos la gran pantalla de un televisor *Sony* donde ofrecían un partido de la copa de Europa entre el Manchester United y el Milan. El resto de las mesas estaba repleta por veinteañeros bebiendo cerveza negra como si fuera agua mineral, intentando que pasaran las horas con más sentido en sus vidas. Brenda se vio reflejada en muchos de ellos recordando su etapa alocada en Manchester. La música en el pub sonaba a un nivel muy alto de decibelios, en esos momentos sonaba un conocido grupo dublinés llamado *The Dark Days* que estaba arrasando en el top de las listas británicas de la radio.

En el otro extremo de la barra había un par de jóvenes que con muy buenas maneras ese día llevaban el negocio con gran desparpajo. Bajo el marco de la foto de los desaparecidos se podía observar cómo resplandecían con mucha luminosidad un par de amarillentas velas reflejando ese sentimiento tan triste que aún seguía vigente en la vida de todos los presentes.

Mientras Brenda supervisaba el percal juvenil del pub, pudo observar en una de las mesas una cara que le resultaba algo familiar. Era un

jovenzuelo de unos veinte y pocos años que había visto en alguna parte, pero no lograba descifrar el cómo ni dónde. Sus neuronas empezaron a procesar rápidamente en todos los rincones de su cerebro la identidad de ese chico de pelo rapado oscuro, ojos azulados y tez blanquecina. Sus vestiduras denotaban cierta estética *skinhead*. Tras un par de minutos le vino la fortuita imagen del chico que vio a su llegada a Yorksinne a los mandos de una *BMW* sin el casco puesto y muy posiblemente sin papeles. Estaba con tres chicos más de la misma apariencia en una de las mesas más arrinconadas del pub en lo que parecía una charla de negocios. A Brenda le vino una fantástica idea que le podría acarrear muchos problemas, pero su necesidad en esos momentos le empujó a llevarla a cabo. Se acercó hasta la mesa sosteniendo la pinta de cerveza negra en una de sus manos. El susodicho la miró con sorpresa sin articular palabra, la había reconocido al instante. Sus compañeros alzaron sus cervezas de modo chulesco ante ella.

—¿Me recuerdas? —preguntó al muchacho de la moto.

—Sí. —respondió con mucha incomodidad ante sus colegas.

Claramente, Brenda olió astutamente que en esa mesa se estaban haciendo trapicheos con drogas.

—Tranquilos, esa mierda que lleváis en los bolsillos os la podéis quedar. —señalando con la jarra a los cuatro.

—Nada más veros he sabido que sois los camellos de Yorksinne. —añadió ante la mirada seria de los cuatro sin recibir respuesta.

—¿Quién es esta tiparraca? —comentó uno de ellos.

—Es una poli. —contestó el chico de la moto.

—Vaya, vais de tipos duros, como salidos del *GTA* en su versión más pura de Yorksinne. Estoy impresionada de veras. —dijo con sorna riéndose de ellos.

—Soy Brenda Watson, la inspectora de la que tanto se habla en este triste lugar. No he venido, ha fastidiaros la fiesta, pero vigilar lo que hacéis. Tan solo quería hablar contigo un momento a solas. —dijo señalando al chico de la moto.

El chico se levantó de malas ganas de la mesa para acompañar hasta la barra a Brenda. Se sentó junto a ella observando como sus compañeros

desde la distancia se reían de él pensando que esa poli lo iba a empapelar.

—Si me va a buscar problemas por no llevar casco, solo le diré que ya no tengo esa moto, la vendí. Le puedo enseñar la factura de la venta. —añadió rebuscando en su cartera.

—Olvídate de eso, ¿cómo te llamas? —dijo Brenda pegando un sorbo a la jarra de cerveza.

—Martin. No sabía que usted era esa inspectora venida desde Inglaterra. —respondió desconcertado por no saber el motivo por el cual estaba ante ella.

—Martin… mmm… entre tú y yo, ¿me puedes conseguir Marihuana? —preguntó Brenda con temor de ser escuchada mirando a ambos lados.

—¿Cómo? —respondió con los ojos abiertos como platos.

—Marihuana Martin, lo que oyes, quiero Marihuana. Soy una poli enganchada a estas mierdas, pero me sirven en mi trabajo, ¿me puedes conseguir algo o tendré que ir a Dublín o Belfast a por ella? —dijo Brenda esperando una respuesta afirmativa.

—¿No me meterá en más líos, inspectora?, suficiente mala fama tengo en Yorksinne como para que usted la engrandezca más. Ya he estado cuatro meses en el talego en Dublín por traficar con pastillas y no pienso volver otra vez.

Brenda sacó de su americana a escondidas el bote de metanfetaminas con mucha precaución. Dejó caer una píldora sobre la palma de su mano a la vista de Martin, que parecía estar delante de un fantasma, por lo que estaba observando totalmente atónito. Se la puso en la boca dándole un largo tragó a la jarra de cerveza negra sin apartar los ojos de Martin.

—¿Ahora te fías de mí? —dijo Brenda desafiante tras ingerir la píldora.

—Eso es meta, es muy difícil de conseguir aquí. —añadió Martin sorprendido y a la vez seducido, por lo que vieron sus ojos en ese bote.

—Estoy esperando tu respuesta Martin.

—Inspectora, ¿y a cambio de qué? —dijo él intentando negociar.

—La mitad del frasco es para vosotros, ¿trato hecho?, pero te recomiendo no abusar de esto, sois muy jóvenes. —mientras levantaba la mano para pedir la cuenta.

—Mañana le podré conseguir algo. Tengo un amigo que tiene una pequeña plantación en su granja de Donegal. Él me podría pasar buen material para usted.

—Perfecto Martin, puedes pasar mañana por el km 36 de Fletcher street. Es la casa donde me hospedo, pero sobre todo no te vayas de la lengua, sino tu negocio con esos tres que están ahí en la mesa os llevará derechitos a la cárcel de Dublín un largo tiempo. —afirmó Brenda amenazante.

—Por cierto Martin, ¿tus padres saben que estás metido en estas mierdas? Yo me buscaría un trabajo.

Martin se quedó en silencio cabizbajo como si esa pregunta le hubiera removido el alma.

—Mi padre falleció siendo yo muy joven y mi madre tras la desaparición de mi hermana Susan cayó en una inmensa depresión. Actualmente, está internada en un centro de Dublín. —dijo como si el mundo estuviera en su contra.

—¿Tu hermana era Susan? —dijo Brenda sorprendida.

—Sí. —Lo lamento. —añadió Brenda pensativa por lo casual de la situación.

—Los mataría con mis propias manos si pillara a quienes estuvieran detrás de todo esto. —sentenció reflejando en sus ojos un odio muy profundo.

—Tranquilo Martin, por ello estoy aquí. Por cierto… necesitaría ir a un club de música electrónica, el efecto de la meta me pide bailar como una loca esta noche, ¿conoces alguno cerca de esta triste *Disneylandia*?

—Inspectora deberá ir a Dublín. Como habrá comprobado, esto está muerto. —dijo Manson poniéndose en pie para volver a la mesa.

—Mañana quiero esa marihuana, no te olvides. —ordenó Brenda mientras salía algo tambaleante hacia la puerta de salida.

Los setenta kilómetros hasta Dublín fueron dignos de un temerario piloto de feria. Lamentablemente, Brenda a los mandos de aquel *Ford Focus* circuló cometiendo multitud de infracciones y superando en varias ocasiones los ciento setenta kilómetros por hora bajos los efectos de la cerveza y la metanfetamina.

A su milagrosa llegada a Dublín el único antro de música electrónica abierto a esas horas era el *House Electro Club*. Estaba en un subterráneo a las afueras de la ciudad, en una demasiada gente en zona industrial. No había esa madrugada del jueves,

aunque lo único que le importaba en esos momentos era aplacar ese estado artificial de euforia que la poseía de pies a cabeza.

Capítulo 9

Eran las tres de la mañana cuando Brenda bailaba completamente sola en el centro de la pista de baile del House Electro club. A esas horas de la madrugada era la triste atracción de una decena de noctámbulos atiborrados de alcohol y pastillas que desde las butacas de la sala contemplaban ese lamentable espectáculo. El estado de Brenda era demencial, su poca coordinación en sus movimientos mientras bailaba hacían de ella una caricatura dramática. De vez en cuando balbuceaba mirándolos a todos sin que se le entendiera nada de lo que salía de sus labios. Girando en círculos con las manos alzadas intentaba seguir ruinosamente los ritmos frenéticos del compás de la música electrónica que escupían los cuatro altavoces *Bose* que sostenían las columnas del club.

En un momento dado, en uno de esos giros imprevisibles, un socavón de vómito salió desde su boca como un volcán en erupción desprendiendo jugos gástricos. Estos fueron a caer directamente sobre el logotipo de mármol del mítico club en el centro de la pista. Brenda, quedando de rodillas y totalmente atolondrada, musculosos sintió repentinamente unos brazos

que la rodeaban por su espalda, arrastrándola desde el centro de la pista a ras de suelo como a una oveja para sacarla de allí por su estado de embriaguez. Se trataba de uno de los matones de seguridad que sin perjuicio alguno y con malas formas quiso quitarse
forcejeando e intentando
ese problema. Brenda

evadirse del gorila de seguridad optó por sacar la pistola que ocultaba en uno de sus costados hasta ponerla en la sien de aquel tipo.

—¿Ahora qué hijo de puta?, ponme otra mano encima y dejo tus sesos esparcidos por todo este local. Odio que me molesten mientras bailo. —dijo Brenda encendida con la rabia descontrolada mientras se ponía en pie ante él.

El gorila de seguridad se apartó de ella soltándola en el acto con la cara blanca del susto.

—Perdone yo no quería… —dijo sin apenas palabras mirando el orificio de la pistola.

—¡Acaso no sabes quién soy cabrón! —dijo Brenda sin dejar de apuntarle en la frente.

En ese instante el gerente del local apareció con las manos en alto intentando solventar el asunto ante la atenta mirada de los clientes.

—Tranquilícese, baje el arma, por favor. —dijo él con las manos en alto.

—¡Acaso no sabéis quién soy! —dijo fuera de sí ante todos.

—Estoy aquí para resolver la desaparición de esos cinco chicos del pueblo de Yorksinne. ¡Soy Brenda Watson! ¡Recordarlo, Brenda Watson!, malditos paletos irlandeses. —añadió volviendo a guardar su pistola en la funda que escondía en un costado de su pecho.

—¿Usted es la inspectora inglesa que han enviado para resolver el caso? Menuda perra británica y borracha nos han enviado. —dijo el gorila con desprecio hacia Brenda. Esta ni corta ni perezosa le respondió con una soberbia patada en sus partes que lo doblegó ante ella, dejándolo arrodillado a sus pies.

—Sí, muchacho, quizás sea una perra borracha, pero soy la más hija de puta que puedas imaginar y voy a dar con esos desaparecidos. —dijo Brenda señalando con la mano al dolorido gorila de seguridad que seguía arrodillado en el suelo ante ella.

—¡Ah!, y se me olvidaba macho alfa, ponte un par de hielos en la polla, te sentirás mejor. —dijo Brenda haciendo una peineta a todos mientras salía por la puerta del local en un estado lamentable.

Poco más tarde, mientras intentaba adivinar dónde aparcó su coche a causa de lo nublada que estaba su memoria, observó a un par de mujeres apoyadas en el morro de un *Audi A6* fumando algo que llegó a sus fosas nasales, ello le llamó la atención. Se acercó hasta ellas en ese estado lamentable que reinaba en ella.

—Hola, guapas, ¿tenéis algo de fumar para mí?, me quedan más de setenta kilómetros a Yorksinne y necesito relajar mis nervios. —dijo ante ellas.

Eran dos mujeres teñidas de rubio muy a lo *Barbie*. Sobrepasaban los cuarenta y tantos años a pesar de querer disimularlo con grandes capas de maquillaje. Indudablemente, fumaban eso que tanto le gustaba a Brenda.

—Toma, pégale las últimas caladas a este. —dijo una de ellas entregando el cigarro de marihuana a Brenda.

—Vaya, tía, tú si vas fuerte. —añadió una de ellas señalando el arma enfundada que sensiblemente se veía desde la arrugada americana de Brenda.

—Oops… me ha obligado ese cerdo musculoso de la entrada a sacarla, no sabe con quién se ha topado. —añadió volviendo a esconder de su americana la funda de su arma.

—Sí, ese es un mierda, a mi novio casi le saca un ojo. —dijo una de ellas.

—Pues yo le he dejado sus huevos listos para poner en remojo durante una larga temporada por una soberbia patada que le he dado en la entrepierna, seguramente durante un largo tiempo caminara como si llevara puesta una silla de montar. —dijo Brenda despertando las carcajadas de las dos mujeres.

—Por cierto, está genial esta mierda. —añadió Brenda tras darle varias caladas al cigarro.

—¿Eres poli o una mafiosa delincuente?, lo digo por el arma, claro. —dijo una de ellas tímidamente.

—Parecerá mentira verdad, pero soy poli. Soy la puta inspectora Brenda Watson para serviros. —dijo alzando el cigarrillo como si fuera una copa de champán.

—¿Brenda Watson?, la vi en televisión. Usted es la encargada de retomar las investigaciones de lo sucedido hace diez años en Yorksinne, ¿no es así?

—Siiippp… —dijo Brenda dejando su imagen por los suelos estando cada vez más colocada.

—Yo tenía treinta y cinco años cuando eso pasó. Se hablaron de muchas teorías sobre ello, como que los raptaron extraterrestres, se suicidaron en grupo, o que eran de una secta peligrosa, que si los mataron… Infinidad de teorías, aunque ese friki de *luces en el bosque* siempre afirmó que aquello fue un tema de nivel de gubernamental. —dijo la chica mientras se acurrucaba en su chaquetón de piel para resguardarse del frío intenso de la noche sin saber que había pronunciado algo muy importante de sus labios.

Brenda tiró el cigarro al suelo nada más oír *luces en el bosque* poniendo sus dos manos en los hombros de la chica con nerviosismo.

—Tranquila inspectora no se ponga nerviosa, ¿qué le sucede? —dijo ella con cierto temor.

—¿Has dicho *luces en el bosque,* verdad? —dijo Brenda fuera de sí clavando sus ojos en ella.

—Sí, era un famoso programa de radio de misterio y conspiraciones de esa época. Se hizo famoso porque poco después de las desapariciones su locutor fue asesinado con un tiro en la nuca. Se lo encontraron unos piragüistas en un lago situado en Kilkenny flotando en el agua. Creen que fue un paranoico chiflado que siempre solía llamar a su programa para insultarlo, tan solo por no creer que la tierra era plana. Lo arrestaron, pero al poco tiempo lo dejaron libre de cargos porque nunca hubo pruebas suficientes.

Brenda sacó las manos de los hombros de la mujer quedándose desconcertada. Se apoyó junto a las dos en uno de los extremos del coche con los brazos cruzados.

—Entonces, ¿qué teoría tenía ese locutor de radio de *luces en el bosque*? —preguntó prestándole su mayor atención. Cerró sus ojos para concentrarse en lo que iba a escuchar para lidiar con ese estado de mareo que llevaba.

—Apenas lo recuerdo con exactitud inspectora, pero por lo que sé, el locutor estuvo viviendo una larga época en Yorksinne trabajando como químico. Siempre dijo que en esa zona de Irlanda pasaban cosas muy extrañas. Sobre todo lo relacionado con temas de ovnis y desapariciones. En su programa luces en el bosque siempre recalcó la posible teoría de que detrás de todo ello estaba el gobierno, algo referente a historias muy escabrosas y de alto secreto.

—No entiendo que tenían de especial esos cinco chicos si esa teoría fuera cierta. —dijo Brenda sin desprender su mirada del suelo.

Poco después, cuando las agujas del reloj marcaban las cinco de la madrugada Brenda desde el interior del *Ford Focus* fue incapaz de circular más de cinco metros sin invadir el carril contrario. Su única alternativa era Manson, solo él le ayudaría a salir de esa angustiosa situación. Tras un par de tonos, Manson descolgó su teléfono con voz de ultratumba.

—Inspectora Watson son las cinco de la madrugada. —dijo con voz de

ultratumba.

—Lo se Manson, hagamos las paces, ¿de acuerdo?

—¿Usted cree que esto son horas para hacer las paces, inspectora? —dijo molesto.

—Siempre es buen momento para fumar la pipa de la paz Manson y si a esa pipa le ponemos un poco de eso que a mi me gusta, será mucho mejor, ¿no crees? —dijo Brenda semidormida con las piernas estiradas sobre el salpicadero del *Ford*.
—¿Está bebida verdad inspectora?

—Sí, y mucho, he bebido y consumido mierdas como una perra loca… pero tengo algo muy importante que podría cambiar el rumbo de las investigaciones.

Capítulo 10

Viernes, Dublín

Toc, toc… (golpes en la ventana del cristal del conductor)

—Señorita, por favor, ¿puede apartar el coche de la entrada de los camiones? —comenta un hombre vestido con un mono azul de trabajo.

—¡Oh…! ¡Por dios! Son las ocho de la mañana. Me he quedado dormida en este puto polígono industrial. —dijo Brenda despertando sentada en el asiento del conductor.

Su primera retrovisor y reacción fue mirarse en el espejo contemplar su aspecto dantesco

mostrando unas ojeras descomunales. El rimel corrido de sus ojos le daba un aspecto de estética gótica que a su vez hacía juego con su pelo desmelenado.

—¡Dios parezco el cantante de *The Cure*! —musitó avergonzada mientras se ordenaba el pelo.

Lo peor de todo eran las visibles manchas resecas de vómito maloliente de la noche anterior que aún lucían en su jersey con grandes lamparones.

—¡Voy hecha una puta mierda! —dijo para sí misma mientras maniobraba para salir del aparcamiento.

Un grupo de trabajadores que iban vestidos con uniforme azul aplaudían las torpes maniobras de Brenda al volante tras golpear contra el parachoques de la furgoneta de uno de los empleados que había detrás del *Ford*.

Poco después, en las calles céntricas de Dublín se dispuso a esperar a Manson en el interior de un *coffee center* muy cercano al parque O'Connell. Sentada en una de las mesas, devoraba a sorbos un largo café que iba acompañado con unas suculentas magdalenas de arándanos intentando poner en orden sus neuronas esa mañana. Ocultaba su aspecto resacoso, como siempre tras sus inseparables *Ray-Ban,* para ser lo más anónima posible en aquella cafetería repleta de oficinistas y personas que desayunaban.

Manson apareció vestido de calle con unos pantalones oscuros algo arrugados y una chaqueta verdosa más digna de un jubilado que de un hombre de su edad. Brenda al contemplar cómo se acercaba hacia ella esbozó una sonrisa ante su peculiar apariencia.

—Buenos días, ¿a qué se deben esas risitas?, seguro que es por mi chaqueta ¿no?, lamento decirle que su aspecto no es mucho mejor inspectora. —comentó sentándose en la mesa frente a ella.

—Apostaría algo a qué odias tanto como yo esa chaqueta, pero le tienes un cariño especial ¿No es así? —dijo Brenda señalando con la mano el horrible logo de la marca que resaltaba sobre el pecho de Manson en el que se veía un hombre con una trucha en las manos.

—Sí, fue el último regalo de mi… —respondió sin terminar la frase.

—Lo sabía… —dijo Brenda engullendo la última madalena de arándanos.

—Inspectora Watson, lamento lo sucedido ayer por haberla puesto en evidencia.

—Olvídalo, solo te perdonaré si quemas esa chaqueta. —dijo volviendo a señalar el logo.

—Le lamento admitir que no puedo desprenderme de ella, es un recuerdo aún muy latente de mi mujer, pensara que soy un tonto calzonazos.

—Evidentemente, Manson, lo eres y de los grandes. —dijo Brenda cariñosamente sin tapujos.

—Prometo regalarle las cenizas de esta chaqueta en una caja si usted es capaz de solucionar el caso algún día. —dijo Manson como algo muy improbable. —Y bien, ¿qué es eso tan importante que tiene que decirme?

—¿Recuerdas el pedazo de servilleta con el escrito de luces en el bosque?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Sabías que existía en esa época un exitoso programa de radio llamado así?, era el sumun de los frikis enganchados a temas paranormales. Supuestamente, asesinaron al locutor poco después de las desapariciones. —dijo Brenda intentando hacer memorizar a

Manson.

—Ahora que lo dice sí, recuerdo algo vagamente relacionado con un locutor asesinado posiblemente por un fan. Causó un gran revuelo en la prensa de Dublín, ¿qué conexión cree que puede tener con el caso?

—No lo sé, pero la información que ayer de madrugada me ofreció una *Barbie madurita*, separada y muy fumada de marihuana, me encendió una nueva luz sobre el caso. —comentó Brenda ante la mirada desconcertada de Manson.

—¿Una *Barbie madurita* fumada? —preguntó frunciendo sus cejas.

—No entremos en detalles Manson. Esa mujer me confesó que ese hombre asesinado siempre afirmó que esos cinco desaparecidos fueron pasto de algo relacionado con el gobierno.

—¿Que tiene que ver el gobierno con todo esto? —dijo Manson sin entender el cauce de la teoría.

Brenda no respondió, tan solo se limitaba a darle vueltas a su cuchara en el vaso vacío de café sin quitarle la vista de encima. Manson precavido se quedó en silencio dejándola en su trance de pensamientos.
—Era químico. —dijo tras un silencio. —Trabajó

mucho tiempo en Yorksinne, en esa vieja factoría en ruinas. Creo que ello nos puede llevar a algo. —añadió Brenda sin dejar de darle vueltas a la cuchara.

—Inspectora, ¿quiere otro café? —dijo Manson levantándose de la mesa, pero sin obtener respuesta alguna. Esperó unos segundos y volvió a sentarse frente a ella.

—¿Cuál fue el motivo por el cual se decidió cerrar la factoría química de Yorksinne? —dijo Brenda devolviendo su mirada hacia los ojos de Manson.

—Se cerró un año después de las desapariciones. —afirmó Manson haciendo memoria.

—Manson te estoy pidiendo el motivo. —dijo Brenda muy seriamente.

—Motivos de expansión y crecimiento industrial. Aquello se le quedó pequeño a su fundador, Mark Parker.

—¿Te refieres al padre de Charles Parker? —dijo Brenda quitándose las *Ray-Ban* y dejando a la vista sus ojeras.

—Por dios, inspectora, vaya pintas, su noche fue apoteósica, por lo que veo. —dijo Manson sorprendido.

—No cambies de tema y responde a mi pregunta. —dijo Brenda, abducida por la conversación.

—Sí, Charles Parker heredó la firma de su padre y tras el cierre de la química inauguró la multinacional poco tiempo después

farmacéutica Tuknon, instaurándola a unos veinte kilómetros de Yorksinne.

Brenda se levantó de la mesa instantáneamente incitada por algún pensamiento que pasó por su cabeza en ese preciso instante. Fijó sus ojos en Manson que con cara de no entender nada solo esperaba alguna reacción de Brenda.

—Existe algún importante distribuidor de fármacos en Dublín. —comentó Brenda como poseída por sus pensamientos.

—Sí, el Walter Logistic Health. No está demasiado lejos de aquí, quizás a unos cuatro kilómetros de la periferia de Dublín. Es la única empresa de logística que abastece a todo el país. Pero ¿qué tiene que ver con todo esto?

Brenda volvió a sentarse apoyando sus dos brazos en la mesa y con cierta inquietud empezó a juguetear con una servilleta de papel retorciéndola en pedazos.

—Necesito saber la procedencia de los restos del fármaco que fue hallado en el lugar donde se encontró la marca en el árbol. Más concretamente quiero saber que laboratorios del país lo fabrican. —dijo Brenda esparciendo en añicos todos los trocitos de la servilleta sobre la mesa simulando un big bang del universo.

—Vaya inspectora, tiene usted puesto el ojo en Charles Parker. Está bien, acerquémonos hasta el Walter Logistic Health, hoy es mi día libre.

Media hora más tarde, el propio Manson a los mandos del *Ford Focus* aparcó el coche en el inmenso parking del Walter Logistic Health. Brenda dormida como una leona fatigada después de una noche movida en la selva despertó con un largo bostezo alzando sus manos.

Tras presentar las acreditaciones oficiales en recepción y mostrar la necesidad urgente de verificar esa información referente al fármaco, fueron derivados al despacho del gerente de la empresa.
—Ustedes dirán. —dijo el gerente de la empresa.

—Soy la inspectora Brenda Watson al mando del caso de los cinco desaparecidos de Yorksinne. El motivo de nuestra visita es para descubrir la procedencia de un fármaco hallado en una de las pruebas halladas hace pocos días. Necesitamos descubrir la factoría que distribuye ese tipo de sedante o anestésico, nos sería de gran ayuda. —añadió Brenda entregando una copia del fármaco analizado por el laboratorio de investigación.

—¿Vaya encontraron partículas del anestésico Dogma C24 derivado del Propofol? —dijo el gerente con cierta incredulidad tras leer el extenso informe.

—Sí, así es. —añadió Brenda.

—En Irlanda le puedo asegurar que nunca se ha distribuido este tipo de producto. Se utilizó muchísimo durante la guerra del golfo pérsico para operar a soldados heridos en combate y también en Irak. Su fabricante era Kerrigan Chemical Corporation, pero dejaron de fabricarlo hace varios años. Se usó tan solo en hospitales militares en Estados Unidos en esos tiempos. —dijo el gerente tras comprobar la base de datos de su ordenador.

Brenda se quedó en silencio con la mirada puesta en el ventanal que había detrás de aquel tipo desde del que se veía un inmenso jardín con una fuente en el centro. Estaba desconcertada, confusa, y algo tocada anímicamente por esa información recibida. Todo su castillo de suposiciones y nuevas pistas que la llevaban a estar cerca de algo, se había desvanecido por completo en cuestión de segundos. Como decía el capitán Bentford no había nada que rascar, pero quizás… sí.

—¿Usted conoció a Mark Parker? —preguntó Brenda volviendo su vista hacia los ojos del gerente.

—Si se refiere al que tenía la vieja factoría química ya desaparecida en Yorksinne, sí, lo conocía.

—Por la información que tengo al respecto, todo indica que se trataba de una pequeña factoría química dedicada a comercializar con Propilenglicol. —añadió Brenda mirando en su bloc de notas.

—Sí, así es. De ese fármaco se obtienen una amplia gama de

aplicaciones relacionadas con la medicina. Se utiliza para anestesia local, vitaminas, hormonas, antisépticos y vacunas, entre otros.

—Por lo que he investigado, existen varias multinacionales que se dedican en Irlanda y el Reino Unido a fabricar dicho fármaco.

—Sí, existe gran competencia en ese sector. —dijo el gerente.

—¿Me puede explicar cómo se las hizo Charles Parker para crear esa macro factoría llamada Tuknon, siendo a día de hoy una de las más grandes de Europa? Por lo que sabemos, la antigua factoría química de su padre en sus últimos tiempos tuvo grandes pérdidas a causa de su poca distribución en Europa. Debido a ello hubo muchos despidos y su agujero económico de deudas fue abismal, según el Financial Times, estaban casi en la quiebra.

El gerente miró a Brenda con una mirada inquietante tras escucharla, parecía trastocado por esa hipótesis. Con cierta inquietud se empezó a rascar su barba canosa intentando meditar lo que iba a pronunciar. Brenda, tan avispada como siempre, se percató de ese detalle al intuir que ese hombre quizás sabía algo más.

—Venga suéltelo, le prometo que no saldrá de estas cuatro paredes lo que salga de sus labios. ¿Fue por arte de magia que Charles Parker creará Tuknon de la nada al igual que Charlie hizo con su fábrica de chocolate? —dijo Brenda con la curiosidad a flor de piel bromeando.

—Se rumoreó en ciertas altas esferas que Mark Parker era un masón de alto grado de una gran orden de la masonería de los Estados Unidos llamada la Daga blanca. Después de su muerte se especuló que esa orden financió la creación de Tuknon para que Charles Parker se hiciera cargo de la compañía. Solo le puedo decir eso inspectora, no tengo más información que esa, pero no puedo asegurarle que fuera cierta.

—¡Ahá!… masonería, querido Manson, esto cada vez se parece más a una serie televisiva. —añadió Brenda a Manson, que en todo momento escuchaba atentamente la conversación a su lado.

—Luces en el bosque, ¿le suena de algo? —dijo Manson interviniendo en la conversación por primera vez.

—Manson, ¿crees que esto tiene cabida en esta charla? —comentó Brenda, algo molesta alegando que esa pregunta no tenía sentido alguno.

—¿Luces en el bosque?, qué recuerdos. —añadió el gerente con tono nostálgico.

—¿No me diga que usted fue otro de esos frikis enganchados a ese programa por falta de sexo? —dijo Brenda bromeando.

—Sí, inspectora, yo era uno de esos seguidores frikis faltos de cariño y sexo. —entre risas.

—En esa época ejercía de secretario general en una importante empresa de logística en Cork. Me pasaba los largos turnos de la noche escuchando a Rufus, su locutor, enganchado a su voz que relataba los misterios que acontecían en esa época.

—Por un momento permítase volver a ser ese friki, ¿qué supone usted que sucedió con esos chicos? —dijo Brenda esperando saber la respuesta.

—La verdad es que todo fueron suposiciones, inspectora, ya ha llovido mucho desde entonces, pero mantengo la teoría de Rufus su presentador que desgraciadamente fue asesinado a manos de algún loco o jerarquías de poder con tintes oscuros.

—O sea, ¿usted cree en las conspiraciones? —dijo Manson con los ojos abiertos.

—Desde luego Sargento, un ejemplo claro es que tengo la certeza de que el sida fue una creación de la industria farmacéutica con apoyo de la CIA. Espero no haya micros ocultos. —bromeó mirando las paredes.

—Ello lo pensaba firmemente Thabo Mbeki, presidente de Sudáfrica entre 1999 y 2008. El estadista estaba convencido de que era todo un plan de la CIA para diezmar la población negra en África y para que, de paso, la industria farmacéutica se hinchara a vender medicamentos contra la nueva enfermedad.

—¿Entonces también es de los que opina que los Beatles nos ocultan algo? —dijo Manson cada vez más atraído por la conversación ante la mirada perpleja de Brenda hacia él, viendo como desviaba el tema de conversación de nuestra investigación hacia otros derroteros.

—Odio a los Beatles, viva los Rolling. —confesó Brenda en un gesto en desaprobación del grupo de Liverpool.

—¡Oh… los Beatles!, esa es otra. Se dice que el verdadero Paul McCartney, tras una discusión con el resto de integrantes del grupo,

sufrió un accidente de tráfico que acabó con su vida. Se sospecha que un agente del MI5, Maxwell Smart, más conocido como “Superagente 86” informó a la banda del fallecimiento del bajista. Sin tiempo para el dolor y los ritos, discográfica y conjunto acordaron sustituirlo sin anunciar nada a nadie. —respondió el gerente emocionado por revivir esos temas por unos instantes.

—¡Por dios!, cómo ha degenerado la conversación. Pásense los teléfonos personales, el Sargento Manson últimamente está falto de distracciones. —dijo Brenda levantándose de la mesa, evadiendo la conversación con ganas de marcharse.

—Entonces de lo de la luna, ya ni mencionarlo. —añadió Manson al gerente atraído por el hilo de la conversación sin despegarse de la silla como un adolescente.

—Oh, ese tema me fascina. —gesticulando con emoción. —Muchos e pertos han probado que la llegada a la Luna nunca ocurrió. Según todos los negacionistas, incluyéndose un servidor, decimos que el primer alunizaje y en consecuencia los otros cinco hasta 1972 fueron un grandísimo fraude perpetrado por la NASA y el gobierno estadounidense.

—No me diga. —dijo Manson con la decepción en el rostro. Brenda releía sus notas de pie frente al ventanal, totalmente ausente del intercambio de palabras entre ellos dos.

—Si sargento, fue un burdo montaje dirigido por Stanley ubric con una nave de cartón piedra en un plató de televisión para no quedarse atrás en la carrera espacial y evitar ser humillados por los soviéticos. —comentó el gerente como si fuera el guardián de la verdad de todos los misterios.

Brenda tras escucharlo espetó una sonora carcajada volviendo hacia la mesa ante ellos.

—Perdonen mis señorías del misterio, pero ¿ustedes saben que en los programas Apolo estuvieron involucradas más de 400.000 personas? —comentó con sorna señalándolos como una juez.

—Sí, inspectora. —respondió el gerente.

—¿Cree que todas y cada una de ellas guardaron el secreto durante tanto tiempo? —preguntó Brenda sentenciando la conversación.

Tras la intervención de Brenda se generó una gran duda entre ambos.

Se miraron uno al otro, siendo incapaces respuesta de lanzar a coherente al

silencio que impregnó los cuatro vientos alguna respecto para romper ese

por unos momentos el despacho. Fue el certero detonante que la astuta inspectora Watson expuso ante ellos para dar por finalizada esa conversación.

Capítulo 11

Viernes, Yorksinne

Caían los últimos rayos de sol sobre Irlanda cuando Brenda llegó a esa nueva casa alquilada en las afueras de Yorksinne. Dejó aparcado de cualquier manera el Ford Focus en el pequeño jardín de la entrada, llevándose por delante unos bonitos arbustos de flores amarillas. Como un zombi salió del coche tambaleante y consumida por el cansancio acumulado de la noche anterior mientras se dirigía hacia la puerta de la casa con la urgente intención de pegarse una rápida ducha y quitarse de una vez por todas esa ropa que llevaba puesta la cual aún desprendía un desagradable aroma a vómito.

Tras cruzar el umbral del marco de la puerta se encontró con un desorden desconcertante ante sus ojos. Todo estaba por el suelo revuelto como si un gran tornado se hubiera colado en la casa. Además, gran parte del lujoso mobiliario estaba destrozado a golpes. Brenda con un rápido amago sacó su arma de la funda alertada de poder correr algún peligro. Con la misma elegancia de una leona amenazante entre la maleza de una jungla fue escudriñando silenciosamente y sin hacer ruido las dos habitaciones de la casa con los pies descalzos. Todo estaba patas arriba. El aspecto del comedor con todas sus pertenencias personales por el suelo era desolador. Pero, había algo desconcertante en todo ese premeditado desorden, tan solo había desaparecido el informe en el que se hacía referencia al caso de las desapariciones y la extensa colección de apuntes que había enganchados en la pared del comedor con toda la investigación que fue procesando Brenda desde su llegada. Indudablemente, alguien entró en esa casa con la intención de robar todo de lo que se estaba cociendo en Yorksinne.

Media hora más tarde apareció Manson en la casa tras enterarse de lo acontecido por un wasap de Brenda repleto de fotos de los hechos.

—Madre mía, cómo le han dejado la casa, inspectora. —dijo Manson contemplando el paisaje desolador del comedor.

—Esto me huele muy mal. —dijo Brenda con la mirada perdida en el desorden.

—Lo siento, pero no se lo quise decir esta mañana inspectora, su ropa desprende un olor desagradable a vómito. —dijo Manson con suma

precaución mirando el jersey manchado de Brenda.

—Vaya Manson, veo que tu agudeza mental va en aumento. Me refería a lo que tenemos delante de nosotros.

—Perdone inspectora, estoy muy espeso últimamente, duermo muy poco, ya sabe, mis problemas. —añadió Manson lamentando su error rascándose la cabeza.

—¿Así que tan solo ha desaparecido ese informe y sus notas de investigación?

—Sí, estoy convencida esconde detrás de todo de que algo grande se

esto. Quizás necesite refuerzos, si se han atrevido a dar este paso, pueden atreverse a cosas peores. Alguien debe estar molesto tras haberse reabierto el caso de nuevo. —dijo Brenda quitándose el sucio jersey ante Manson, quedándose tan solo con una camiseta de manga corta en la que se podía leer *Dios salve a la reina.*

—Inspectora, le aconsejo que no es muy buena idea pasearse por Irlanda con esa camiseta. —dijo Manson en referencia a la reina de Inglaterra.

—Tranquilo Manson, la provocación es uno de mis deportes favoritos, pero por favor no me distraigas. —dijo Brenda observando con detalle en cada rincón intentando encontrar algo sospechoso.

Poco después sonó el sonido agudo del timbre de la verja del jardín mientras Manson permanecía a solas en el comedor esperando a Brenda salir de la ducha. Sobresaltado y temeroso, se escondió entre las cortinas de la ventana como un ladrón intimidado para observar quién había tocado el timbre desde la calle. Despavorido salió como alma que lleva el diablo casi resbalando de espaldas en el parquet hacia la puerta del lavabo donde Brenda se encontraba. Golpeó insistentemente tres veces la puerta.

¡Boom, boom, boom! (sonido de golpes)

—No estoy sorda ¿Tienes algún apretón Manson?, me estoy vistiendo, dame un par de minutos.

—¡Inspectora, en la calle hay alguien con aspecto *skinhead*!, está frente a la casa. No me da buena sensación, quizás sean ellos. —dijo Manson temeroso como un quinceañero.

—Tranquilo, no te va a descuartizar, debe ser Martin, déjalo pasar. —dijo Brenda deseosa de que le hubiera conseguido eso tan deseado por ella.

Pocos minutos después, Brenda apareció en el comedor ante Manson y Martin. Se respiraba un ambiente tenso entre ellos dos. Manson, con aspecto serio, ofreció a Brenda el teléfono móvil de Martin para que supervisara un video grabado por él mismo esa mañana.

—Mire esto inspectora. —dijo Manson.

En la filmación se podían apreciar como unos encapuchados entraban en la casa sin forzar apenas la puerta en cuestión de segundos. Eran dos hombres fornidos con vestimentas oscuras y utilizaban un vehículo de la marca *BMW* de alta gama de color oscuro.

—¿Fuiste tú quien lo Martin.

grabó? —dijo Brenda a

—Sí, inspectora, serían las diez de la mañana

cuando me disponía a traerle su pedido. —dijo Martin mirando de refilón a Manson. —Me escondí en uno de los árboles del camino mientras lo grababa.

—Buen trabajo. —dijo Brenda.

—¿Eres mensajero con esas pintas chaval? —añadió Manson desconcertado con aires despectivos. Martin lo miró desafiante sin contestarle.

—Sí, Martin es de Amazon, hace envíos especiales. No lo mires así, es un buen chico. —dijo Brenda revisando una y otra vez el video sin despegar sus ojos del móvil.

—Vaya, pues tú quizás me puedas ayudar en una reclamación, todavía estoy esperando una tostadora desde hace meses que llega desde China. —dijo Manson de forma obstinada.

—Manson, tu ignorancia me preocupa, céntrate en el caso. Martin es un camello de Yorksinne. —dijo Brenda devolviendo el móvil a Martin.

Este sacó del bolsillo trasero de sus pantalones tejanos una pequeña bolsa de marihuana que entregó en mano a Brenda.

—Cumplí mi promesa inspectora, no hace falta que se moleste en darme la metanfetamina. Quiero terminar con esta mierda de vida que llevo y centrarme en las motos.

—Haces bien hijo. —dijo Manson dándole una palmada amistosa en la espalda.

—Por lo que veo en el video se trata de profesionales. Su forma de actuar no es convencional, ¿te vio alguien? —añadió Brenda con interés.

—Creo que no. —contestó Martin.

—¿Has comprobado la Manson? —dijo Brenda mínimo detalle. matrícula del vehículo

asegurándose del más —Sí, he llamado a la central en Dublín y me han confirmado que es falsa. Inspectora, acaba de llegar el furgón del equipo forense para tomar pruebas. —dijo Manson acercándose a la ventana, alertado por las luces de los faros.

—Inspectora, ¿tiene un momento? —preguntó Martin.

—Estoy algo ocupada ahora mismo Martin, debo atender a los forenses. —respondió Brenda viendo como descargaban el equipo de la furgoneta.

—Lo mío es mucho más importante que todo eso, ¿usted también me va a dejar de lado? —dijo Martin con preocupación y síntomas de estar pasando un mal momento personal. Brenda centró su mirada en él, apreciando que en sus ojos afloraban signos de gran tristeza.

—Martin, ahora mismo no puedo ser la madre Teresa de Calcuta para escuchar tus problemas personales con las drogas, quizás en otro momento esté por ti. —dijo Brenda desentendiéndose de Martin sin saber que escondía esa petición.

—Inspectora no sea tan dura con el chaval. —susurró Manson a Brenda al oído.

Martin marchó con gran frustración propiciando un sonoro puñetazo en el marco de la puerta de la casa. Caminaba cabizbajo hacia la verja del jardín, maldiciendo su vida con palabras malsonantes en voz alta. Se subió a una vieja moto Honda que se resistió tras muchos intentos en encender su motor.

—¡Maldita *Honda*!, ¡menuda mierda me han vendido! Solo me faltaba esto. —gritó propiciando una patada a una de las ruedas con desesperación.

Brenda desde la ventana observando la situación y sintiendo una leve chispa de empatía salió en su búsqueda hacia la calle.

—¿Así quieres reemprender el camino de tu vida comprando esta mierda de motos? —dijo Brenda señalando a la moto que estaba tumbada en el suelo.

—¡Déjeme en paz inspectora, usted tiene cosas más importantes que hacer! —gritó Martin muy nervioso.

—A ver Martin, lamento si momentos antes he sido la imbécil Brenda Watson que a veces sale de mi, te pido disculpas, pero que es eso que me querías comentar tan importante, sé breve. —dijo Brenda con los brazos cruzados esperando su respuesta.

—Nadie quiere hablar conmigo, nadie ya confía en mí, solo soy un problema para los demás, ¿entiende lo que quiero decirle?, mi vida es una ruina inspectora.

—Bien, ¿eso es todo? —preguntó Brenda.

—Yo esperaba algo más, no el lloriqueo que acabo de presenciar. Martin, yo también fui a tu misma edad una perra loca descarriada, vendí más droga que la que puedas imaginar y unos desalmados yonquis traficantes me quitaron lo que más quería. En ningún momento bajé los brazos, mi única alternativa fue luchar, luchar y luchar para volver a remontar el vuelo en la vida de la mejor forma que pude. Puedes conseguirlo tú también Martin, somos iguales. —dijo Brenda aproximándose a Martin posando la mano sobre su hombro.

Martin asintió con su cabeza aprobando ese breve discurso que en cierta forma alentó tímidamente su estado de ánimo. Respiro profundamente el aire frío de la noche llenando sus pulmones al máximo y tras unos segundos bajo la atenta mirada de Brenda que no cesaba de clavar sus ojos en él, desveló algo que llevaba guardado dentro de su corazón durante una década y que con total seguridad removería los cimientos de Yorksinne.

—Sé de alguien más que estuvo presente la noche de las desapariciones. —respondió Martin acongojado.

Capítulo 12

Sentados en un banco del jardín, entrada ya la medianoche y bajo la tenue luz de la luna que vestida de blanco lucía un enigmático resplandor, Brenda se prestaba a volcar toda su atención a lo que Martin le iba a desvelar. Manson, en el interior de la casa, seguía dando apoyo en las tareas de búsqueda de huellas junto a los forenses a pesar de ser su día libre. En las últimas horas, el cauce de las investigaciones que Brenda Watson iba procesando en su cabeza, marcaban claramente un rumbo de sospechas confusas que en cierta manera denotaban una trama oscura que nadie podía comprender.

—Dispara Martin, soy toda oídos. —añadió Brenda sentada junto a él con su bloc de notas preparado.

—En aquella época mi hermana Susan, tiempo antes de su desaparición, trabajaba como cuidadora de una niña de diez años llamada Sharon. Esa niña fue partícipe de un hecho muy extraño que tan solo yo sé por una confesión que me hicieron sus padres. Ahora tiene veinte años, y estoy seguro, inspectora, que los vio la noche de los hechos.

—¿Por qué no testificó esa niña a la policía? —preguntó Brenda confusa por no aparecer en ninguna parte del informe.

—Es autista, inspectora. En esa época apenas hablaba y sus padres no querían tener problemas con las familias afectadas por las desapariciones después de todo el revuelo que se originó en Yorksinne, ya sabe cómo es la gente de desconfiada. Incluso podrían haberles acusado de ocultar información.

—A ver Martin, esto es algo muy serio, todo es una suposición tuya, ¿en qué te basas en afirmar que esa niña los vio aquella noche?

—La misma noche de las desapariciones fue encontrada por sus padres caminando sola por el campo, descalza y vestida tan solo con su camisón blanco. Portaba una pequeña lámpara de aceite con la que se guiaba en la oscuridad para internarse en el bosque. Dicen que gritaba como una loca el nombre de mi hermana Susan. Nunca sus progenitores la habían oído gritar de esa manera, la tuvieron que llevar al Center Medical de Belfast de urgencia, estaba fuera de sí. Juraría por dios que los vio adentrarse en el bosque.

Brenda se quedó pensativa mientras anotaba con detalle todo lo relatado por Martin.

—¿En qué zona la encontraron? —dijo Brenda mostrándole un pequeño mapa de la zona. Martin, tras ojearlo varias veces, señaló una campiña a unos doscientos metros del bosque, muy cerca de la factoría química abandonada.

—Exactamente, fue en ese lugar. —dijo Martin señalando con su dedo sobre el mapa. Brenda con su rotulador rojo dibujó un pequeño círculo con un interrogante en su interior.

—¿Has venido en moto? —preguntó Brenda con decisión poniéndose en pie.

—Sí, no pensará en…

—Sí Martin, ahora mismo vamos a ir al paraje donde la encontraron y tú me vas a llevar. Cogeré una linterna dame dirigiéndose a la rápidos. diez minutos. —dijo Brenda

entrada de la casa con andares

—¡Pero Inspectora, no tengo casco de moto para usted! —dijo Martin con la inocencia a flor de piel.

—¡A la mierda el casco! —respondió Brenda entrando a la casa.

La destreza de Martin conduciendo aquella vieja moto hizo retroceder a Brenda por unos instantes en el tiempo recordando su etapa junto a Michael. Le vino la misma sensación que sintió durante una travesía en moto camino de Brístol, en el sur de Inglaterra. Se aferró con sus dos manos al cuerpo de Martin, cerrando sus ojos, queriendo imaginar que de nuevo estaba junto a Michael recorriendo aquellas carreteras del sur. Inevitablemente, ese contraste de sensaciones que sentía en ese momento hizo que apareciera alguna lágrima en su rostro.

Martin detuvo su moto en un punto de la carretera apagando el motor. En un intento de bajar de la moto sintió como Brenda se lo impidió no queriendo despegar los brazos que rodeaban su cintura. Ella permanecía con la cabeza apoyada en su hombro, ofreciendo resistencia a despegarse de él. Era como si en ese corto espacio de tiempo sus cuerpos se hubieran soldado uno con el otro.

—Inspectora, ¿está girando su cabeza mareada? —dijo Martin

para observarla. Sus ojos contemplaron a una vulnerable Brenda con los ojos cerrados y visiblemente algunas lágrimas correteando por su cara.

—Por un momento he vuelto a otra época, disculpa Martin, me han invadido una serie de recuerdos y tristes sensaciones que pensaba no volvería a sentir jamás. —agregó Brenda bajándose de la moto sensiblemente emocionada restregándose los ojos.

—Vaya, suponía que yo era el único que tenía problemas en esta vida, espero que lo suyo sea leve. —dijo Martin mostrando signos de empatía por primera vez.

—¿Este es el lugar? —preguntó Brenda iluminando con su linterna la cara de Martín en la oscuridad que les rodeaba.

—Sí, aquí la encontraron. Su mirada estaba fijamente puesta en esa dirección. —señaló con su mano hacia el bosque cercano. —No paraba de alzar su lámpara de aceite como queriendo llamar la atención de alguien que estuviera adentrándose en el bosque.

—¿Y qué encontraremos si seguimos esa dirección? —preguntó Brenda resguardándose con su chaqueta de la penetrante humedad de la noche.

—La vieja factoría química abandonada.

—Vayamos entonces. —dijo Brenda con decisión adentrándose entre las hierbas.

—Inspectora, allí no hay nada que le pueda llamar la atención, solo son ruinas y graffitis en las pocas paredes que siguen en pie.

Brenda se quedó dubitativa tras escuchar a Martin meditando el dar marcha atrás. Ciertamente, esa factoría era un lugar muy concurrido por curiosos y paseantes de la zona.

—Además, esta factoría se cerró un año después de los hechos. No le veo sentido alguno que usted quiera ir hasta allí.

—¡Qué diablos haría esa niña aquella noche aquí! —comentó Brenda con impotencia enfocando a la inmensidad del campo intentando encontrar algún motivo por el que apareció aquella muchacha allí.

Sacó el mapa que guardaba en su chaqueta y lo desplegó sobre la hierba mojada bajo la luz de la linterna. Lo observaba junto a Martin

con cierto nerviosismo sin hallar un sentido a toda esa historia.

—Inspectora no le dé vueltas, quizás su autismo la llevó hasta aquí imaginando cosas irreales que tan solo ella creía ver.

—No subestimes nunca a un autista, son más inteligentes que tú y que yo. Estoy segura de que no fue casual que se escapara de casa aquella noche para venir aquí. —dijo Brenda enfocando de nuevo la cara de Martin. —¿Qué es ese punto rojo en el mapa? —dijo Brenda señalando un punto rojo no muy lejano de la factoría en el mapa.

—Está justamente a unos dos kilómetros de la factoría, es un antiguo tanque subterráneo de residuos químicos abandonado. En ese lugar se guardaban todos los residuos químicos procesados. Tuvieron muchos problemas y diversos juicios con Greenpeace debido a estar ubicado en un sitio tan rodeado de naturaleza.

Brenda cambió el rictus de su cara instantáneamente poniéndose de pie con la respiración alterada. Sacó su teléfono móvil de su bolsillo con las manos temblorosas intentando marcar los dígitos de su teléfono.

—Inspectora, ¿qué sucede? —dijo Martin, asustado por la repentina reacción de Brenda.

Brenda, sin prestar apenas atención a Martin, esperaba con desespero con el auricular pegado a su oído a que respondieran a su llamada. Tras tres largos tonos alguien se puso al otro lado del aparato.

—Manson, soy la inspectora Brenda Watson, necesito refuerzos y un equipo de búsqueda equipado con perros, ¡ya!, es urgente. Creo que he dado con algo importante. Se han de abandonado de residuos de dirigir al tanque la factoría en la

coordenada 7834H del mapa.

—¿Inspectora está segura de ello?, no habrá tomado alguna de esas drogas con ese muchacho y esté confusa. —dijo Manson sorprendido por la noticia.

—¡Por dios Manson! Hoy no he tomado ninguna de mis mierdas, no me hagas más perder el tiempo. ¿Cómo no pudieron rastrear hace diez años ese lugar? ¿Quién diablos estaba al mando para que se le pasara por alto supervisar ese lugar? —dijo enfurecida alzando su voz…

Brenda y Martin se dirigieron a toda prisa a través de una carretera

muy angosta y repleta de curvas mal asfaltadas en las que toparon casi de bruces con una vaca en medio del camino. Cuando llegaron al lugar donde se encontraba el centro de residuos de vertidos químicos, se encontraron ante una gran alambrada de dos metros de altura que impedía el acceso a su interior. Brenda sin mediar palabra se bajó de la moto enfocando con la luz de su linterna hacia el interior del recinto a través de la alambrada. Pudo ver un inmenso tanque enterrado en hormigón y una inmensa hilera de bidones apelotonados y sellados en un pequeño hangar con el aspecto de estar abandonado desde años.

Media hora más tarde y cuando ya casi las manecillas del reloj señalaban la una de la madrugada, en el sepulcral silenció de las calles de Yorksinne se originó un gran bullicio de sirenas con destellantes luces rojas y azuladas desfilando en dirección a la zona de residuos. En un gran despliegue de coches de la policía irlandesa que iban acompañados por un par de camiones de bomberos, vehículos forenses y sanitarios. El alboroto alertó a todos sus habitantes, provocando que se asomaran a sus ventanas, perplejos ante ese inesperado desfile de sirenas y luces ya entrada la noche. Algunos de ellos salían a los jardines de sus casas en albornoz sin comprender qué sucedía, alzando sus manos con preocupación a los ocupantes de los vehículos.

—Madre mía, la que se viene para aquí. ¿Lo está viendo inspectora? —dijo Martin contemplando como a lo lejos en la lejana carretera se divisaba una extensa línea serpentina de colores amenizada por el sonido de las sirenas acercándose a ese enclave.

—Manson me sorprende cada día más, lo de su mujer va a acabar con él. No hacía falta que me trajera al séptimo de caballería irlandés. —añadió Brenda perpleja con su mano en la frente.

—Inspectora, no quiero ser aguafiestas, pero como no encuentren nada en este lugar, le darán un puntapié en el culo y acabará volviendo a Londres.

Brenda lo miró de reojo sin articular palabra con una de sus miradas intimidatorias. Sacó la bolsita de plástico de marihuana y se lio a una velocidad vertiginosa un cigarro.

—¿Y para mi nada? —dijo Martin esperando su parte.

—Cállate esa boca, hoy me pareció escuchar de tus labios que ya estás harto de esa vida que llevas, ¿no? —dijo Brenda pegándole una larga calada.

—Cierto, lo había olvidado. —con cara de resignación. —¿Realmente eso le ayuda a trabajar mejor? —preguntó Martin desconcertado.

—Sí, Martin, mis neuronas están tan degeneradas por esta mierda que sin ello no puedo pensar claramente. Por cierto, está exquisita esta hierba.

Pasados unos minutos todo ese destacamento de vehículos ocupó la explanada de la entrada del centro de residuos. El teniente de la policía al mando salió de su vehículo encontraba con andares ligeros hacia donde se Brenda, que en esos momentos

permanecía apoyada en uno de los barrotes de la alambrada. El rostro poco amigable del teniente parecía que a toda costa necesitaba pedir detalles sobre esa intempestiva petición policial.

—Inspectora Watson, me presento, soy el teniente

Palmer al mando de este operativo. —estrechando la mano de Brenda enérgicamente. —Espero que tenga una buena razón, porque miré la que ha montado a estas horas de la madrugada. —comentó el teniente señalando alrededor. a todo el despliegue que había a su

—Si le tengo que dar a conocer mi razón, antes me gustaría que usted me diera una buena razón del por qué no se peinó esta zona en la época de los hechos. —dijo Brenda devolviéndole la pelota a Palmer.

Palmer la miró fijamente contrariado por su respuesta. —Esta planta de residuos hace diez años era operativa, no fue necesario desmantelarla, inspectora. Ya sabe que esto podría dejar por los suelos la imagen de la policía inglesa, ¿no? Ello le causaría una inmensa mancha oscura en su expediente como inspectora. —sentenció el Teniente con poco convencimiento por la sospecha de Brenda.

—Teniente Palmer, mi historial es como una inmensa laguna negra, no me preocupa en absoluto. —añadió gesticulando. —Yo solo intento hacer bien mi trabajo. —dijo Brenda posicionándose ante él con indiferencia.

—No se hable más inspectora, vayamos al grano. Empezaremos colocando una cámara en el interior del tanque para supervisar si existe algo que no debería estar ahí. Espero que haya valido la pena todo este desparrame de personal, si no seré yo mismo el que me encargue de que la sustituyan del caso. —comentó el teniente con malas vibraciones hacia ella.

—Perfecto Teniente, pero como encontremos algo seré yo misma la que mandará un informe a sus superiores, destacando la poca empatía y predisposición de colaborar para resolver el caso. —añadió Brenda con el plante serio.

El teniente con el rictus serio empezó a mover su cara de un lado a otro como un perro de caza, olisqueando algo que flotaba en el ambiente.

—Pero, ¿qué pasa? Aquí huele a marihuana. —añadió moviendo sus manos intentando remover esas leves ráfagas del cigarro que momentos antes apagó Brenda y que aún flotaban en el ambiente.

—Sí, teniente, había unos *jovenzuelos* aquí con sus motos fumando esa mierda que tanto les gusta, los hemos asustado con nuestra presencia. —dijo Brenda aguantándose la risa junto a Martin que fingió toser para no evidenciar sus risas.

—Vaya juventud que está subiendo. —dijo el teniente tragándose dicha mentira.

—Ahá… —dijo Brenda mirándolo fijamente. —Por cierto, entre usted y yo, ¿le parece que el sargento Manson está a la altura de las circunstancias? Últimamente, está en las nubes, está como ido. —dijo con cierto desprecio cuando a pocos metros se acercaba Manson hacia ellos con las manos en los bolsillos como un dominguero en un paseo matinal.

—¡Oh Manson!, me alegra de tenerte aquí. —dijo Brenda dándole una sonora palmada en la espalda.

—Teniente Palmer, gracias a Manson, estoy avanzando positivamente en las investigaciones desde mi llegada a Irlanda. He de confesarle, que él mismo me ha inducido efusivamente a husmear en este lugar inexplorado desde que inicié mis investigaciones. Sus constantes e inteligentes analíticas sobre el caso me están abriendo los ojos. Me está sorprendiendo su inteligencia. —gesticulando teatralmente. —Yo de ustedes lo condecoraría con un ascenso, y además, como puede comprobar, hoy es su día libre y sigue aquí al pie del cañón por la causa. —comentó Brenda posando su mano sobre el hombro de Manson, finalizando su obra teatral con una mueca. Este esbozó una sonrisa forzada, avergonzado por haberle subido a los altares mientras el mismo ocultaba con disimulo la colilla de marihuana en el suelo a los pies de Brenda.

—¿Es eso cierto Manson?, nunca me lo hubiera imaginado. Me

parecías el policía más insulso y despistado de la comisaría. —dijo el teniente mirando a Manson con aspecto desconcertado por esa faceta que desconocía en su trabajo.

Manson tardó unos segundos en contestar bloqueado por los nervios de la situación, pero un pisotón propiciado por Brenda le hizo reaccionar a tiempo.

—Sí, sí, Teniente, es cierta la exposición de la inspectora.

—Como hoy encontremos algo relevante en este lugar, le doy mi palabra que su cara saldrá en todos los diarios de Irlanda. —dijo señalando al acongojado Sargento.

El equipo de rescate empezó la búsqueda insertando una cámara en el interior del tanque de residuos líquidos para inspeccionar con precisión su interior palmo a palmo. Mediante un control remoto recorrieron los rincones de ese inmenso tanque de metal guiados por un monitor que en todo momento ofrecía imágenes detalladas del vientre oscuro del gigantesco recipiente. Además, ese novedoso sistema de búsqueda estaba equipado con un sónar capaz de detectar algo sólido entre aquellas paredes metálicas repletas de líquidos altamente tóxicos.

Brenda y el Teniente Palmer permanecían en la sala de inspección, uno distanciado del otro tras los técnicos que operaban observando los monitores de lo que la cámara transmitía desde el interior del tanque. Tras una hora y media la búsqueda finalizó de forma negativa, allí no había nada sospechoso, simplemente un gran cúmulo de vertidos tóxicos.

—Espero que de una explicación convincente a sus superiores sobre esta nefasta pérdida de tiempo inspectora. ¿Para qué tanto revuelo? Son las tres de la madrugada, podría haber esperado a la mañana. —dijo el teniente señalando su reloj.

Brenda, pensativa con sus manos en los bolsillos, miró con cierta indiferencia al teniente. En sus pensamientos seguía viva la curiosidad de lo que vio nada más llegar al lugar tras la alambrada. Sin saber por qué su inquietud estaba centrada en ello.

—Quiero que se supervisen esos bidones precintados. —añadió Brenda segura de sí misma señalando el hangar donde se encontraban los bidones precintados.

—¿Cómo?, quizás son más de doscientos bidones, inspectora,

acabaríamos al amanecer. Me niego rotundamente, alzando la voz. esto es ridículo. —dijo el teniente

Uno de los técnicos alzó muy tímidamente su mano en medio de esa charla que iba subiendo el nivel de decibelios por momentos entre Palmer y Brenda.

—Teniente Palmer, discúlpeme, pero disponemos de un escáner láser. Podríamos saber con un simple barrido de frecuencia saber si un bidón contiene algo físico en su interior. etiquetas de sellado

Por lo que he leído en las de esos bidones tan solo contienen agua tratada y altamente tóxica. No nos llevaría demasiado tiempo.

—En menos de una hora se podrían supervisar Teniente, creo que no existe excusa alguna para suspender la supervisión. Si se niega a ello, ahora mismo daré parte a sus superiores por negarse a buscar evidencias en el caso, usted decide. No considero que les haga mucha gracia ser despertados a estas horas. —dijo Brenda seriamente con su teléfono en la mano.

Como un gato acorralado en un callejón sin salida, el teniente aceptó la propuesta de Brenda después de meditar unos segundos las posibles consecuencias por negarse.

—Supervise esos bidones con ese láser, por lo menos tendremos contenta a la inspectora Watson. —dijo el teniente con sorna mirándola con desprecio.

Brenda permanecía junto a Martin y Manson apoyada en uno de los camiones de bomberos viendo desde la distancia como uno por uno iban supervisando con el detector de escaneo láser el lomo de los bidones. Se denotaba cierta tristeza en sus rostros por tal y como iba aconteciendo la búsqueda de pruebas esa madrugada. Martin no paraba de morderse las uñas en un estado de ansiedad acentuado, esperanzado de que su hermana Susan no estuviera embutida en uno de esos bidones. En esos instantes el recuento de bidones supervisados llegaba a los ciento ochenta y cuatro. Los resultados eran negativos uno tras otro, además el sonido que ese sofisticado aparato emitía tras un escaneado iba desmenuzando poco a poco las pocas esperanzas de Brenda.

Tras pasada más de media hora quedaban dieciséis bidones por ser únicamente

examinados. Brenda, sin poder contener más su estado de nervios, se

acercó hasta la zona de supervisión esperando un milagro poco probable. Contemplaba de reojo los bidones restantes viendo como cada vez eran en menor cantidad. Poco a poco fue asumiendo duramente la mala intuición que la empujó a desplegar todo ese personal en la estación de residuos aquella noche. De vez en cuando se la veía patear con rabia alguna de las piedras del suelo evadir esa poca afortunada búsqueda intentando

de pruebas como única esperanza. A lo lejos, el Teniente Palmer la observaba junto a una camarilla de policías perros falderos deseando que no fructificaran los resultados de la búsqueda.

Pero gracias a la suerte divina de Brenda, cuando se realizaba la supervisión del bidón ciento ochenta y seis, un sonido agudo muy diferente al que se solía escuchar anteriormente, alertó a las más de cuarenta personas que había allí aquella noche. El test de escaneo dio positivo.

—¡Aquí hay algo! —gritó el técnico alzando su mano en aviso al Teniente Palmer para que se acercara.

—¡Abrir ese bidón como sea! —gritó Brenda fuera de sí con los nervios a flor de piel.

Hasta allí se amontonó todo el personal para ver como uno de los bomberos especializados en salvamento se disponía a abrir el bidón con una herramienta hidráulica capaz de romper cadenas de acero.

Con una simple maniobra pudo desmenuzar la cinta metálica de la tapa del bidón dejándola caer sobre el suelo. De repente, sobre esa agua grisácea viscosa apareció lo que parecía ser la cabeza de un cuerpo en descomposición. El teniente Palmer hizo apartar a la gente y de una patada tumbó el bidón en el suelo, dejando a la vista el cuerpo de un adulto en posición fetal dentro del mismo El olor putrefacto invadió por completo el ambiente en cuestión de segundos, dejando un gran charco en la tierra de esa sustancia tóxica.

—Dios mío… —susurro Brenda al contemplar el cuerpo de uno de los supuestos desaparecidos.

—Es Francis… —susurró Martin llorando desconsoladamente abrazándose a Manson.

Brenda mandó que se llevaran a Martin al vehículo sanitario por la desesperación que mostraba ante aquel tétrico momento. Manson miró a Brenda afectado por la crudeza de la imagen que tenía ante sus ojos,

mostrando un gran estado de angustia y tristeza al contemplar a Martin como fue llevado al vehículo de atención médica por dos sanitarios. Los cuerpos de los otros cuatro desaparecidos fueron encontrados en las mismas circunstancias en los siguientes bidones. Esa misma noche fueron llevados a un centro forense de Dublín para ser identificados y posteriormente practicarles una autopsia.

Capítulo 13

Sabado, Yorksinne

Era la una del mediodía cuando Brenda abría sus ojos después de una noche repleta de tristes y contradictorias emociones. Se puso su albornoz y con caminar adormilado apareció ante Manson y Martin que aún dormían sobre el sofá cama como dos universitarios después de una gran fiesta.

—Dios… Son el uno para el otro. —dijo Brenda en voz baja observando como de forma inconsciente Manson rodeaba con su brazo el pecho de Martin que dormía boca arriba.

Se sentó en la mesa del comedor frente a su portátil, donde aún permanecían en desorden una gran montaña de papeles y objetos que el equipo forense inspeccionó la noche anterior sin encontrar huella alguna. En su correo electrónico encontró la urgente notificación de la detención de Charles Parker como antiguo heredero de Tuknon para ser interrogado en referencia a lo hallado en aquellos viejos bidones pertenecientes a la antigua factoría de su padre. Además, la edición electrónica del diario irlandés Irish Time ofrecía en su primera plana la noticia del día con el importante hallazgo de los cuerpos. Estaba destacada con un gran titular y una foto de Brenda junto a un Manson con cara de asustadizo:

Yorksinne vuelve a llorar diez años después tras el descubrimiento de los cuerpos de sus desaparecidos en la antigua estación de residuos.

“La inspectora británica Brenda Watson, venida desde Londres para reabrir el caso de Yorksinne, ha mostrado su conocida eficacia en nuestro país en tan solo una semana dando con los cuerpos de los cinco jóvenes desaparecidos hace diez años en ese conocido hecho dramático sucedido en Yorksinne. Su ayudante, el sargento Manson Macguire de treinta y siete años y perteneciente a la policía irlandesa, ha sido una pieza clave en dicha investigación, por ello los altos mandos policiales han decidido que el día de San Patricio sea ascendido con honores al rango de comisario. Todavía queda por delante otra gran brecha de interrogatorios e investigaciones para continuar con la búsqueda de los presuntos asesinos de tal barbarie.”

—¡Manson despierta! Espero que esto te levante los ánimos. —dijo

Brenda levantando su voz en el comedor.

El sargento se levantó del sofá cama lentamente sin querer despertar a Martin, que aún permanecía bajo los efectos de los calmantes que el equipo médico le ofreció.

—Mírate Manson, cuando vea esto tu mujer y sepa que muy pronto serás condecorado y asciendas a capitán, se olvidará de ese dotado senegalés. —dijo Brenda señalando la pantalla del portátil.

—No puede ser… —dijo Manson sin creer lo que veían sus ojos.

—Sí, lo es, aunque te he de confesar que en la foto de la portada parece que se te ha aparecido un fantasma ante tus morros. Te he subido a los altares porque el teniente Palmer te iba a dar una soberbia patada en el culo por ese puto tema de tu mujer.

—Pero inspectora, usted ha sido la artífice del descubrimiento… Yo soy un simple pelele uniformado a su lado en este caso.

—Eres buen tío, nunca toleraría que ese engreído teniente barrigudo te dejara por los suelos delante de mí. —dijo Brenda con una mirada plácida ante Manson al que sonrojo con esas palabras.

—Inspectora, le he de confesar que el primer día que subió al coche oficial en el aeropuerto me pareció una persona ególatra e irresponsable por sus formas de trabajar, pero conociéndola bien, no la cambiaría por nadie, a pesar de que me ha costado entenderla. —dijo Manson ligeramente emocionado.

—Lo de irresponsable no te lo tendré en cuenta, pero lo de ególatra, me preocupa dar esa imagen, aunque sí, me empieza a gustar ser la mejor. —dijo Brenda guiñándole un ojo a Manson.

En ese preciso momento empezó a vibrar el teléfono móvil de Manson desde el interior de su bolsillo delantero del pantalón.

Brenda lo miró con curiosidad. —Vaya Manson, creía que tenías una erección matinal, pero no, veo que es tu teléfono. —dijo Brenda avergonzando a Manson que con dificultad intentaba sacar su teléfono del bolsillo.

—Hola, soy el sargento Manson. —descolgando el aparato. —Sí, estoy con la inspectora, ahora mismo se la paso.

Manson tendió su mano ofreciéndole el teléfono con aspecto confuso a

Brenda.

—¿A ver qué sucede? Brenda Watson al habla. —Inspectora soy Daniel Cameron, el forense del centro Werry Han de Dublín. Soy el encargado de la autopsia de los cuerpos encontrados ayer de madrugada. Necesito con urgencia que venga hasta aquí ahora mismo, es urgente.

—¿A qué se debe esas prisas? —preguntó Brenda mirando desconcertada a Manson que la miraba de igual manera.

—Es por algo que hemos encontrado en el interior del vientre de cada uno de ellos.

Quemando ruedas salió el *Ford Focus* de Brenda por los caminos secundarios en dirección a Dublín. Dejaron a Martin durmiendo en el sofá que seguía bajo los efectos de los tranquilizantes. Manson puso la sirena sobre la parte superior del coche y a toda prisa encarrilaron la autovía principal de Dublín. Durante el trayecto no cruzaron palabra alguna, ya que en el ambiente se masticaba algo extraño tras la llamada del forense.

Pasada media hora llegaron al Werry Han center donde se encontraron a algunos medios de la prensa local de Dublín intentando sonsacar alguna noticia sobre esos cuerpos hallados la noche anterior. Brenda, esquivando uno a uno a los periodistas que se encontraba en su camino, entró en la recepción junto a Manson, que a duras penas la podía proteger con sus manos del acoso de los periodistas.

En la recepción apareció Daniel Cameron, el forense con el que habló por teléfono con una indumentaria nada habitual en las autopsias.

—Buenos días, lamento recibirles así inspectora Watson, pero la causa lo requiere. —dijo el forense enfundado en un traje muy similar a los que se utilizan en las centrales nucleares.

—Puede ser más concreto a eso que me acaba de decir en referencia a que la causa lo requiere. —respondió Brenda a la defensiva sin entender nada con sus manos en las caderas.

—Verá, tras descubrir algo sumamente extraño en el interior de los cuerpos de cada uno de los jóvenes, hemos detectado algo posiblemente muy infeccioso que desconocemos. Por medidas de seguridad debemos protegernos.

—¿Infeccioso? —dijo Brenda sorprendida.

—Así es inspectora, será mejor que lo vea con sus propios ojos. Le vamos a dar una de estas vestimentas para que pueda acompañarme.

Pocos minutos después entraron en la sala de autopsias bajo un estricto control de seguridad. Los cinco cuerpos se hallaban boca arriba sobre cinco plataformas metálicas en un ambiente frío y con ese particular olor desagradable de las salas de autopsias. Estaban direccionados desde la parte del pecho hasta el bajo vientre.

—Mire esto. —señaló el forense con su mano hacia el vientre de cada uno de ellos.

Todos los cuerpos de cada uno de ellos mostraban infinidad de pequeños tumores rojizos del tamaño de un cacahuete diseminados en sus vientres.

—Pero no puede ser… —dijo Brenda descolocada.

—Ciertamente en casi veinte años de carrera nunca me había encontrado con algo así. Estoy tan asombrado como usted. —dijo el forense con los brazos cruzados mirando ese extraño fenómeno.

—¿Esa extraña infección podría ser la causante? —preguntó Brenda observando de cerca los cuerpos.

—Es muy posible, pero no me cuadra que los cinco padecieran el mismo cuadro de afectación. No logro entender nada. Debería de haberles afectado de diferente forma.
—¿Ha encontrado algo más que yo deba saber?

—Sí, ¿recuerda la prueba de ADN que se realizó en unas partículas de fragmentos de uña humana en el árbol donde se encontró esa la última prueba?

—Sí, quería hablarle de ello. ¿Sabe si corresponden al hijo desaparecido del padre que las encontró?

—Sí, inspectora. Salieron positivos los índices de comparación con los de su progenitor y efectivamente se trataba de su hijo. Además, en la sangre de los cinco cuerpos encontramos ese fármaco anestésico que también se encontró en pequeñas partículas del terreno inspeccionado cerca de la señal del árbol. Todo muy extraño, ¿no cree?

Brenda se sentó frente a los cuerpos sobre un taburete, totalmente desconcertada e impotente, sin dar crédito a lo que veía. Con la mirada fija en ellos pasó un par de minutos abstraída en sus

pensamientos como solía ser habitual en ella. El forense limpiaba en el fregadero su instrumental respetando ese silencio que Brenda necesitaba para comprender la situación. De repente de sus labios dejó ir otra de sus libres intuiciones que la caracterizaban.

—¿Se les podría hacer un exhaustivo escaneo a esos cuerpos?, presiento que hay algo más que se nos escapa.

—Mmm… Inspectora las autopsias ya están concluidas, no se suelen escanear cuerpos en el protocolo. Además, se requiere urgentemente incinerar estos cuerpos por su alta posibilidad de infección. —añadió el forense sin entender la petición de Brenda.

—¿Qué debo hacer para obtener esa petición? —dijo Brenda buscando alguna posibilidad para llevarlo a cabo.

—Tendría que pedir una autorización para ello. Además, esa petición podría demorarse semanas y con total seguridad se lo denegarían.

—Bien, dejémoslo así. ¿Los cuerpos se quedarán hoy aquí? —dijo Brenda sin opción y esperanza alguna en su propuesta.

—Sí, mañana los llevarán a incinerar. Las familias no lo entenderán, pero son órdenes del protocolo de seguridad nacional. Si se trata de un nuevo virus podría ser altamente peligroso. Hemos tomado pruebas de ellos y las están analizando.

—Entiendo… —dijo Brenda fundida en sus propios pensamientos en esa breve charla.

El sargento Manson esperaba apoyado en el capó del *Ford* con cara de circunstancias con ansias de escuchar noticias frescas. Brenda, sin articular palabra nada más salir del hospital, se sentó a su lado y sacando un cigarrillo de su chaqueta se dispuso a comentar lo aparecido en las autopsias.

—Soy todo oídos inspectora, ¿a qué se debe tanta urgencia?, la he visto por los pasillos con un traje de esos extraños, parecía una astronauta. —dijo Manson con la curiosidad ansiosa de un adolescente.

—Manson, era para protegerme de algo infeccioso que tenían esos cuerpos. —dijo Brenda exhalando su cigarro mientras contemplaba el suelo asfaltado a sus pies sin demasiadas ganas de entrar en detalles.

—¿Puede ser más clara inspectora?, no entiendo nada. —añadió

Manson sorprendido con un sobresalto.

—Manson, por favor no me hagas preguntas, estoy procesando todo lo visto allí dentro, dejémoslo para otro momento. —respondió Brenda con su cigarro en la mano mordiéndose las uñas. Parecía que una de esas inesperadas intuiciones obsesivas le golpeaba con insistencia sus pensamientos.

—Perdone inspectora, es que todo esto me resulta muy extraño. Aguardaré en el interior del coche llevó más de una hora de pie. —dijo Manson abriendo la puerta del coche precavido de no molestarla.

—¡Un momento Manson!, espera. —dijo Brenda centrando su atención ante él alzando su mano.

—Dígame inspectora, soy todo oídos. —contestó volviendo a cerrar la puerta del *Ford*.

—En cierta ocasión me comentaste que tenías una familiar en el Misericordiae University Hospital en el departamento de radiología, ¿cierto?

—Sí, mi prima Úrsula, hace años que no sé de ella. ¿A qué viene eso ahora inspectora? —respondió Manson sin entender nada.

—La necesitamos. —dijo seriamente Brenda.

—¿Qué?, pero si apenas nos hablamos, ¿qué diablos pinta mi prima en todo esto?

—Necesito hacerles un TAC a esos cuerpos. Presiento que algo se nos escapa de las manos. —añadió Brenda con la mirada ausente, tan solo abstraída por sus pensamientos.

—¿Un TAC?, eso suena muy extraño tras una autopsia inspectora. —dijo Manson frotándose el pelo como de costumbre cuando algo no le cuadraba.

—Sí, Manson, lo sé, pero tramitar una autorización para ello les sonaría a chino y con total seguridad me sería denegada. Debemos hacerlo sin que nadie se entere y hoy mismo, el tiempo nos apremia. Mañana los trasladarán para ser incinerados. Por ello necesito que contactes con tu prima como sea Manson, ella nos sería de gran ayuda, ya que sabe cómo funcionan esas máquinas.

Manson se quedó con cara de tonto sin haber procesado en sus

adormiladas neuronas lo escuchado desde los labios de Brenda. Sacó su teléfono móvil del pantalón como si aquello fuera una orden expresa de un superior y marcó el teléfono de contacto de Úrsula dejando el manos libres para que Brenda escuchara.

—¿Manson?

—Úrsula… Oh, qué alegría escucharte. —comentó como si de una obra teatral se tratase.

—Me pillas en medio de un reconocimiento a un paciente, ¿a qué se debe esta llamada? ¿Ha pasado algo?

—No… nada, tranquila, solo era para pedirte un *favorcillo* sin importancia.

—¿ *Favorcillo*?, si no eres capaz de visitarme ni saber de mi desde hace diez años, ¿ahora me pides un *favorcillo*?

—No… es que… verás…

—¿No me digas que me llamas para explicarme lo de tu indecente esposa liándose con ese senegalés culturista del que se prendó en el gimnasio?

—Vaya Manson, ese detalle de que es culturista se te había pasado por alto. Va ganando puntos tu rival. —dijo Brenda en voz baja a Manson, el cual le respondió con una suave peineta.

—Verás, Úrsula, tendrías que venir esta noche al Mater Misericordiae University Hospital de carácter urgente. —dijo Manson con precaución de no irritarla.

—Vaya, no te habrás hecho alguna cirugía plástica de esas en tu pene para estar a la altura de ese senegalés. —contestó Úrsula con sorna.

—Tú también con esos *chistecitos* ¿no?, te hablo en serio, es algo sumamente importante.

—¿Pero cómo puedes aparecer de la nada así de esta manera para pedirme un favor?

Brenda, al ver que la conversación iba degenerando a pasos agigantados y comprobando el poco poder de convicción de Manson, entró a la yugular en la charla.

—Úrsula, soy la inspectora Brenda Watson de la jefatura central de Londres. Necesito su ayuda, no tengo tiempo para escuchar más cuchicheos entre usted y Manson sobre su miembro viril. ¿Podría venir esta noche al Misericordiae University Hospital? Necesitamos hacer cinco TAC a los cuerpos aparecidos en Yorksinne. Es algo confidencial y de sumo interés nacional.

Se hizo un silencio al otro lado del aparato tras aparecer la firme voz de Brenda.

—¿Son los cuerpos que han aparecido en la televisión y en la prensa esta mañana? —dijo algo desconcertada.

—Sí.

—Lamento decirle inspectora que esta noche tengo una guardia hasta mañana a las nueve de la mañana. —dijo Úrsula sin dar demasiadas esperanzas.

Brenda miró a Manson gesticulando con su cara en referencia al carácter tosco de su prima.

—¿Cuánto cobras por esa guardia Úrsula? —añadió Brenda como una pícara intentando negociar.

—110 libras, se la hago a una compañera que va a una despedida de soltera, a un club de esos que salen hombres en tanga. No se lo quiere perder por nada en el mundo. Está loca por palpar algo duro en alguna entrepierna.

—Te doy 300. —dijo Brenda empezando la subasta gesticulando con su cara tras lo escuchado.

—No. —contestó firmemente.

—350. —dijo Brenda. —No. —contestó Úrsula.

—400. —dijo Brenda. —No. —contestó Úrsula.

Brenda, viendo que la susodicha no bajaba el listón en sus pretensiones, se acercó hasta el oído de Manson para decirle algo en voz baja para no ser escuchada.

—Manson, esta señorita Rottenmeier, ¿tiene algún punto débil o alguna debilidad? —dijo Brenda buscando una manera de hacerle bajar los humos.

—Déjeme que piense. —respondió Manson rascándose la barbilla. —Es muy fan de Madonna, inspectora.

—Manson, eso no nos servirá de nada, piensa algo… ¿Algún vicio?… ¡Piensa!

—No sé inspectora hace años que no la veo, recuerdo que le fascinó aquel libro de las sombras de Grey, soñaba con un amante así.

—¿Me lo dices en serio? ¿Le van esos rollos?

—Si inspectora, en el entorno familiar se rumoreó que frecuentaba bastante un club privado de Dublín de esos de esclavas sexuales y fetichistas, ya me entiende.

—Vaya con la primita. —añadió Brenda con una sonrisa malévola. —¿Estás aún en el aparato Úrsula?

—No tengo más tiempo, voy a colgar. —dijo Úrsula con prisas.

—Mmm… Úrsula te suena de algo un local llamado the sacred temple of excesses que está en Londres. —pronunció Brenda guiñando un ojo a Manson con un disparo certero que no podía fallar.

—Lo sabía, Manson te ha cuchicheado cosas sobre mí.

—Mi última oferta, 300 libras y un fin de semana en el templo de los excesos con todos los servicios extra.

—Venga Úrsula, no te lo pienses… Toda la familia sabe que tu madre te encontró ese precioso traje de látex bajo el armario con el que martirizabas a tus novios y claro uno por uno huyó de ti despavorido.

—Maldito seas Manson, creo que la inspectora Watson también debería saber que fuiste violado por un par de prostitutas en un callejón de Dublín y que te metieron un consolador por el ano. ¿Lo recuerdas?

—Tenía dieciséis años, Úrsula, no pude quitármelas de encima. —dijo alzando la voz al altavoz del móvil.

—¡Basta!, ya tendréis tiempo para tiraros de los pelos. Y a ti, querida *cat woman* vestida de Licra, ¿aceptas la propuesta o voy hasta allí a tirarte de los pelos hasta que te corras de placer como una perra viciosa? —dijo Brenda fuera de sí con los ojos encendidos.

—Está bien… Acepto esta última propuesta. Admito que me encantaría pisar ese antro.

Brenda tapó el micrófono del teléfono.

—¡Tu prima es un monstruo!, me deberías haber avisado. ¿Toda la familia sois así? —dijo clavando sus ojos a Manson.

Capítulo 14

Eran las diez de la noche cuando un taxi se detuvo ante el Misericordiae University Hospital. De la parte trasera salió Úrsula enfundada en una gabardina de piel oscura resguardada de la tenue lluvia que caía sobre los cielos de Irlanda en esos momentos. Brenda y Manson la observaban bajo el porche de la entrada del hospital con cierta impaciencia, aunque su puntualidad quedó constatada.

—Desde luego tu primita parece una agente nazi de las SS con esa gabardina y esos tacones de aguja. —dijo Brenda observándola con atención.

—Madre mía, cómo ha cambiado, no la habría reconocido. —añadió Manson sorprendido.

Tras llegar ante ellos, paró en seco y abrió sus brazos de par en par para abrazar a un Manson desconcertado por esa afable actitud. Este se abrazó a ella con cara de incomodidad ante una Brenda contemplativa ante ese reencuentro surrealista entre dos primos.

—Bonita noche de lluvia para ir con tacones de aguja. —dijo Brenda ironizando suavemente por el atrezzo de Úrsula.

—Me encantan, me los regalo Manfred, mi esclavo. —dijo ella alzando su tobillo para mostrarle el lujoso modelo a Brenda.

—Vaya un esclavo con poder adquisitivo. —dijo Brenda al contemplar la marca Gucci de los zapatos.

—Cierto, Manfred es un alto ejecutivo. Su estrecha lealtad de sumisión por mí no le dio reparo alguno en gastarse 2000 libras para cuidar la sensible piel de mis pies.

—Oh muy enternecedor… Me impresiona —dijo Brenda mirándola con sorna aparentando estar sorprendida.

—Vayamos al grano, tú Manson te harás pasar por el médico forense encargado de llevar a cabo dicha prueba y tu Úrsula, a pesar de venir con esas pintas Hitlerianas, te harás pasar por la radióloga asignada. No abráis el pico bajo ningún concepto, ¿de acuerdo?

Los dos asintieron con sus cabezas y seguidamente se adentraron en el ascensor hasta la quinta planta donde se encontraba el instrumental

de radiología. Nada más salir del ascensor toparon con el despacho de la enfermera jefe de guardia. Esta, al verlos desde el ventanal, levantó su mano en advertencia para que se adentraran en su despacho.

Brenda en voz baja les pronunció algo a sus dos acompañantes. —Os lo vuelvo a repetir, no quiero que abráis la boca, dejadme a mí.

—Buenas noches usted otra vez por aquí inspectora Watson recuerdo haberla visto esta mañana en la segunda planta con el forense. —dijo la enfermera jefe sentada en frente a su mesa.

—Sí, justamente veníamos a hacer unos escáneres a esos cuerpos que están en la segunda planta. Es de suma relevancia para el caso en estos momentos. —dijo Brenda mostrando su talante teatral.

—Bien, pero nadie me ha informado de ello. —dijo ella revisando sus papeles en la mesa.

—Mmm… lo sé, seguro que la petición mañana la tendrá en su correo electrónico a primera hora, solo me he querido adelantar para que todo fluya más rápido. ¿No habrá problema alguno, verdad?

—Pues sí, lamento informarle inspectora Watson que sin una orden expresa del juez no puedo acceder a que ustedes hagan esas pruebas, iría en contra de la ley, tal y como consta en el artículo 124.

En ese instante Úrsula levantó su mano queriendo ser partícipe de esa charla burocrática. Brenda la miró con mirada asesina. —¿Qué sucede señorita forense?

—¿No me recuerdas Catherine? —dijo Úrsula posando con sus manos en la cadera de forma chulesca. Solo le faltaba un brazalete con la esvástica en su brazo.

—¿Úrsula?, ¿eres tú? —dijo la enfermera levantándose como un resorte de su butaca.

—Qué pequeño es el mundo —dijo Brenda mirando al techo ante la estrambótica situación.

—¿Acaso hacéis intercambio de esclavos? —dijo Brenda con sorna.

—Úrsula es una compañera con la que coincidí en el Hospital General de Cork hace siglos cuando éramos muy jóvenes. Aún me debe un gran favor.

—Déjeme a mí en esto inspectora. —dijo Úrsula a Brenda. —Querida Catherine, recuerdas cómo aprobaste aquel dificultoso máster para ser la supervisora jefe en aquel departamento y por el cual ahora diriges esta planta con un sueldo que triplica el mío. Haz memoria querida.

—Sí, lo recuerdo Úrsula y me avergüenzo. —pronunció la enfermera jefe cabizbaja mirando el teclado de su ordenador.

—Brenda, esta mujer, aprobó ese codiciado máster gracias a mi relación en esa época con el hijo pervertido del profesor. Él me sopló un día antes las preguntas del examen para que aprobara Catherine.

—No quiero saber que tuviste que hacer a cambio Úrsula. —dijo Brenda gesticulando con desagrado.

—Le propició una espléndida lluvia dorada. —dijo Catherine como si aquello fuera algo tan cotidiano como beber un vaso de agua.

—Dios, Que sucede en este país, ¿todos tenéis un pasado oscuro con tintes perversos? —dijo Brenda alzando sus manos, sorprendida. —Pensaba que yo Brenda Watson, la policía más decrépita del cuerpo londinense, nunca iba a ser superada por nadie.

—A mí me metieron un consolador unas prostitutas por el recto anal sin vaselina y fue algo doloroso. —dijo Manson asomando la cabeza en la conversación.

Brenda miró a Manson tras ese inoportuno comentario con cara de sorpresa. —Aquí está el que faltaba en la fiesta caníbal. Manson, tu papel como forense, acaba de ser destrozado en pedazos ante Catherine.

—Es que como habláis de cosas personales. —dijo Manson avergonzado.

Después de negociar dicho chantaje entre esas dos viejas compañeras, Catherine dio su visto bueno para dar vía libre a realizarse esas pruebas en el más absoluto secreto. En la sala de radiología tan solo estaban Úrsula y Brenda, ya que tan solo disponían de dos trajes de protección. Manson se quedó en la antesala en el pasillo sentado en un banco husmeando su teléfono móvil.

Úrsula conocía muy bien aquellas máquinas, parecía que ella misma las hubiera diseñado. Su destreza manejando los cuerpos detonó ante los ojos de Brenda una gran experiencia a sus espaldas. En ningún momento le dejó que la ayudara, y ni tan solo le vio poner mala cara

al encontrarse con aquellos cuerpos semi descompuestos y abiertos en canal. En un momento dado, mientras supervisaba uno de los cuerpos observando el monitor en el ordenador central, se dirigió hacia Brenda.

—Por cierto, inspectora, ¿qué relación tiene usted con el Temple of excesses en Londres?, acaso también pisa ese lugar de vez en cuando. —dijo Úrsula configurando los controles en el ordenador sin despegar sus ojos del teclado.

—Veo que te pica la curiosidad. Juraría que estás haciendo todo esto tan solo para escaparte a Londres como una perra perversa.

—Pues sí, mi vida en Dublín es aburrida. No encuentro lo que necesito. Ya me entiende, emociones más fuertes, digamos que necesito subir el listón de mis deseos más oscuros.

—Respecto a tu pregunta, hace unos meses hicimos una rutinaria inspección en ese antro por rumores de posible tráfico de drogas entre la clientela de alta alcurnia que lo frecuenta. Pude negociar a escondidas con el gerente una tregua pasando por alto ciertas cosas que corrían por allí, o sea, todavía me debe un favor por no haberle hundido el negocio.

—Todos tenemos nuestras cosas… Estoy segura de que detrás de esa pinta de inspectora áspera, engreída y que parece controlar todo, existe alguna debilidad. ¿No es así?

Brenda se la quedó mirando con indiferencia y sin sentir remordimiento alguno sacó de su bolsillo del pantalón la bolsa de metanfetaminas para mostrársela.

—¿Contenta?, todos escondemos alguna mierda que nos persigue en nuestras vidas.

—Vaya inspectora, eso no lo esperaba de usted, una persona de la ley adicta a sustancias prohibidas. —dijo Úrsula sorprendida pero halagada de recibir esa cordial sinceridad.

—Tranquila, no te asustes, no me he tomado ninguna hoy, solo a veces me descontrolo un poco como Jekyll y Mr. Hyde.

—Allá vamos con el primer cuerpo, esto tardará una media hora en finalizar el barrido del escáner. Puede ir a tomar un café si lo desea, yo me pondré un poco al día con el calzonazos de mi primo, el sargento Manson. —dijo Úrsula levantándose de la mesa oprimiendo

el botón de *ready* del menú de la pantalla.

Media hora más tarde, cuando Úrsula entró en la sala de control donde se encontraban los monitores mostrando las imágenes escaneadas de uno de los cuerpos, descubrió algo que le llamó la atención de inmediato. Haciendo un largo zum sobre una imagen que procedía del cráneo, divisó un objeto diminuto de aspecto metálico del tamaño de la cabeza de un alfiler. Rápidamente, llamó a Brenda que sentada junto a Manson se levantó como si sus nalgas se quemaran sobre unas brasas.

—Observe esto inspectora. Es algo parecido a un implante o quizás sea una astilla metálica que se le introdujo por algún accidente. —añadió señalando la pantalla.

—¿Qué mierdas puede ser eso Úrsula? —dijo Brenda sin entender nada observando el monitor a pocos centímetros de su nariz como una cegata.

—No lo sé, no es un tumor, por los cientos que he visto, lo descarto. Su textura grisácea parece metálica.

—Pasemos por alto esta cuestión. Vayamos a por el cuerpo de una de las chicas, el tiempo nos apremia. —dijo Brenda dirigiéndose con una de las camillas hacia la sala contigua a radiología.

Una hora más tarde, mientras Brenda aguardaba junto a Manson en la sala de espera, volvió a escuchar como Úrsula alarmada le llamaba desde el interior de la sala de control.

—¿Qué sucede Úrsula? —preguntó Brenda nada más cruzar la puerta de la sala de control junto a Manson.

—Mire, el cráneo de la chica tiene el mismo objeto metálico y además está localizado en la misma parte del cráneo que en el anterior cuerpo. —dijo Úrsula con la cara desconcertada.

Brenda miró a Manson unos instantes en silencio con los ojos clavados en él.

—Manson ponte mi traje de protección y trae otro de los cuerpos a la sala, pero ¡Ya!

Eran las cinco de la mañana cuando los resultados de los cinco cuerpos concluyeron con el mismo diagnóstico en cada uno de ellos. Brenda, abatida ante tal misterio, reclamó con urgencia la presencia

de la policía científica de Dublín y un equipo forense para que acudiese al hospital.

Brenda aguardaba en la oficina junto a Catherine mientras Manson llevaba a Úrsula a su domicilio con esos 300 libras en el bolsillo y un fin semana en Londres para asistir a ese templo de lujuria y perversión.

El equipo forense nada más poner los pies en el hospital, se dispuso a diseminar los cráneos de los cinco cuerpos para sustraer dichos objetos del interior de sus cabezas y tomar muestras de esos extraños tumores en cada uno de ellos. Brenda aguardaba a solas en la sala del café intentando encontrar una explicación a todo ese asunto sentada en un rincón. En un momento dado un hombre bien vestido y de ropas elegantes hizo presencia en la sala dando un par de suaves golpes en la puerta para advertirle de su presencia. Brenda justamente en ese instante le propinó una sonora patada a la máquina del café por haberse tragado las monedas del cambio mientras era observada por aquel tipo.

—Maldita hija de p… —soltó Brenda a los cuatro vientos en el momento que se dispuso a mirar quien había bajo el marco de la puerta.

—¿Le puedo ayudar? —dijo aquel tipo sin quitarle ojo de encima.

—Tranquilo no se preocupe, esto es algo entre esta puta máquina y yo. —dijo Brenda zarandeando la máquina del café de izquierda a derecha con sus dos manos.

—¿Inspectora Brenda Watson? —dijo ese hombre de aspecto elegante, con pelo engominado y tez de haber estado tomando rayos uva toda su vida.

—Sí, yo misma, ¿quién es usted?

—¿Podemos hablar en privado? —dijo señalando la oficina de Catherine y muy hábilmente esquivando la pregunta de Brenda.

En Brenda afloró una de esas extrañas intuiciones tan comunes en ella ante ese personaje que apareció de la nada sin tener la cortesía de presentarse. Sabía, olía e intuía que tras esa apariencia de ángel impoluto podría haber algo relacionado con esos cinco cuerpos. Los dos se adentraron en la oficina cerrando la puerta para asegurarse de que nadie profanara esa charla. Brenda se la quedó mirando con los brazos cruzados, sentada en la mesa del escritorio cara a cara con

aquel hombre.

—Así que usted es Brenda Watson. —comentó él con tono sarcástico.

—Sí, y algo me dice que le molesta todo lo que está aconteciendo desde que he pisado Irlanda, ¿no es así? —dijo Brenda disparando primero. —Diría que usted no pertenece al cuerpo de policía, ¿estoy en lo cierto?

—Efectivamente, solo le pediré que durante nuestra charla evite las preguntas hacia mi persona, así todo fluirá mejor ¿de acuerdo?

—Vaya, esto no lo esperaba, me tiene intrigada. —añadió Brenda cómicamente gesticulando.

—Solo vengo a comunicarle, que deje todo esto. No vale la pena seguir con ello ¿Me entiende?, no revuelva más las aguas de algo que pasó hace una década.

—Acaso su advertencia, ¿tiene algo que ver con que pusieran patas arriba el lugar donde me hospedo en Yorksinne?

—Efectivamente y lo lamento inspectora Watson no era nuestra intención.

—Supongo que sabrá que lo podría detener ahora mismo por implicación en el caso.

—No tiene usted pruebas para ello. Solo estoy aquí para advertirle que deje todo este asunto desde hoy mismo. —dijo seriamente aquel tipo.

—¿Me amenaza?

—Digámoslo así. —He de suponer que he topado con algo que no debe salir a la luz. Bien, entonces explíqueme, ¿qué es ese implante que llevan cada uno de ellos en su cabeza?, y esos extraños tumores, ¿acaso han sido conejillos de indias esos pobres chicos por parte de alguna organización?

El hombre con signos visuales en su rostro de no tener la más mínima intención de tocar ese tema inclinó su cabeza hacia un costado meditando una certera respuesta para aplacar la incesante curiosidad de Brenda.

—Inspectora entiendo lo que puedan sentir esas familias. —hizo un silencio mirando al techo de la oficina y volvió a centrar sus ojos en

ella. —Pero esto es un asunto gubernamental de alto secreto. No puedo darle más explicaciones. Solo le pido que deje el caso, y si usted no lo hace, nos veremos obligados a que la excluyan del mismo. Aquí tiene el billete de vuelta a Londres. Mañana a las once horas una avioneta le llevará desde el aeródromo de Kilkenny a Londres en una avioneta privada. En ella le entregarán un cheque con un millón de libras para que olvide todo lo sucedido en esta charla.
—Me siento amenazada. —dijo Brenda seriamente.

—Solo le queremos poner punto y final a este asunto y nadie saldrá perdiendo en ello, es una advertencia para usted y sus allegados en el caso. —dijo el tipo poniéndose en pie. —También le ruego que esta conversación nunca haya existido jamás.

Brenda se quedó mirando fríamente ese billete de vuelta a Londres sobre la mesa. Sabía que había topado con algo demasiado grande con lo que combatir sobre el caso de esas cinco desapariciones. Su vida y la de Manson, al igual que la de Martin, estaba en juego por seguir indagando en ese asunto. Era poco usual que alguien dejara a Brenda sin motivos para contestar, tan solo se limitó a dejar que el silencio se ocupará de rellenar su presencia ante aquel tipo.

El tipo abandonó el hospital, dejando a Brenda sentada en la oficina abatida y sin fuerzas para afrontar lo escuchado momento antes. Manson pocos minutos después apareció tras la puerta de la oficina, encontrándose a Brenda, apoyando su cabeza con las dos manos sobre la mesa totalmente perdida en sus pensamientos. Esta vez parecía vencida por las circunstancias, algo que Manson detectó al verla.

—Inspectora, ¿algo marcha mal verdad? Brenda muy lentamente dirigió su mirada a Manson. —Sí, algo va mal.

—Me acabo de topar con un tipo en el ascensor que juraría que lo conozco de algo.

—¿Alto con un traje oscuro y pelo engominado? —dijo Brenda despertando el interés en Manson.

—Sí, ese mismo… Pero dichosa mi memoria no recuerdo de que lo conozco, su cara me es muy familiar.

—Manson, te pido solo por esta vez que pongas en orden tus neuronas y se centren de una puta vez en recordar de qué conoces a ese tipo, es muy importante. —dijo Brenda despertando de ese letargo, postrada ante él en la mesa, rogándole con las manos.

—Sí, quizás su cara me suena de verlo en el programa de la ruleta de la fortuna los domingos en el canal 32. —dijo tocándose la barbilla mientras gesticulaba con frunciendo sus cejas por recordar.

—Manson, no sé si estás intentando recordar a ese tipo con esa expresión de tu rostro o te estás cagando aquí mismo ante mí. ¡Maldita sea cómo va a ser ese presentador! ¡Haz memoria!, ese tipo me acaba de amenazar incluyéndote a ti para que abandonemos el caso. Me ha invitado a dejar el país mañana mismo, necesito saber quien es. —dijo Brenda en pie, esta vez con sus manos en el pecho de Manson arrugando su triste americana.

—Dios… Dios de que lo conozco. —dijo Manson andando en círculos en la oficina con inquietud.

—Inspectora, no lo sé… No me viene a la cabeza ese recuerdo. Necesito alguna pista, dígame algo sobre él. —dijo en tono nervioso.

—Me argumentó que las desapariciones están relacionadas con algún tema gubernamental, no sé nada más Manson. —dijo Brenda sin apenas esperanzas de escudriñar alguna pista sobre él.

Manson tras voltear de forma insistente por la oficina como un poseído paró en seco con la mirada puesta en sus pies. Brenda se percató de ello presintiendo que sus ocupadas neuronas en temas sentimentales conyugales por un momento dieron con la identidad de ese individuo.

—¿Ha dicho temas de gobierno? —dijo Manson sin despegar la vista del suelo y con su mano en la barbilla.

—Sí, Manson.

Manson palideció en cuestión de segundos y como abatido por algún motivo se sentó en el butacón de la oficina desconcertado.

—¡Manson habla!, por Dios, ¿quién es ese tipo? —dijo Brenda con nerviosismo frente a él.

—Era el padrastro de Matthew, ese hombre fue el único que se negó a remover las aguas de nuevo en todo lo referente al caso. Era él, estoy seguro, inspectora, ahora lo recuerdo con precisión.

—Ahora necesito saber toda la información que sepas de él. —dijo Brenda prestando toda su atención.

—Solo sé, que fue uno de los grandes accionistas de la nueva factoría química de Tuknon. Al poco tiempo abandonó Yorksinne no sé nada más inspectora.

—¿Nada más?… Por dios Manson retuerce tus dormidas neuronas para recordar algo.

—Sé que no es irlandés, es ciudadano americano. —Tenemos que investigar qué trato tiene con el gobierno de Irlanda. Me huelo que lo que hay detrás de este macabro caso no interesa que salga a la luz la verdad.

—Le recuerdo que son casi las siete de la mañana y tenemos que interrogar hoy mismo a Charles Parker por lo encontrado en esos bidones de la factoría química. Él quizás nos pueda aclarar algo. Está arrestado preventivamente y posiblemente en pocas horas su abogado le otorgará la libertad sin cargos.

—Es cierto, ni lo recordaba, iré yo misma a interrogarlo. Pero antes, saca toda la información posible del padre de Matthew a tus contactos internos en la central de Dublín. Nos vemos en un par de horas en ese Pub de la O'Connell street.

Capítulo 15

Domingo, jefatura de Dublín

Como en las míticas películas de cine negro, Brenda se sentó frente a Charles Parker en una angosta habitación de la comisaria tan solo iluminada por una polvorienta lámpara colgante en el techo y un cristal tintado en un extremo de la pared. Charles Parker permanecía con un temple más tranquilo de lo normal a diferencia de todas esas personas que desfilaban por ese extremo de la mesa, acusadas por delinquir.

—¿Empezamos inspectora?, mi abogado está al caer, todo esto es un grandioso error que espero tenga consecuencias para quien haya decidido traerme hasta aquí.

—Hablemos sin tapujos, señor Parker, ¿desde cuándo estaban esos bidones allí almacenados? —preguntó Brenda rompiendo el silencio mientras mascaba un chicle de nicotina para saciar sus ansias más incontroladas de fumar eso que tanto le gustaba.

—Esos bidones se depositaron allí mucho antes de que esos pobres chicos desaparecieran, nada más han de comprobar las etiquetas de los precintos. Llevaban más de un año allí almacenados cubiertos de polvo.

—Ahá… Dígame entonces, ¿quiénes tenían acceso a esas instalaciones?

—Solo los empleados especializados en ese tipo de residuos y altos cargos de la factoría.

—Sabemos que uno de ellos era el padrastro de Matthew, uno de los chicos desaparecidos. ¿Qué relación tenía con usted en referencia a sus intereses con Tuknon?

Charles Parker cambió ligeramente su rictus mostrándose más incómodo. Parecía no esperar esa pregunta.

—Sí, así es, él fue tan solo el único accionista, su nombre es Robert Faldón, desgraciadamente como usted dice su hijastro fue uno de ellos. ¿Pero qué tiene que ver él con todo esto?

—Aquí solamente hago yo las preguntas, señor Parker. ¿Me podría

explicar su lazo empresarial con Robert Faldom?

—No sé si debo contestarle a ello, es materia confidencial de la factoría. Solo responderé si está aquí mi abogado presente inspectora.

En ese preciso instante sonaron un par de tímidos golpes en la puerta del habitáculo. Al abrirse apareció Manson gesticulando con nerviosismo para que Brenda saliera unos instantes. Esta salió quedándose a solas frente a Manson en el pasillo.

—¿Qué sucede Manson? —dijo al verle algo alterado.

—Han encontrado a ese tipo con el que usted habló en el despacho del hospital, el padre de Matthew. Lo han encontrado con un disparo en la cabeza en el parking del hospital hace unos minutos.

Brenda se sobrecogió sin pronunciar palabra, centrando su vista en las gotas de la lluvia que chocaban en ese momento en el ventanal del pasillo que daba a uno de los jardines interiores de comisaría. Tras unos segundos meditando volvió a entrar en la sala en silencio ante Charles Parker como si no hubiera pasado nada.

—Señor Parker, Robert Faldom acaba de aparecer con un tiro en la cabeza. ¿Le apetece ser el siguiente fiambre en este oscuro asunto?
—¿Cómo? —dijo sorprendido.

—Lo que oye, o me aclara quién era ese tipo realmente y qué funciones ejercía en Tuknon, o ni el mejor abogado de este país le va a sacar de aquí, ¡hasta que me salga del coño! —dijo Brenda levantándose de la mesa y propiciando un sonoro golpe en la mesa.

—Robert Faldom era un alto ejecutivo de la industria militar norteamericana. ¿Le satisface mi respuesta? —añadió Parker bajo coacción.

—Supongo que la información restante debe ser sumamente confidencial de Tuknon y sin una orden judicial ordenada por un juez no podremos acceder a esos informes, ¿cierto?

—Me lo acaba de quitar de la boca inspectora.

—Solo le voy a hacer una pregunta, señor Parker, y quiero que me sea sincero.

—Bien, soy todo oídos.

—¿Usted supo en algún momento algo relacionado con esos chicos?

Charles Parker resopló meditando su respuesta sin quitar los ojos de Brenda. Cruzó sus brazos y como si estuviera en una mecedora empezó a balancear su silla hacia delante y detrás en pose dubitativa.

—No puedo contestarle si no es con mi abogado delante.

—Me tomo esa respuesta como un rotundo sí, señor Parker.

En ese instante apareció por la puerta su trajeado abogado portando un maletín y con sudor en la frente.

—Disculpas, cada día es más difícil aparcar en esta ciudad. —dijo el abogado sentándose a su lado mientras sacaba una ristra de documentos de su maletín.

—Bien, ahora tiene a su abogado, puede tomarse el tiempo que quiera para informarle sobre esa pregunta.

Charles Parker acercó su cabeza al oído de su abogado y tras transcurrir un par de minutos en una aparente conversación secreta entre ellos se volvieron a dirigir a Brenda.

—Responderé yo por mi cliente, ¿le parece bien? —Me parece perfecto. —dijo Brenda echando su butaca hacia atrás con las piernas cruzadas.

—Mi cliente firmó un contrato confidencial con Robert Faldom detalladamente escrito con múltiples cláusulas a cambio de recibir una gran inversión para crear Tuknon. Como sabrá, esa factoría no pasaba por su mejor momento económico tras fallecer el padre de mi representado. Era la única alternativa para llevar a cabo esa operación financiera hacia delante para construir esa nueva factoría química. Por lo que le puedo decir, ese tal Robert Faldom trabajó en ciertas cuestiones secretas de alto secreto para el gobierno americano en las que mi información alguna.
representado no tenía

—¿Usted ha leído esas Brenda al abogado.

cláusulas? —preguntó

—Sí, son de carácter digamos que muy confidencial. Ni yo mismo podría hacérselas saber a usted si no es ante un juez.

—Todo esto me hace pensar que se trató de un experimento macabro chicos. ¿No es así? altamente secreto con esos

El abogado miró de refilón a Charles Parker sujetando con nerviosismo sus papeles sobre la mesa. —Me abstengo de contestar ni yo ni mi cliente ante esa pregunta, si no es ante un juez.

—Bien, eso es todo. Nos veremos ante el juez si fuera necesario. Se pueden marchar.

Brenda miró su reloj cuando eran cerca de las diez de la mañana de forma pensativa. Esa madrugada había recogido de las manos de Robert Faldom ese billete para abandonar Irlanda y cargar con un talón de un millón de libras en su haber. Pero algo le olía mal en todo ese asunto.

Mientras desayunaba en una de las tabernas de O'Connell street junto a Manson, a Brenda le salpicaban muchos pensamientos extraños en relación con el caso.

—Manson crees que debo coger esa avioneta y olvidarme de todo este caso tan repleto de mierda. —dijo Brenda desganada con tan solo un café entre sus manos mientras Manson devoraba unas pasta de chocolate como un famélico cocodrilo.

—Inspectora, si le van a dar un millón de libras se puede retirar de este mundo de delincuencia y de personajes indeseables. Yo cogería esa avioneta. Este caso se le va de las manos, no la dejarán escarbar mucho más, y si lo hace puede que acabe con un tiro en la sien.

—Manson, un millón en mis bolsillos puede ser mi perdición. —dijo Brenda bromeando con la mirada puesta en la calle.

—¿Entonces qué va a hacer?, ¿dejará el caso?

Brenda se quedó mirando tras la ventana del pub, el escaparate de una tienda de ropa juvenil con mucha curiosidad. Manson, al ver que no apartaba la vista de la tienda, también centró su vista en ella.

—¿Qué, pensando en caprichitos con ese millón de libras?

Brenda sacó su cartera de la que aparecieron dos billetes de cincuenta libras y los puso en la mesa delante de Manson.

—Manson tienes diez minutos para entrar en esa tienda y comprar un vestido, da igual cuál sea, imagina que es para tu mujer.

—Bien, veo que se prepara para estar elegante en ese viajecito, ¿algo más?

—Sí. —respondió ella sería.

—Consigue uno de esos putos maniquíes hinchables con el mismo color de pelo que el mío. Si has de mostrarle tu placa hazlo, di que es para una fiesta en comisaría y que ya lo devolverás.

—¿Un maniquí hinchable?, pero, inspectora, ¿para qué demonios quiere ese maniquí?

Brenda le lanzó los dos billetes sobre su pecho.

—Tienes diez minutos, no hagas preguntas.

Manson obedeciendo como un cordero amaestrado se dirigió a la tienda y a los pocos minutos salió con un maniquí con cabellos marrones y un horripilante vestido escogido por el mismo de flores rosas y grillos amarillos en un estampado que rozaba la ridiculez.

Camino del aeródromo cuando casi ya eran las once de la mañana, Brenda rompió el silencio para desvelar ese enigmático capricho con el maniquí. Hizo que Manson despertara de golpe tras quedarse dormido unos instantes a su costado. Ella misma le fue deshilando el plan que había trazado una vez sus pies pisaran esa avioneta.

El aeródromo estaba situado a las afueras de Dublín, a unos doce kilómetros. Se hallaba entre la espesura de una inmensa arboleda, semi escondido. Allí esperaba una avioneta de la marca *Cessna* totalmente solitaria con el motor encendido. El piloto permanecía sentado sobre una de las ruedas fumando un cigarrillo mientras observaba su teléfono móvil.

Brenda apareció a solas hacía por la pista con un andar tranquilo mientras Curiosamente, ese día el apuraba un cigarrillo.

aeródromo no estaba operativo, no había nadie más, solo ese piloto, su avioneta y una leve neblina que cubría la zona.

—¿Brenda Watson? —dijo el piloto tirando su cigarrillo al suelo.

—Yo misma. —dijo Brenda tirando su cigarrillo al suelo también.

—Bien, me han dado esto para usted. Tengo orden de no entablar conversación con usted en todo el transcurso del vuelo. —dijo el

piloto entregando un sobre cerrado.

— Bien, aprovecharé para dormir.

Brenda abrió el sobre sin que él pudiera contemplar lo que había en su interior y comprobó ante sus ojos un talón nominativo a su nombre de un millón de libras.

—Démonos prisa, tenemos una hora de vuelo. —dijo él abriendo la puerta de la avioneta.

Brenda, nada más subirse a la parte trasera de la avioneta, se tumbó entre los dos asientos traseros, cubierta con una manta de pies a cabeza para intentar dormir plácidamente durante el vuelo

—No te importa verdad, me muero de sueño. —comentó Brenda al piloto, el cual ni se molestó en responder.

El motor de las hélices del avión empezó a vibrar con más potencia hasta que poco a poco la avioneta empezó a avanzar por la pista ganando velocidad.

—Allí vamos. —comentó el piloto dando toda la potencia al avión.

Cuando la avioneta había recorrido unos cincuenta metros, el piloto se vio obligado a aminorar la fuerza del motor tras ver un *Ford Focus* en medio de la pista con las luces de emergencia encendidas. Gracias a la maestría del piloto, la avioneta pudo detenerse a escasos cinco metros del coche que había plantado allí en medio. Del coche salió Manson gesticulando con sus dos manos al piloto pidiendo ayuda como un turista perdido.

—¡Pero quién es ese energúmeno que se ha puesto en medio!, casi nos matamos. —dijo el piloto saliendo enfurecido por la puerta delantera de la avioneta hacia Manson.

—¿Quiere sacar esa mierda de coche de en medio? ¡Está loco! —dijo el piloto casi llegando a las manos con Manson.

—Perdone es que me he desviado del camino en dirección a Dolway y he ido a parar aquí. Confundí esto con una autopista. —añadió Manson con la excusa más ridícula jamás inventada.

—¿Esto una autopista? ¿De dónde sacó usted el carnet el conducir?, haga el favor de apartar su coche, tengo prisa.

En ese intervalo de tiempo, Brenda fue lo suficiente astuta y rápida como para colocar el cuerpo del maniquí sobre los asientos traseros de la avioneta, simulando estar dormida bajo la manta. Mientras intercambiaban algunas palabras, Manson y el piloto pudo salir de cuclillas por la puerta trasera de la avioneta escondiéndose en unas zarzas junto a la pista. Manson apartó su coche al ver a Brenda como una fugitiva entre las zarzas, dejando que el piloto volviera de nuevo a la avioneta entre una lluvia de insultos hacia él.

La avioneta partió como un rayo hacia los grises cielos de Irlanda, dejando en el ambiente flotando ese olor peculiar a queroseno. Seguidamente, Brenda salió de las zarzas aplaudiendo a Manson por esa gran obra teatral digna del mismísimo Shakespeare más surrealista.

—Manson, solo un genio como tú podría haberse inventado tal rocambolesca excusa confundiendo esto con una autopista. Eres el surrealismo personificado. Solo un patán habría sido capaz de colarse hasta la pista de un aeródromo fingiendo haberse perdido pudiendo detener un avión a punto de despegar.

—¿De veras cree que lo he hecho bien inspectora? —añadió Manson ligeramente emocionado.

—Insuperable mi querido Manson. —dijo Brenda buscando el talón en el bolsillo del pantalón.

—¡Mierda me he dejado la chaqueta en la avioneta! —gritó Brenda con las manos en la cabeza fuera de sí.

—¿Ha perdido el talón? —dijo Manson con las manos en la cabeza también.

—¡Mierda!, ¡mierda!, y ¡mierda! ¡¡maldita sea!! —gritó Brenda pateando la hierba de la pista.

Capítulo 16

El camino de vuelta a Yorksinne fue un constante martirio para los oídos de Manson, que no dejaba de escuchar los continuos lamentos de Brenda sobre ese fatal descuido en la avioneta. Su descomunal imaginación ya había hecho algunos planes donde malgastar parte de ese frustrado dineral en alguna isla paradisíaca durante una larga temporada. Durante el trayecto, Manson sintonizó una de las emisoras de radio locales para evadirse de esos jadeos que Brenda continuamente se ofrecía a sí misma. Justamente, a muy pocos kilómetros de Yorksinne, la locutora dio una noticia de última hora dejándolos perplejos.

"Nos ha llegado a nuestra redacción una noticia de última hora en referencia a una avioneta de la marca Cessna que partió desde Dublín hacia Londres hace escasas horas en la que viajaba la inspectora Brenda Watson, que estos días trabajaba en el caso de los cinco desaparecidos de Yorksinne. Todo indica que una explosión en uno de sus motores a más de cinco mil pies habría provocado su caída en pedazos sobre el mar. Unos pescadores que estaban a más de cincuenta millas de la costa vieron la explosión, siendo así los primeros en dar el aviso a las autoridades. Por desgracia, los dos supuestos ocupantes no han sobrevivido al accidente. Los restos del piloto han sido rescatados por salvamento marítimo junto a otros restos del avión que flotaban a la deriva, en los que se han encontrado también las pertenencias personales de la inspectora Brenda Watson, que se supone viajaba de vuelta a Londres. Posiblemente, su cuerpo esté en el fondo marino junto a algunas partes del fuselaje de la avioneta en algún lugar de muy difícil acceso a más de 2000 metros de profundidad. Seguiremos informando."

—¡Serán hijos de puta!, han saboteado la avioneta. Me querían borrar del mapa. —dijo Brenda con una palidez notable en el rostro tras la noticia.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Manson con sus dos manos en el volante totalmente desconcertado.

—No lo se Manson, todavía no puedo perdonarme el hecho de dejarme ese puto talón en la avioneta. Pero debo informar a mi superior el capitán Bentford para ponerle al corriente de todo nada más llegar a casa.

—Mmm… Inspectora, todo esto se está complicando… Pero ¿no le

parece e traño que Martin no haya dado señales de vida?

Brenda se quedó en silencio procesando esa pregunta en sus adentros con el rictus serio mientras observaba la carretera, evitando pensar en peores presagios. Pocos minutos después llegaron a la casa alquilada de las afueras de Yorksinne. La puerta del cercado del jardín estaba abierta, hecho que alertó a Brenda sintiendo una mala sensación.

—Manson, ¿llevas tu arma?, la mía está en el fondo del mar.

El sargento sacó su pistola del chaleco y ambos salieron del coche con cautela caminando hacia el porche de la casa. Manson iba primero empuñando su arma y Brenda a pocos metros tras suyo observando por las ventanas hacia el interior de la casa. Nada más cruzar el umbral del recibidor, percibieron un silencio absoluto.

—¡Martin! —gritó Brenda.

—Aquí no hay nadie. —dijo Manson.

Al poner los pies en la parte trasera de la casa donde se hallaba el salón se encontraron con algo desolador. Martin se había ahorcado desde una de las vigas de madera con un cable eléctrico en su cuello. Llamaba la atención observar como desde el interior de su boca sobresalía una nota de papel.

—¡Oh, Dios mío, se ha suicidado! —grito Manson despavorido intentando en un amago descolgarlo. —¡No lo toques!, esto no es un suicidio. —gritó Brenda agarrándolo del brazo.

Brenda contenía sus lágrimas observando el rostro de Martin inerte balanceándose levemente desde lo alto de la viga. Su plante de mujer fría e insensible salió a relucir ante ese hecho, aunque en sus adentros un torbellino de tristeza caminara a sus anchas en lo más hondo de su corazón. En las facciones de Martin se denotaban signos de sufrimiento por el proceso provocado la asfixia. Brenda subida en una silla alargó su mano hasta la boca de Martin para extraerle esa nota de papel que estaba en el interior de su garganta. Con sumo cuidado intentó no despedazar el papel humedecido por la gran cantidad de líquido bucal que lo impregnaba. En esa nota había dibujado a lápiz la misma figura celta que había en la planta superior de la casa donde se realizó la güija, pero esta vez estaban escritos los nombres de Brenda Watson y Manson Macguire.

—Vaya Manson, tú también estás invitado a la fiesta. —dijo Brenda desdramatizando la situación con ese humor negro que la

caracterizaba en un momento tan duro.

—¡Maldita prensa!, me han señalado solo por salir en esa foto de portada junto a usted. Estamos vendidos inspectora, van a por nosotros.

—Bueno Manson, algo de fama no te vendrá mal. —dijo Brenda mientras intentaba encontrar alguna señal en el cuerpo de Martin.

—Pero ¿Cómo cojones puede estar usted tan tranquila ante algo así? —dijo con la voz acongojada y superado por la situación. —¿No siente tristeza por el chico?

Brenda miró a los ojos de Manson al que notablemente se le veía afectado por el miedo. Le daba la sensación de estar delante de un soldado novato a punto de saltar a las trincheras en plena guerra.

—Manson ya no me da miedo nada. Me han amenazado miles de veces de muerte. Perseguido en moto por las calles de Londres, mafiosillos vengativos. Desvalijado mi apartamento en varias ocasiones. Disparado en las sonadas redadas de Barking en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad, rozándome a pocos centímetros, pudiendo perder la vida en alguna ocasión. Pero lo peor de mi vida fue perder a Michael, mi novio. A él lo tirotearon en Newcastle unos traficantes por una puta deuda que arrastraba. Desde entonces no le tengo miedo a nada. Tienes que endurecer tu corazón si quieres ser un buen policía. —pronunció dejando un leve silencio en su discurso. —Siento tanto como tú la muerte de Martin, este muchacho intentaba reemprender su vida lejos de las drogas, no soy un monstruo si es lo que piensas de mí, pero te prometo que daremos con estos hijos de puta. —dijo Brenda posando su mano sobre el hombro de Manson.

Horas más tarde, cuando acompañado por un inmenso el equipo forense despliegue policial

acudió a la casa de Brenda, esta se vio obligada a testificar oficialmente de que aún seguía viva y coleando. Ante ella apareció en una visita relámpago el capitán Bentford esperando escuchar de los labios de Brenda todo lo sucedido esa intensa semana.

—Eres un espectro o es real lo que ven mis ojos. —dijo Bentford a solas con Brenda en el interior de una de las habitaciones de la casa.

—No estoy para bromas, a ese chico lo conocía. Se llamaba Martin, estaba metido en trapicheos con drogas, pero tenía buen corazón.

—¿Y lo de la avioneta? Todo parece sacado de una película de Hitchcock —dijo Bentford cruzando sus brazos esperando explicaciones.

—Por si usted lo quiere saber, han intentado matarme para apartarme de este asunto. Desde mi llegada a Yorksinne parece que se han despertado de nuevo los viejos fantasmas del pasado haciendo que este pueblo reviva con tristeza lo sucedido. Esa gente necesita respuestas a esos cuerpos encontrados en los bidones. Solo sé que algo en la sombra intenta que nadie pueda esclarecer esas desapariciones. Justamente esa avioneta se alquiló expresamente para alejarme de estas tierras, obligándome a volver a Londres. Debía haberme subido a ella coaccionada por un tipo que intentó presionarme a abandonar el caso. —dijo Brenda sentándose sobre un puff y quedándose con las piernas colgando.

—¿Quién era ese tipo? —dijo él con atención.

—Robert Faldom, era el padrastro de uno de los desaparecidos. Casualmente, él fue el único accionista de Tuknon. Me dio a entender que tras esas desapariciones hubo algún tema gubernamental por medio en el que no debía asomar la cabeza después de esos diez años. Por esa razón me presionó a que abandonara el caso inmediatamente. Justamente ese tipo hoy apareció con un tiro en la cabeza en el parking del hospital donde se hallaban los cuerpos.

—Tema gubernamental. —murmuró Bentford mirando al suelo. —Me da la sensación Brenda de que has estirado más de la cuenta del hilo que ocultaba algún asunto sucio y oscuro que no interesa que salga a la luz. Informaré de ello a mis superiores esta misma mañana. Te mantendré informada en todo momento. Creo que nuestro trabajo en Irlanda ha finalizado. Ya puedes recoger tus pertenencias y tomarte una semana de descanso. Buen trabajo Brenda.

—Entonces… ¿Ya está?, ¿sin más?, muy sutilmente estoy sintiendo como me pegas una patada en el culo para dejar esto, ¿no es así?

—Sí. Nuestro compromiso de cooperación con la justicia irlandesa termina hoy mismo. Su trabajo ha sido espectacular inspectora, debo felicitarla. Desde ahora la policía irlandesa se encargará de esclarecer quiénes han sido los autores de las muertes de Martin y de Robert Faldom. —dijo el capitán fríamente.

—Vamos inspector, acaso piensa que me iba a tragar esa patraña de discurso. Estoy segura de que los de arriba le están presionando para

parar toda esta mierda que se les viene encima. ¿No es así? ¿Qué me dice de esos extraños implantes en sus cabezas y esos tumores en cada uno de ellos? ¿Casualidad? ¡Y una mierda! —gritó Brenda poniéndose en pie.

Bentford, algo incómodo, se sentó en uno de los sillones de piel en un rincón de la habitación como un gato acorralado ante Brenda. Exhaló aire y con un gesto dubitativo se dispuso a charlar más seriamente sobre ese asunto.

—Lo que vamos a hablar no saldrá de estas cuatro paredes, ¿entendido? —dijo el capitán con un rictus más serio de lo habitual.

—Venga suelte esos secretitos. —dijo Brenda encendiendo un cigarro para paliar sus nervios.

—¿En alguna ocasión has oído hablar del proyecto MK Ultra llevado a cabo en los años cincuenta?

—Sí, he oído algo sobre ello. —dijo Brenda prestando toda su atención.

—El proyecto MK Ultra, fue conocido como el programa de control mental de la CIA, fue un programa secreto e ilegal diseñado y ejecutado por la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos para experimentación en seres humanos, sin su debido consentimiento. Estos ensayos en humanos estaban destinados a identificar y desarrollar nuevas sustancias y procedimientos para utilizarlos en interrogatorios y torturas, con el fin de debilitar al individuo y forzarlo a confesar a partir de técnicas de control mental. Fue organizado por la División de Inteligencia Científica de la CIA en coordinación con el Cuerpo Químico de la Dirección de Operaciones Especiales del Ejército de Estados Unidos. El programa se inició en la década de 1950, oficialmente sancionado en 1953, y no fue hasta 1964 cuando empezó a reducir paulatinamente reduciéndolas aún más en 1967 sus actividades, y discontinuado

oficialmente en 1973. El programa estuvo dedicado a muchas actividades ilegales, en particular al uso de ciudadanos estadounidenses y canadienses como sujetos de prueba en contra de su voluntad, lo que llevó a cuestionar su legitimidad. MK Ultra usó diversas metodologías para manipular el estado mental de los sujetos de prueba, como la terapia de shock, la alteración de sus funciones cerebrales con la administración de drogas como LSD y otros productos químicos, la hipnosis, la privación sensorial, el aislamiento,

diversas formas de tortura, y abusos verbales y sexuales. El alcance de MK Ultra fue amplio, realizándose investigaciones en 80 instituciones, incluyendo 44 colegios y universidades, así como hospitales, cárceles y compañías farmacéuticas. Los operarios de la CIA utilizaban estas instituciones como fachada, aunque muchas veces los altos cargos de estos lugares eran conscientes de las actividades que la CIA efectuaba.

—¿Me está diciendo que la CIA está detrás de todo esto?

—No, Brenda, te puedo asegurar que no.

—¡Sea claro Bentford! Dígame lo que sabe. —dijo Brenda con los ojos encendidos.

—Hace diez años tras esas desapariciones, los servicios secretos de Inglaterra recibieron del MOSAD un extenso informe sobre una supuesta logia muy apegada al estudio del control mental para manipular las masas. Esa logia fue desmantelada con las detenciones de sus dirigentes en varios países, pero su líder, un hombre de descendencia familiar nazi, aún sigue siendo buscado por la Interpol, la CIA y la mayoría de los servicios de inteligencia europeos. Ese tipo sigue escondido en alguna parte sin que sepamos su paradero. Se dice de él, que es un genio de la neurología y como un monstruo de las SS sigue experimentando a sus anchas con personas en cualquier parte del mundo.

—Me da la sensación que sabían perfectamente que tras esas desapariciones hubo un macabro experimentó con esos cinco chicos, pero por alguna razón evitaron sacarlo a la luz, dejándolo todo en suposiciones sin fundamento.

—Así es, querida Brenda, nosotros solo somos unos simples títeres bajo las órdenes de quien mueve los hilos de esta cada vez más decrépita sociedad. En su momento no interesó que saliera nada a la luz para así no salpicar las relaciones diplomáticas con otros países que pagan grandes sumas de dinero por ese tipo de experimentos con humanos. Si se supieran algunas verdades, la gente se echaría a las calles.

—¿Y esos signos celtas y letras ensangrentadas en la pared de la casa? ¿Esa nota en la boca de Martin? ¿Ese escrito de luces en el bosque encontrado en la casa? ¿Toda esa colección de libros estéticos? —dijo Brenda sin entender nada.

—Teatro, puro maquillaje para desviar la atención pública y dejar en

evidencia que esos chicos estaban obsesionados con esos temas esotéricos, con las drogas, etc.

—Entonces ese loco neurólogo tiene carta blanca para campar a sus anchas experimentando con gente inocente ¿No es así?

—Mmm… Es duro admitirlo Brenda, pero se sabe que está bajo el amparo de la mano protectora de algunos países importantes a cambio de la información experimental que ha llevado a cabo con humanos durante todos estos años. Después esa información será aplicada al campo militar y la manipulación de masas.

—Oh dios, solo falta Tom Hanks en todo este asunto como en el Código Da Vinci.

—Por ello inspectora, le aconsejo que abandone el caso hoy mismo. Si no me veré obligado a desvincularla durante una larga temporada del cuerpo policial.

—¿Bentford usted me conoce verdad? —dijo Brenda señalando con tensión.

—Sí, y creo que demasiado, pero tranquila ¿Lo arreglamos con un aumento de sueldo y unas vacaciones? —dijo él poniéndose en pie ante ella.

—Solo le pido una semana más y dejaré el caso. Palabra. —dijo Brenda ofreciendo su mano como trato.

Bentford se quedó pensativo ante la mano abierta de Brenda y finalmente la estrechó enérgicamente, fijando sus ojos en ella.

—Brenda, mi carrera está en juego si se complican las cosas. No puede salir a la luz nada de esta conversación, es alto secreto de estado. Tan solo te doy dos días Brenda, finalizado tu trabajo dos días, después habrá aquí. —añadió Bentford

estrechando su mano enérgicamente para abandonar la habitación.

—Solo algo más capitán. —dijo Brenda antes de que el capitán cruzará el marco de la puerta.

—Sí.

—Si lo encuentro lo mataré. —dijo Brenda sentenciando sus palabras con sus ojos clavados en él.

Capítulo 17

Lunes, Yorksinne

El lunes amaneció con los cielos teñidos de un tono grisáceo, acentuando aún más la tristeza de Brenda cuando nada más levantarse de la cama contempló la viga desde donde Martin fue encontrado. Sus ojos se clavaron en esa robusta madera desde la que aún quedaban visibles muescas en el barniz del cordón eléctrico desde donde fue ahorcado. El silencio en aquellos primeros instantes de la mañana impregnaba todos los rincones de aquella casa con un manto de melancolía rememorando el recuerdo del joven Martin. Brenda, con un café recién hecho entre sus manos, se sentó en el ventanal de la parte trasera de la casa contemplando la pequeña campiña desde la que se veían un par de caballos desde la lejanía corretear entre la hierba como un par de adolescentes. Su mirada ensimismada en ese precioso fotograma de la naturaleza le producía cierto efecto terapéutico calmando sus constantes cambios de estado anímico debido a sus adicciones. Aquella preciosa estampa del paisaje que tenía ante sus ojos podría representar un bello lienzo de otra época, pero de la nada emergió de nuevo una llama de inquietud incontrolable desde lo más profundo de su alma difícil de controlar. La sensación de no haber cerrado ese círculo de muertes extrañas y todo lo oscuro que conllevaba ese asunto experimental con personas inocentes, la corroía por dentro como un gusano.

Mientras le daba los últimos sorbos al café sonó el timbre de la puerta un par de veces. Brenda con cierto temor se apresuró a coger un arma prestada por la policía que ocultaba en uno de los cajones del mobiliario de la entrada. Con sigilo miró por la mirilla de la puerta descubriendo en el umbral de la puerta a una mujer con una joven de cabellos largos. Brenda con precaución escondió su arma en el bolsillo derecho del albornoz, haciendo que este se le decantara por el exceso de peso hacia un costado.

—Hola, ¿en qué puedo servirles? —dijo Brenda a la mujer.

—¿Es usted Brenda Watson? —preguntó ella.

—Sí. —respondió Brenda resguardándose del frío con sus dos manos.

—En ese bolsillo de su albornoz lleva más peso del necesario, es muy posible que se le rompa y no llevamos hijo y aguja para arreglarlo. —

dijo la muchacha como si aquello le hubiera llamado la atención señalando con su mano el bulto del bolsillo del albornoz.

—Perdone, obsesiva en mi hija es autista y a veces está

todos los detalles, me muero de vergüenza. —dijo la madre algo incómoda por la advertencia de la muchacha.

Brenda se la quedó mirando a la joven de aspecto blanquecino, cuerpo delgado con cabellos largos y bellas facciones en su rostro.

—¿Qué dirías que llevo en ese bolsillo? —dijo Brenda poniendo a prueba a la muchacha.

—Un arma.

—Pero Sharon no digas tonterías, cómo va a llevar un arma en el albornoz. —dijo la madre molesta por la observación de su hija.

—¿Su hija es Sharon?, ¿la que tuvo como cuidadora la desaparecida hermana de Martin?

—Sí, inspectora, veníamos simplemente a felicitarla por el descubrimiento de esos cuerpos. Nunca olvidaremos a la hermana de Martin, fue como una hermana para Sharon.

—Pues sí, su hija está en lo cierto, llevo un arma en el bolsillo, las cosas se están poniendo feas, no me fio ni de mi sombra.

—¿Podemos hablar unos instantes con usted? —preguntó la madre con preocupación en el rostro. Parecía tener algo cierto interés por desvelar a Brenda algo importante.

—Si es para rememorar recuerdos de lo sucedido con esos chicos, lamento negarles el ofrecimiento, hoy no tengo el día para escuchar esa historia otra vez. Lo lamento, si me disculpan. —añadió Brenda en un gesto intentando cerrar la puerta.

La madre en un reflejo rápido puso su pie bajo el marco impidiendo que Brenda cerrara la puerta quedando entreabierta. —¡Inspectora es muy importante! —comentó la madre con desesperación.

Brenda volvió a abrir la puerta intuyendo que algo le sucedía a la madre de Sharon tras su insistencia. Se sentaron en el comedor ante la atenta mirada de la joven Sharon que no desviaba la atención de sus ojos en cada gesto de Brenda. Parecía como si estuviera ante su *Pop*

Star favorita.

—Le doy cinco minutos, cuénteme rápidamente, tengo mil cosas pendientes que hacer. —dijo Brenda mostrando poco interés en lo que iba a escuchar de los labios de esa mujer.

—Brenda estás triste, eso no me gusta, la vida es para ser feliz, para ser feliz. —dijo Sharon tras la intervención de Brenda.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, amiga. —dijo Brenda dando una fuerte palmada en la palma de la mano de Sharon en un gesto de complicidad.

—La verdadera razón por la que estamos aquí inspectora Watson es por la constante insistencia en que Sharon desde su niñez y durante todos estos años siempre nos confesó saber quien les hizo todo eso a esos cinco chicos. Me resulta difícil creer en lo que le voy a decir, pero no me perdonaría a mí misma si no se lo haría saber. No sé si ello puede significar algo para usted.

Brenda tras escuchar esas palabras se acercó hasta Sharon poniéndose de rodillas ante ella en el sofá. Puso sus dos manos en sus piernas y la miró fijamente ante la tímida actitud de Sharon.

—Sharon… Dime quien fue, amiga mía. —susurró Brenda con una voz penetrante y pausada esperando escuchar algo relevante.

—Fue… el hombre de negro… me da miedo. —confesó con el miedo impregnado en sus ojos.

Brenda miró a la madre de reojo y esta le gesticuló con desánimo haciéndole saber que no sabía de quién se trataba.

—¿Quién es ese hombre Sharon?

La joven empezó a balancear su cuerpo hacia delante y detrás como en un extraño trance sin despegar sus ojos de Brenda de forma siniestra.

—Yo no soy ninguna experta en esto, ¿pero esto es normal en su hija? —dijo Brenda algo sorprendida al contemplar el extrañísimo comportamiento de Sharon.

—Sí, solo cuando se pone muy nerviosa. —dijo la madre intentando calmar a su hija.

—¿Dónde puedo encontrar a ese hombre de negro Sharon? —volvió a insistir Brenda.

—Nunca nos ha respondido a ello inspectora. Tan solo se limita a dibujar intentando comunicarse. nerviosismo.
garabatos en su libreta

—dijo la madre con

—Tú eres amiga mía, ¿verdad? —añadió Brenda cogiendo la mano de la muchacha intentando tranquilizarla. La joven con lágrimas en sus ojos asintió con un sí, dejando lentamente de balancearse.

—Dime Sharon, quien es ese hombre de negro. —volvió a repetir Brenda.

La muchacha de su pequeño bolso de tela saco una libreta mencionada momentos antes por su madre. La puso encima de la mesa y empezó a dibujar con un bolígrafo algo inconexo y sin sentido, repleto de trazos extraños circulares. Brenda lo cogió con sus dos manos y caminando por el comedor lo observó con mucha atención.

—Siempre dibuja ese tipo de trazos incomprensibles, inspectora, ¿todo es carente de sentido, verdad? —dijo la madre poniéndose en pie junto a su hija.

—Sí, esto no nos aclara nada, pero le agradezco la ayuda, ahora les pediría que me dejaran, ya que tengo cosas que hacer. —contestó Brenda dejando el papel en la mesa para acompañarles hasta la puerta.

La joven Sharon, tras cruzar la verja del jardín, volvió a pararse en seco y volviéndose para mirar a Brenda que aguardaba apoyada en la puerta resguardada en su albornoz, le dejo unas últimas palabras.

—Allí está el hombre de negro… está allí… sé que está allí. — pronunció enigmáticamente como a sabiendas del misterio que Brenda deseaba resolver.

Brenda cerró la puerta cuando aún resonaban en su cabeza esas palabras sin sentido sobre ese extraño garabato dibujado por Sharon. Creía firmemente en que todo podía ser una simple fabulación desde la infancia tras los hechos ocurridos, pero su acentuada inteligencia al adivinar de que llevaba un arma en el albornoz le creaba cierta inquietud de que quizás algo había de sumo interés para el caso en ese dibujo.

Pasaban las horas una tras otra como la llovizna que acompañaba ese lunes confuso y gris postrada en el sofá del salón fumando los pocos restos de marihuana que aún guardaba en un bote de galletas. Sumida en su propia impotencia, ante las amenazas para abandonar el caso por su propio capitán y ante la magnitud de lo que escondían dichas desapariciones, llegó a la triste conclusión de abandonar. Su paso por Irlanda en cierta manera fue un gran paso profesional para recibir el merecido reconocimiento de su carrera como inspectora, pero el escenario final aparecido en ese extraño caso sin haber culminado la captura del último culpable era una herida abierta que jamás podría cicatrizar.

Esa misma tarde, Brenda autoridades de Yorksinne a fue invitada por las

la misa oficial en homenaje a los cuerpos de los desaparecidos en la Saint Patrick Church. Acudió anónimamente como una más totalmente vestida de negro y escondida tras sus inseparables *Ray Ban* como una espía de la guerra fría. Se sentó en las últimas filas con cierta desgana junto a unas ancianas, ya que Brenda desde siempre odiaba pisar las iglesias. Apenas fue reconocida entre toda aquella pobre gente que aún sentía el dolor en sus corazones por esos cinco muchachos.

En la misa se hizo mención de Martin muy fugazmente, hecho que no fue del agrado de Brenda. La mala fama de Martin, que se había ganado en los últimos años por ser el camello oficial del pueblo, aún seguía latente en un momento tan delicado. Tras finalizar la ceremonia, el alcalde de Yorksinne se dirigió desde el estrado hacia los asistentes en un mensaje de dolor y esperanza en el que el reconocimiento a Brenda salió a la luz.

— Tras un hecho tan doloroso que durante diez años ha estado instalado en nuestros corazones, buscando un atisbo de esperanza, solo tenemos palabras de gratitud para la persona que ha sido capaz de encontrar a esos cinco hijos de Yorksinne. Esa persona es Brenda Watson. Por ello, queremos brindarle nuestro agradecimiento otorgándole el nombre de una de nuestras calles en su recuerdo por su paso por Yorksinne. Si está por aquí, por favor nos encantaría que subiera al estrado para regalarnos unas palabras. —dijo el alcalde de Yorksinne señalando a la multitud.

—No por favor… voy muy fumada, no me van estas mierdas tristes. — susurro Brenda para sí misma bajando su cabeza.

Brenda se levantó desde su asiento en la última fila, sintiendo todas

las miradas puestas en ella en un silencio sepulcral ante esas doscientas personas. Se dirigió hasta el estrado escuchando tan solo la aguda reverberación del sonido de sus tacones sobre el mármol del pasillo central como una princesa tambaleante por los excesos de la marihuana. Una vez arriba estrechó su mano al alcalde y se puso ante el micro con cierta parsimonia.

—Vaya, me siento como si recogiera un Grammy. —dejó un silencio mientras tragaba saliva con las manos en su gabardina.

—Quiero darles las gracias, esto no lo esperaba. —sonrisas entre los asistentes.

—Les he de confesar que en los últimos años nunca he recibido ningún tipo de reconocimiento por los indeseables de mis superiores, muy a pesar de limpiarles las calles de Londres de esos problemas cotidianos que suceden en cualquier ciudad. Pero lo de Yorksinne va mucho más lejos de lo que esperaba, les he de confesar que vine a regañadientes sin tener esperanzas de encontrar nada importante al respecto, y aunque por suerte di con los cuerpos de esos jóvenes inocentes, mañana volveré a Londres con la sensación de no haber acabado mi trabajo. Lo lamento.

Toda la gente congregada en la iglesia, se puso en pie y comenzó a aplaudir.

En ese instante el alcalde se acercó hasta Brenda posicionándose ante el micro interesado en participar en ese discurso improvisado.

—Inspectora, siempre estará en nuestros corazones, le estamos muy agradecidos. Esperemos que la policía irlandesa acabe resolviendo este mal sueño, pero mi incesante curiosidad es preguntarle quien cree que podría estar detrás de sus muertes, o acaso piensa como la mayoría que fue algo planificado por ellos.

Brenda se quedó en el estrado detrás de sus gafas en silencio, mirando a los asistentes cuando sus ojos fueron a parar a la tercera fila donde se encontraba Sharon con su madre. La joven la miraba con admiración y emoción al ver que Brenda la contemplaba. Su madre dejaba entrever lágrimas en su rostro, como la mayoría de los congregados aquella tarde en la Saint Patrick Church. Brenda, sin dejar de mirar los ojos de Sharon que parecían hablar solos, intuyo como le pedía a gritos que dijera la verdad… Su verdad.

—Fue el hombre de negro… —sentenció Brenda quitándose sus *Ray Ban* desafiante ante todos y despertando un gran murmullo en la

iglesia de confusión. —Si estás aquí entre toda esta gente, o en cualquier parte de tu puto infierno, solo quiero que sepas que algún día yo, Brenda Watson, daré contigo.

Capítulo 18

Martes, Yorksinne, la despedida

Con las primeras luces del amanecer del martes hizo aparición Manson con su pulcra puntualidad conduciendo el coche policial ante la casa de Brenda para trasladarla al aeropuerto. Horas atrás, Brenda, sin apenas haber pegado ojo y con mucha resignación, no tuvo más remedio que aceptar el abandono del caso viendo las escasas ayudas por parte de sus superiores en seguir indagando en ese oscuro caso. La idea de ser inhabilitada de por vida planeaba sobre ella peligrosamente.

Esperaba bajo el porche de la casa sentada sobre su maleta y enfundada elegantemente con un vestido oscuro y su pelo recogido en un moño.

Manson atravesó la puerta de la verja del jardín vestido como en su primer encuentro con Brenda. Vestía con aquel uniforme azulado y algo arrugado, dos tallas más que la suya. Como esbozaba en su rostro blanquecino de costumbre

esa peculiar sonrisa en la cual se denotaba esta vez un tono de cierta tristeza con sabor a despedida.

—Buenos días, inspectora. Ante todo enhorabuena por ese homenaje. Ya tiene su propia calle en Yorksinne, la Brenda Watson Street, si paso alguna vez por allí me acordaré siempre de usted. —dijo Manson ante Brenda que aún seguía sentada fumando sobre su maleta mirándolo detenidamente.

—Estoy segura de que en esa calle seré homenajeada por todos los camellos de Yorksinne. Allí venderán todas sus mierdas en mi honor – dijo Brenda bromeando.

—Estoy seguro. —dijo Manson recogiendo su maleta.

—Por cierto Manson, mis sentidos gratamente me agradecen no haber escuchado nada en referencia a esa pareja de moda de la que tanto me has taladrado estos días ¿Lo vas superando veo?

—¿Sabe?, me envió un wasap, la muy cretina, felicitándome sobre esos titulares en la prensa en los que salí junto a usted.

—¿Nada más? —dijo Brenda sabiendo el desenlace de las consecuencias de ese mensaje.

—No, nada más… ¿No pensará que se ha ofrecido a invitarme a cenar con ese senegalés en la misma mesa los tres juntitos para celebrarlo?

—Manson no pongas esa cara, ¡hombre!, nunca se sabe los caminos de la vida donde nos llevaran. —dijo Brenda dándole una palmada en la espalda.

—Querido amigo, lo próximo que hará una vez seas ascendido será pedirte una buena suma de dinero para la manutención de tus hijos.

—Está en lo cierto, inspectora, eso es lo que recibí en el siguiente wasap tras mi contestación. —dijo Manson afligido.

Brenda hizo una última mirada a la casa tras la valla del jardín antes de entrar en el coche. —En fin, adiós casita, ha sido breve, pero intensa mi estancia. —dijo Brenda junto al coche policial.

—En casi veinte años en el cuerpo no he aprendido tanto como con usted estos días, le he de ser sincero, el primer día le habría pateado el culo hasta la saciedad, aunque ahora sé que le echaré de menos. —dijo Manson abriéndole la puerta del coche frente a Brenda.

—Querido Manson, me siento halagada, estás recreando la típica escena acaramelada del beso de tornillo en las películas cuando uno de los dos protagonistas se despide, pero en nuestro caso es diferente —dijo Brenda dándole un cariñoso cachete en el moflete.

Manson sacó de la guantera del coche un paquete envuelto en regalo.
Se lo Brenda y esta, sorprendida, nada.
entregó tímidamente a

lo cogió sin entender

—Manson, ya sabes que odio las despedidas y este tipo de chorradas sentimentales. —dijo ella sosteniendo entre sus piernas el paquete.

—Lo sé inspectora, pero le tengo tanto aprecio, que no quería que se fuera sin un detalle por mi parte. Con usted he aprendido mucho y… si no fuera por usted, seguramente me habrían destinado a quien sabe donde para quitarme de en medio.

—Espero que no sea esa colección de tus películas porno —dijo Brenda bromeando mientras abría el paquete.

Tras el envoltorio del paquete pudo observar una caja metálica plateada de poco peso, bastante vieja y con signos de óxido en sus bisagras. Al abrirla encontró una inmensa colección de sellos antiguos totalmente clasificados por separadores de plástico. Quizás habría más de trescientos de todos los países del mundo cuidadosamente ordenados por orden cronológico de antigüedad. Brenda por unos instantes se quedó perpleja observando todos esos sellos como si sostuviera entre sus manos un alienígena recién nacido.

—¿Y esto Manson? —dijo centrando su mirada en Manson.

—Es mi fantástica colección de sellos desde que tenía catorce años. Es el mejor regalo que le puedo hacer. —dijo con signos de emoción.

Brenda suspiró mirando al techo del vehículo con una leve mueca sonriente en sus labios y volvió a centrar su vista en él.

—Vaya pensaba que me ibas a regalar una ristra de mierdas de esas que me gustan. Me había hecho ilusiones. Supongo
persona se hubiera
que sabrás que si alguna otra atrevido a regalarme algo así,

habría ido a parar al contenedor más próximo de mi casa, odio coleccionar cosas, pero viniendo de ti, sé que lo has hecho con todo tu buen corazón. Ven dame un abrazo calzonazos. —dijo Brenda dando un tierno abrazo a Manson.

—Le apetece dar una última vuelta por Yorksinne en coche, el coche oficial para recordar su estancia aquí.

—Venga Manson demos un último vistazo a este triste lugar como despedida. —dijo Brenda en aprobación acomodándose en el asiento como una estrella de rock.

A esas primeras horas de la mañana apenas había gente por las calles. Los pocos comercios que aún resistían la crisis del país empezaban a subir sus persianas afrontando un día más laboral. Uno de los carteros los saludó efusivamente en un paso cebra en la única calle céntrica de Yorksinne. A Brenda le brindó un beso con sus manos de forma graciosa desde el otro lado de su ventanilla. Ese cartero rondaba casi los ochenta años, pero su vitalidad era sorprendente cuando lo vieron enfilar la calle con su destartalada bicicleta.

—¿Le suena de Manson transitando sentido circulatorio. algo esto inspectora? —dijo por una callejuela de único

—Manson, queda hora y media para que salga mi avión. No recuerdo esta calle, ¿por qué?

—Estamos en la Brenda Watson Street. —dijo él señalando las casas de colores y todo lo que rodeaba esa solitaria callejuela.

En ese preciso instante un galgo de aspecto famélico y que parecía estar abandonado defecaba un gran excremento sobre la acera a escasos metros del coche en medio de la acera.

—Ves Manson, qué gran recibimiento del animal en honor a mi calle, me siento halagada, creo que nos va a traer suerte ese perro. —dijo Brenda bromeando mientras miraba al galgo olisquear el gran pastel que había dejado en la acera.

Cuando circulaban por la carretera principal en las afueras de Yorksinne, Brenda reclinó su cabeza en un costado de la ventanilla para intentar retener en su memoria esos momentos vividos ante aquellas campiñas verdosas de Irlanda. Una ristra de vivencias y situaciones que profesional volverían difícilmente en su carrera

a repetirse pasaban por su cabeza de forma instantánea con cierta melancolía.

En un momento dado, mientras sus ojos se perdían observando unos grandes cúmulos de nubes oscuras augurando una gran tormenta, hubo algo que no pasó desapercibido provocando un vuelco en su corazón.

—¡Para Manson!, ¡para el maldito puto coche! —dijo Brenda como una posesa ante la mirada asustadiza de Manson, imaginando que estuviera bajo los efectos de alguna sustancia.

—¿Qué sucede inspectora?, ¿no habrá dejado drogas en la casa?

—¡Manson para el coche o abro la puerta en marcha! —gritó Brenda sin quitar sus ojos de su ventanilla.

Manson paró el coche en una de las cunetas de la carretera con las luces de emergencia encendidas. Brenda salió como una leona rabiosa rasgando su chaqueta con una de las esquinas de la puerta del coche sin que ello le importara en absoluto en esos momentos. Su desenfreno era tal, que el moño, qué momentos antes lucía bien recogido, ahora estaba suelto, dándole un aspecto de loca descontrolada. Su respiración se alteraba buscaba frenéticamente por momentos mientras algo en su bolso con

desespero. Manson la miraba sin articular palabra, sabía perfectamente que ello era la señal de algo importante en su peculiar forma de trabajar.

Tras vaciar su bolso con todas sus pertenencias sobre la hierba del arcén, siguió hurgando en los bolsillos de su chaqueta hasta que por fin dio con lo que buscaba desesperadamente. De su bolsillo sacó el dibujo que Sharon el día anterior realizó donde aseguraba que estaba el hombre de negro. Con ese pedazo de papel en su mano se adentró entre los matojos que había junto a la carretera hacia el interior del bosque, perdiéndose entre la espesa arboleda. Tras unos veinte metros caminando dificultosamente paró en seco, observando de nuevo aquellos trazos extraños en el papel que sostenía en su mano.

—¡Maldita sea porque no me di cuenta antes! —dijo para sí misma.
—¿Qué ves en este papel Manson?, por favor céntrate y olvida por un momento todas tus mierdas mentales maritales. —dijo Brenda entregando el dibujo a Manson.

—Mmm… yo diría que esto es lo que tenemos ahí delante. Pero, perdone la expresión inspectora, usted dibuja con el culo.

—Lo he visto mil veces, pero nunca le he prestado la atención que merecía desde que llegué a Yorksinne. ¿Qué es? —comentó Brenda eclipsada por esa gran roca.

—Es la famosa roca del cielo, es esa piedra milenaria repleta de dibujos tallados en la piedra por los druidas en épocas ancestrales. Tiene miles de visitas durante el año. ¿Pero qué tiene de importante ese lugar?

—Llévame ahora mismo, no puedo hablarte de ello ahora. —dijo Brenda arremangándose los pantalones hacia arriba por la gran cantidad de vegetación que la empapaba de humedad.

Tras veinte minutos caminando por el interior del bosque llegaron hasta la Roca del cielo. Era una especie de piedra grisácea de grandes dimensiones en la que en su parte superior se divisaban algunos símbolos celtas muy desgastados por el paso del tiempo. Lo curioso de esa gran roca era un gran orificio en su centro desde el cual se podía ver el otro extremo del bosque. A ese orificio se le puso el nombre de la puerta del viento. Ante ese monumento creado por algún capricho de la madre naturaleza. Brenda empezó a hacerse mil preguntas en voz alta.

—El hombre de negro dice que está aquí… ¿Dónde estás?… ¿Dónde

puedes estar maldito?… ¿Qué habrá querido expresar con esto Sharon?, esto solo es una inmensa piedra en el bosque.

—Perdone, inspectora, ¿estoy perdiéndome algo? —dijo Manson, inmerso en una situación surrealista de la cual no entendía nada.

—Sharon, la niña autista que los vio aquella noche hace diez años, se presentó con su madre en mi casa ayer por la mañana. Me dibujó el esbozo de esta piedra en ese pedazo de papel, asegurando que aquí es donde está el culpable de la desaparición y muerte de esos cinco chicos. —dijo Brenda sin quitar sus ojos de la piedra.

—Inspectora, eso es una gran estupidez, esa muchacha es autista, vive en su mundo imaginario. —dijo Manson con cierto reparo esperando no enfadarla.

Brenda no contestaba, simplemente miraba la piedra, detalle a detalle de la misma.

—Quizás, si mira por la puerta del viento pueda ver otro mundo que no sea este, como pasa en las películas —dijo Manson con sorna mirando de reojo su reloj. —Por favor inspectora va a perder el avión, esto es absurdo.

—A la mierda el avión. —susurro en voz baja para sí misma ante la roca. —Por cierto Manson, ¿cómo tienes tus espaldas?

—Bueno, de vez en cuando algunos achaques de lumbago, ¿y eso a qué viene ahora?

—Voy a subirme allí arriba para mirar por ese puto agujero, igual estás en lo cierto. Quizás vea algo de interés en referencia a ese hombre de negro o quizás me encuentre de cara con el culo de un pastor defecando entre los arbustos, o sea prepara tus hombros.

Brenda puso los pies en los hombros de Manson que apoyándose en la roca la elevó hasta recalar frente la puerta del viento. Manson, algo inquieto, no paraba de moverse de forma molesta, ello provocaba que Brenda perdiera el equilibrio.

—Manson quieres dejar de moverte, me voy a descalabrar.

—Maldita sea, inspectora, ha pisado una mierda de jabalí, me está dejando el hombro con su zapato hecho una pena.

—Manson no es momento para quejas, ya sabes que ello trae suerte.

—dijo Brenda con sorna contemplando lo que veía tras el agujero.

—Espero que usted esté en lo cierto, esto es de locos. Solo le pido que se de prisa no aguanto más este olor. —dijo Manson a regañadientes.

—Manson desde aquí tan solo observo la colina que hay tras el bosque. —comentó Brenda con decepción.

—Sea más descriptiva inspectora ¿No hay nada que le llame la atención?

—Sí, querido Manson, una inmensa campiña verde, inmensos matojos, unas vacas pastando a lo lejos y una granja, ¿contento con mi descripción?

—Contentísimo, inspectora y más mis doloridos hombros ¿Puedo bajarla ya? —preguntó con signos de dolor.

Brenda se quedó en silencio sin dar respuesta. Como una felina contemplando a su presa observaba algo con detenimiento con el rictus serio. Manson se percató de ello, ciertamente la empezaba a conocer.

—Inspectora…

Brenda seguía sin responder abducida por algo que veía desde esa puerta del viento y que a Manson le inquietaba por saber.

—Inspectora o me dice que lo que le llama la atención o la bajo de mis hombros ¡no puedo más con su peso y con este maldito olor en su zapato!

—Alcánzame tu móvil Manson, tengo que ver algo más de cerca con la cámara.

Manson, con dificultad y totalmente dolorido por el peso de Brenda, sacó de su bolsillo el teléfono y alargando su mano se lo entregó a Brenda.

—¿Me va a decir de una vez por todas lo que le llama la atención?, tendré que estar de baja una larga temporada por como me está dejando mis hombros. —dijo Manson lamentándose.

Brenda tomó una fotografía de algo que presenciaba desde ese agujero en la roca del viento. Sus dedos seguidamente empezaron a toquetear todas las teclas del móvil de Manson buscando algo con signos de

ansiedad.

—¡Inspectora, eso es personal!, vaya confianzas. ¿Qué diablos se le ha perdido en mi teléfono?. —dijo Manson sorprendido de ver como Brenda husmeaba en su teléfono sin permiso alguno.

—Vaya Manson, ¿es tu nueva compañera de piso? —dijo Brenda mostrándole la foto de una mujer con grandes pechos en bikini que había en la galería de fotos del móvil.

—Por Dios, inspectora, ¿hoy se ha propuesto humillarme? Estoy pasando un dolor terrible de hombros, mi cabeza apesta a mierda de jabalí y ahora se mete en mis intimidades.

—¡Dios mío! —gritó Brenda observando la pantalla del móvil.

—Lo imagino, estará viendo esas fotos que recibo diariamente de grandes penes africanos con las que me están martilleando diariamente mis compañeros ¿No es así?

—¡Bájame rápidamente! —gritó Brenda con desesperación.

El sargento con un intenso dolor doblegó su espalda para que de un salto Brenda abandonara sus hombros. Quedó ante él mostrándole una foto del móvil.

—¿Qué ves Manson? —dijo ella dejando la pantalla del móvil a escasos centímetros de sus morros.

—Es la foto tomada por Martin a escondidas el día que desvalijaron su casa.

—¿Y en esta? —mostrándole esta vez la foto tomada minutos antes.

—He de suponer que es la granja que se ve a lo lejos desde ese agujero de ahí arriba. Nada especial inspectora, tan solo veo una granja con un gran cobertizo. —dijo encogiendo sus hombros.

—Haz un zum en la foto sobre el cobertizo. —ordenó Brenda a Manson.

Este resoplando como si se tratara de un juego absurdo amplió la imagen del cobertizo descubriendo algo que se le había escapado en su primera observación.

—¡Dios santo, inspectora, es el mismo *BMW* de la foto que tomó

Martin aquella mañana! —comentó sorprendido por la astucia de Brenda en el descubrimiento.

—Vayamos hasta allí Manson, cerremos el caso de una puta vez, aunque me destituyan de por vida, esas familias se merecen saber la verdad. —dijo Brenda poniendo su mano sobre el hombro de Manson.

Capítulo 19

Martes, Granja Greenwood

Como dos fugitivos perseguidos por la ley intentando no ser vistos bajo una lluvia torrencial, se adentraron por un tortuoso camino enfangado casi inaccesible para los vehículos convencionales. Esa imprevista sospecha que momentos antes despertó en Brenda les empujó a averiguar la identidad de quien habitaba esa Granja. Desde la lejanía no se apreciaban rastros de luz desde el interior tras sus ventanas ni atisbo alguno de que alguien se alertara por su presencia. Brenda con toda su cabellera mojada, sus ropas empapadas y el rimel corrido de sus ojos corriendo por el rostro le daba un aspecto fantasmal. Sus zapatos de tacón se hundían en el fango creándole una angustiosa sensación de dificultad al caminar. Manson, en cambio, para no levantar sospechas, se quitó momentos antes en el bosque la parte superior de su uniforme policial, quedándose tan solo con una camisa oscura como única protección bajo ese intenso aguacero.

—Parecemos con estas pintas un par de zombis desesperados por llevarse a la boca un cacho de carne. —dijo Brenda con el barro hasta sus tobillos mientras se acrecentaba la intensidad de la lluvia.

—Pero los zombis no son propensos a coger pulmonías, inspectora. ¡Por dios qué frío estoy pasando! —añadió Manson caminando delante de Brenda.

—¿Acaso pensabas que mi despedida sería plácida, querido
empezar. —dijo
Manson?, esto solo acaba de

Brenda echando su empapada cabellera hacia atrás.

Cuando llegaron al umbral de la puerta de la granja aguardaron unos instantes para refugiarse de la lluvia bajo el toldo de madera que cubría la entrada y desde el cual un gran chorro de agua helada se escurría desde el tejado. Manson empuñaba su pistola en el interior del pantalón con todos sus sentidos en alerta. Brenda picó un par de veces con el picaporte de la puerta sin recibir ninguna señal desde el interior de la casa.

—Tenemos que tirar la puerta abajo. —pronunció Brenda tiritando de frío abrazándose a sí misma para darse calor.

Manson, sin pensarlo dos veces y sin cavilar sobre los problemas que ello les podría acarrear, cogió algo de carrerilla y le propició con su pierna derecha una fortísima patada haciendo que este saliera rebotado como un títere de goma hacia atrás y cayendo de culo en el charco donde brotaba el agua desde el tejado. Este se quedó sentado en el suelo con sus nalgas sumergidas en el charco mirando a Brenda con frustración.

—Manson, hoy no es tu día. —comentó Brenda empuñando el arma de Manson.

—Menudo golpe en mi trasero, creo que he destrozado mis almorranas. —respondió Manson dolorido poniéndose en pie.

—Esta granja tan humilde tiene una puerta demasiado bien blindada, eso me huele muy mal querido amigo. —dijo Brenda observando los detalles de la puerta.

Resguardados bajo una lona de plástico que cubría una vieja motocicleta, se dirigieron al cobertizo donde se encontraba el sospechoso *BMW*. Con la linterna del móvil de Manson observaron el interior del vehículo sin encontrar nada relevante que pudiera esclarecer alguna pista. Brenda con una gran piedra rompió el cristal de la ventanilla del conductor para husmear algún detalle aclarador en los papeles de la guantera, pero por desgracia, pertenecía a una importante casa de coches de alquiler y todo lo relacionado con la persona que lo había alquilado allí no estaba.

—¡Maldita sea! —gritó Brenda con impotencia al no dar con ninguna prueba fehaciente.

—Por lo que veo este coche lleva muchos días aquí. Mire la cantidad de polvo que tiene. —comentó Manson pasando su dedo por el capo.

—Tenemos que averiguar quién alquiló este coche. Debe existir alguna manera, quizás llamando a esa casa de alquiler. —dijo Brenda observando el *BMW*.

—Lo veo complicado, inspectora, por la confidencialidad y protección de datos personales de los clientes, ni la misma agencia de alquiler se los daría sin una autorización. —dijo él apoyado en el frontal del coche.

—¡Dame tu móvil! —comentó Brenda extendiendo su mano.

—Tenga, pero inspectora, espero no vuelva a chafardear en mis cosas.

—dijo Manson con reparo.

—Tranquilo, no te voy a borrar esa colección fotográfica de policía pervertido que llevas ahí… —dijo Brenda con el móvil en sus manos. —Manson rompe el faro del coche con una de esas piedras de la entrada.

—Inspectora ¿Sabe lo que vale uno de esos faros? —dijo Manson señalando el frontal del vehículo. —¿Y si esta persona no tenga nada que ver con todo esto?

Brenda ni corta ni perezosa sacó el arma de Manson y disparó en los dos faros dejándolos hechos añicos. Manson quedó palidecido palabra. sin articular

—Pero… —susurró Manson sin encontrar las palabras para responder a la acción tan desorbitada de Brenda.

—No quiero oír ni una palabra sobre esto, ¡y ahora cállate! —gritó Brenda marcando el teléfono de la agencia de alquiler de coches.

—Agencia World car Western le atiende Rita Pein, dígame. —contestó la voz femenina de la operadora desde el otro lado del aparato.

—Solo llamaba para pedirle una información en referencia a uno de sus clientes. Él tiene un vehículo adquirido, se trata de un *BMW X8* negro con matrícula GF62YV8. Lamentablemente, le acabo de chafar el morro del coche mientras aparcaba, soy un desastre, ya me lo decía mi abuela. Necesito contactar con su cliente para hacer todo el papeleo pertinente, ya me entiende. Además, querida, llevo un día de locos, no te lo puedes imaginar, este dolor de ovarios de mi menstruación, me está matando, ¿me lo pueden facilitar por favor?

—Lamento no poder ofrecerle esa información,

pero usted puede tramitar ese accidente con nuestros agentes más cercanos al lugar, no se preocupe. Solo nos tiene que dar la dirección de donde se encuentra usted. —dijo la mujer complicando las cosas.

—Rita, es que hay otro problema con tu cliente. —añadió guiñando un ojo a Manson que miraba atónito la conversación

—Usted dirá.

—Su cliente ha dejado a su perro encerrado en el coche, está muy nervioso y no es un perro cualquiera Rita, es un Rottweiler, está

destrozando la tapicería.

—No se preocupe, tenemos los coches a todo riesgo, la compañía se hará cargo de ello. —dijo la voz insensible de la operadora desde el otro lado como si no le importara el hecho.

Brenda de repente cambió su rictus seriamente con el teléfono en sus manos. Manson le gesticulaba sin articular palabra para intentar calmarla porque sabía que podría estallar en insultos en un momento u otro.

—Rita… Ya te he dicho que hoy tengo un mal día. —un breve silencio. —Me das el teléfono de ese tipo o voy hasta tu oficina y me meo sobre tu cara y te hago comer una por una mis ensangrentadas compresas. ¡Dame su puto teléfono de una vez! —gritó Brenda como una loca haciendo que su voz resonara en todo el cobertizo.

Manson en un rápido amago alcanzó el teléfono de las manos de Brenda que ardía en cólera. La apartó con su mano hacia un costado intentando participar en esa conversación.

—Perdone soy el Agente Manson de la jefatura central de Dublín. Mi número de placa es 897834M, le pido por favor que me facilite el contacto de la persona que ha estacionado en doble fila ese *BMW* si no tomaré cartas en el asunto contra usted por no facilitar las cosas. Además, soy socio honorífico de la protectora de animales Collins & Wilkinson y la denuncia que le puede caer a usted por tolerar que ese perro siga encerrado en el coche le hará perder su puesto. Ahora mismo le envío una foto del frontal del vehículo con los desperfectos.

—Bien, voy a comprobar su placa agente llamando a la central, es un simple trámite de seguridad, le llamó en unos segundos. —dijo la voz impertinente e insensible de la comercial.

—¿Y si fuera cierta toda esta historia Manson?, esa mujer tiene el corazón más frío que el trasero de un esquimal. —comentó con un gran estado de nervios.

Pasados un par de minutos empezó a sonar la melodía del teléfono de Manson. —Dígame señorita, ¿ya sabe la identidad de su cliente? —dijo Manson con atención esperando recibir una respuesta.

—Bien, hemos verificado su placa agente y recibido la foto, pero el coche no está aparcado en doble fila, está en un granero cubierto de polvo, ¿estoy en lo cierto?

—La voy a matar. —dijo Brenda escuchándola desde el manos libres.

—Hem mm… Sí, es un cobertizo, verá es muy largo de explicar señorita. —respondió Manson sin argumentos.

—Pues si no me da argumentos más claros, agente, no le puedo dar la identidad del arrendatario del vehículo. —dijo la operadora cuando Brenda tras escuchar esa contestación de un zarpazo volvió a quitarle el teléfono a Manson.

—¡Maldita bruja! Soy la inspectora Brenda Watson del distrito central de la policía de Londres, esto es un asunto confidencial relacionado con los desaparecidos de Yorksinne ¿Quieres darnos de una puta vez su nombre?, o te juro que no vuelves a trabajar en tu vida. —gritó Brenda al aparato con desesperación.

—Le informo que está a nombre de Robert Faldom. —dijo la operadora rápidamente con voz temerosa.

—¡Mierda!, ese ya es un fiambre. —dijo Brenda dando vueltas con actitud nerviosa por el cobertizo.

En ese preciso instante desde la lejanía se escucharon los rugidos de dos motos de trial que a gran velocidad se dirigían al cobertizo. Brenda y Manson se escondieron tras unos viejos muebles carcomidos por la humedad en uno de los rincones como dos ratas asustadizas. Por la gran puerta entraron las dos motos *Yamaha* de gran cilindrada de trial repletas de barro. Sus ocupantes vestían con las mismas indumentarias que los pilotos de carreras luciendo dos llamativos monos de cuero repletos de salpicaduras de fango. Al sacarse sus cascos dejaron a la vista sus rostros. Eran dos tipos fornidos de aspecto del este. Entre ellos hablan un lenguaje muy parecido al serbio. Uno de ellos, el más corpulento, sacó su teléfono y en un perfecto inglés dejó un mensaje en algún buzón de voz desconocido.

—Hola Ernest, te he estado llamando mil veces. Solo quería comunicarte que esa inspectora sigue viva, no subió a ese avión. Llevamos horas buscándola y no hemos dado con ella. Espero tus órdenes.

En ese instante, tras esos muebles salió Brenda apuntando con el arma de Manson a los motoristas. Uno de ellos intentó hacer un amago por sacar un arma de uno de sus bolsillos, pero Brenda disparó a pocos centímetros de sus pies.

—Yo de ti no me movería rubiales. —dijo Brenda apuntándolos con el

arma. —Ahora me vais a decir quien es ese Ernest, ¿supongo sabéis quien soy?

—Sí. —dijo uno de ellos.

—Venga listos, ¿para quién trabajáis? —dijo Manson empezando a envalentonarse.

—Halt die Klappe, du Stück Kokon, ich könnte dir den Kopf brechen. "*Cállate pedazo de capullo te podría romper la cabeza"* —contestó uno de ellos escupiendo en el suelo.
—¿Qué me habrá dicho este individuo Brenda?

—No pensarás que se ha ofrecido a invitarte a unas cervezas cuando termines tu jornada. —dijo Brenda sin dejar de apuntarlos.

En un descuido fortuito de Brenda, uno de aquellos tipos tuvo la oportunidad de abalanzarse sobre Manson para tirarlo al suelo empuñando un arma blanca que escondía en su chaqueta de cuero. Brenda con la tensión a flor de piel no podía dejar de apuntar al otro hombre mientras forcejeaban los dos en el suelo como dos gladiadores. Manson, sin ya apenas fuerzas por su mala condición física, recibió una puñalada muy profunda en su hombro derecho, provocándole un grito estremecedor que incitó a Brenda sin pensarlo dos veces a disparar con una bala certera en la cabeza del motorista. Manson quedó empapado en sangre y pequeños restos de la cabeza de aquel hombre sobre su pecho. El otro motorista hizo un leve amago para huir corriendo del cobertizo, pero Brenda sin pensarlo dos veces le propició a quemarropa otro disparo sobre su pierna derecha sin ninguna concesión. Quedó en el suelo maldiciendo en Serbio a Brenda mientras se taponaba con la mano el orificio de la bala por donde chorreaba su sangre.

Esos dos tipos eran dos ex militares procedentes de los Balcanes. Habían combatido en la Guerra de Yugoslavia. Su perfil era violento y extremadamente peligroso. La mayoría de ellos, después de la guerra, se organizaron en bandas criminales para delinquir por toda Europa. En sus atracos utilizaban tácticas militares, actuando en comandos y ensañándose con las víctimas. Otros actuaban como puros mercenarios asalariados por cualquier mafia u organización.

Brenda se agachó al costado del motorista herido en la pierna con el arma apuntando en su frente. Él le respondió con un escupitajo en la cara que fue correspondido con un puñetazo en el pómulo de su cara con la empuñadura de la pistola creándole una brecha de sangre.

—Manson llama a las unidades más cercanas que se acerquen hasta aquí y pide una ambulancia urgente porque estás perdiendo mucha sangre. —dijo Brenda a Manson que permanecía sentado en el suelo tapando su herida con un pañuelo.

—Inspectora, me estoy muriendo, dígale a mi mujer que la quiero hágame ese favor. —comentó Manson delirando por el dolor de la herida y la pérdida de sangre.

—Manson por Dios cállate esa boca, me están dando ganas de volarte la cabeza a ti también, en un momento así me sales con el cuento de tu mujer. —dijo Brenda sin quitar el arma de la frente de aquel tipo.

—Oh inspectora. —con voz frágil. —¿Me jura que no tirará esos sellos a la primera de cambio?

—¡Cállate Manson! —dijo ella centrando de nuevo la vista en el motorista. —¿Dónde está este tal Ernest?

—A él nunca lo hemos visto, solo nos pagó por hacer nuestro trabajo. Nunca supimos el porqué de toda esta mierda con esos desaparecidos. Nosotros solo hacemos lo que nos piden.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —preguntó Brenda apretando con su arma sobre su frente.

—Sabemos que tiene una gran mansión en Cork, en el sur de Irlanda. La alquiló hace diez años, se llama The Green Palace.

Brenda se lo quedó mirando fijamente pensativa, con una duda interior que la quemaba por dentro.

—¿Vosotros matasteis a ese chico ahorcándolo en mi casa? —dijo ella apretando levemente el gatillo ante la mirada de Manson semiinconsciente que la miraba a varios metros.

—No inspectora, no lo haga… —dijo Manson intentando evitar lo peor.

En ese instante, desde la lejanía se empezaron a escuchar levemente las peculiares sirenas de la policía procedentes desde la carretera colindante a Yorksinne. Brenda se puso en pie y arrebatándole el móvil y una de las armas que llevaba el motorista en el interior de su mono, esta le entregó la suya a Manson.

—Si se mueve mátalo. —dijo ella fríamente sin escrúpulo alguno,

mirándolo de reojo.

—¿Inspectora que va a hacer? ¿Me va a dejar morir aquí solo?

—Si Manson, te dejo a solas con ese criminal, por suerte no te estás muriendo, tu herida es profunda, pero no te ha atravesado ninguna arteria. —dijo Brenda observando cuidadosamente la hendidura en su hombro. —Te pondrás bien. Yo no puedo quedarme, no puedo mezclarme con todo esto, ya sabes, ya no pinto nada en este asunto.

—¿Y qué hago yo aquí?, ¿acaso quiere que informe que este operativo fue invención mía?

—Sí Manson. No perdamos más tiempo, cogeré ese *BMW*, he encontrado las llaves junto a su arma. Iré hasta Cork a terminar este asunto.

—Pero, inspectora, ello le conllevará muchísimos problemas.

—Lo sé Manson, me inhabilitarán de por vida con total seguridad, quizás se me dé bien trabajar como camarera o como peluquera, algo que de pequeña soñé, pero esas familias necesitan saber la verdad de una vez por todas. —dijo guiñando un ojo a Manson, desdramatizando la situación.

—Es usted muy valiente. —dijo él posando su mano en el hombro de Brenda.

—Adiós Manson, espero volver a verte. —dándole un breve abrazo.

Capítulo 20

Martes, Cork

Después de tres horas de camino hacia al sur de Irlanda, Brenda llegó a Cork tras poner a prueba a aquel *BMW X8* por la autopista N30 como una loca suicida. Su primera parada obligada la dedicó para hacer unas compras en un gran bazar chino que encontró a su paso. Allí adquirió toda una vestimenta informal para deshacerse de la ropa empapada que llevaba puesta. Unos pantalones tejanos a juego con unas bambas y un polar de imitación Nike azul marino le daban un aire mucho más juvenil que las oscuras vestimentas que solía llevar. Tras preguntar a algunos transeúntes por la localización del The Green Palace, Brenda logro obtener la información suficiente para acercarse hasta la guarida del hombre de negro. Se trataba de un palacio muy semejante al tan popular castillo de Blarney de principios del siglo XIII.

Estaba a varios kilómetros a las afueras de Cork. Treinta años atrás se convirtió en el hotel más prestigioso y lujoso de Irlanda. Poseía toda clase de lujos con carísimas suites de ensueño. Básicamente, estaba orientado a clientela de alto poder adquisitivo, pero tras el gran declive de la crisis se reformó para transformarlo en un gran palacio. Brenda estacionó el coche en un lugar del camino entre la espesa arboleda para no ser descubierta. Su estrategia para colarse en esa fortaleza estaba planificada en su cabeza milimétricamente desde que salió de Yorksinne. Nada la podía parar. En el interior del coche utilizó un barato maquillaje de la tienda china para disimular lo máximo posible su identidad. Además, una peluca rubia y unas gafas sin graduación la transformaban en otra persona.

—Madre mía, parezco Lorena Karter, la insoportable presentadora tetuda del telediario. —dijo mirándose al espejo retrovisor mientras se pintaba los labios con un rojo chillón.

Consigo llevaba un bolso color crema colgando de su brazo derecho y en su otro brazo una libreta forrada de cuero marrón. Quería dar la imagen de una comercial moderna y sexy con esa melena rubia, los tejanos ajustados, las bambas deportivas blancas de imitación y su polo *Mike* azulado. Mientras caminaba acercándose a los jardines de la entrada del palacio pudo observar a un vigilante en la puerta principal. Era otro de esos ex militares mercenarios que de pie apoyado en el arco de metal hacía guardia. Nada más ver a Brenda le

esbozó una irónica sonrisa. El posible aburrimiento de aquel tipo allí tantas horas de pie y en un lugar sin movimiento de personas le hizo sentir que su presencia en ese momento fuera un regalo de los dioses.

—Hola belleza, ¿qué haces tú por aquí? —pronunció con un notable acento del Este.

—Hola, gracias por el cumplido. —dijo Brenda acariciando su artificial cabellera rubia como una *Barbie* en celo. —Soy Bárbara, una comercial de la agencia arrendataria del castillo. Vengo desde Dublín especialmente para hablar con el señor Ernest sobre unos nuevos estamentos del contrato, no tienen importancia, pero prefiero informarle de ello personalmente.

El vigilante la miró de arriba abajo con una mirada lujuriosa, parecía escanearla como a un pedazo de carne. —¿Agencia arrendataria has dicho? —dijo él sin separar sus ojos de los de Brenda.

—Sí, así es.

Sacó un *walkie* de su bolsillo y con el mismo idioma de aquellos dos motoristas se comunicó desde el aparato con alguien en el interior del castillo.

—Bien, te está esperando en la segunda planta. Su secretaria te acompañará. —dijo el tipo dejándola pasar al recinto echando su mirada hacia atrás mirando el culo en los tejanos Brenda.

Esperó en la puerta de recepción cuando apareció ante ella una joven muy bien vestida con una falda ajustada y americana a juego del mismo color. Su aspecto era el de la tradicional chica Irlandesa por la cantidad destacada espalda. de pecas que mostraba su rostro y la

cabellera pelirroja que le colgaba de la

—Hola, ¿viene a hablar con el señor? —dijo ella educadamente.

—¿Señor?, vaya, ¿aquí aún seguís en la época feudal?

—Son normas de Ernest, el propietario de la casa. Llevo poco más de un mes trabajando para él como secretaria, es muy estricto, quizás demasiado, pero gracias a esto me estoy pagando los estudios, me paga muy bien. —dijo la joven guiñando un ojo a Brenda.

Brenda se la quedó mirando pensativa, sin articular palabra.

—¿Le sucede algo? —dijo la secretaria observando su rictus serio hacia ella.

—¿Hay alguien más en este castillo aparte de ese gorila de la entrada? —dijo Brenda mirando a su alrededor esperando que nadie las escuchara.

—Suele haber dos hombres más cuidando la seguridad del lugar, pero esta madrugada salieron y aún no han vuelto. ¿Por qué le interesa saberlo? —dijo la muchacha confusa con la inocencia a flor de piel.

Brenda alargó su mano hacia el interior del bolso y sacó ante ella una copia de su placa como comisaria que le fue entregada por Bentford en su última visita. La chica con los ojos como platos se fijó en el nombre que reflejaba esa placa.

—Brenda Watson, ¿es usted? —susurró mirando a Brenda con miedo.

—Ese hijo de puta que vive en este palacio es el autor de la muerte de los cinco chicos de Yorksinne. Mantén distraído al gorila de la entrada y llama a la policía de Cork para que venga para aquí. Si te ponen trabas di que está Brenda Watson haciendo de las suyas. ¿Lo harás? —dijo Brenda posando su mano en su hombro para saciar el miedo de sus ojos.

—Le he de ser sincera, algo me olía mal desde que empecé a trabajar aquí. En el sótano tiene un estudio repleto de aparatos de alta tecnología y muchísimas cintas de vídeo. Me tenía rigurosamente prohibido entrar en ese lugar. Está en la segunda planta tocando el piano, tenga mucho cuidado. Se irrita mucho cuando le molestan en sus horas de estudio musical.

Brenda empezó a subir las escaleras cuando de repente se paró echando su mirada a la chica que envuelta en nervios e inquietud aún la observaba.

—¿Cómo te llamas? —dijo Brenda.

—Karen, inspectora.

—Karen, ¿tiene alguna forma peculiar de vestir el señor Ernest?, ¿algún color predilecto?

—Sí, inspectora, siempre viste de negro.

—¿Sabrías decirme el motivo?

—Padece Xerodermia pigmentosa, Las personas con XP son extremadamente sensibles a la radiación ultravioleta del sol. La exposición a incluso una cantidad muy pequeña de radiación ultravioleta les puede provocar quemaduras y ampollas solares graves.

Desde el pasillo del palacio se oían los compases del piano ejecutando a la perfección los compases de una pieza muy conocida de Chopin. Brenda sin perjuicio alguno abrió la puerta de par en par perturbando la interpretación de Ernest. Era una gran suite de estilo renacentista con un decorado digno de la película de Amadeus. En medio postrado se hallaba un inmenso piano *Steinway* pulcramente brillante y ante él se hallaba el hombre vestido de negro con ropas oscuras. La única iluminación en la penumbra de la suite era gracias a un candelabro dorado sobre el piano. Alertado por la inesperada presencia de Brenda, hizo que sus manos pararan en seco de ejercitar esa pieza que momentos antes ofrecían sus virtuosos dedos sobre las teclas del piano. La miró fijamente sin mover una pestaña unos segundos.

—¿Acaso no le dieron una educación digna en su niñez para no molestar cuando se abre una puerta? —dijo desde la banqueta del piano.

—Perdone, es que me ha eclipsado su forma de interpretar esa conocida pieza, le felicito. —dijo Brenda haciendo un buen teatro ante él fingiendo su admiración.

—¿Así que usted es de la Agencia Dublinia Home?

—Sí, así es, soy Bárbara, vengo tan solo para aclarar un asunto del contrato. Nada importante. —dijo Brenda sin pasar del marco de la puerta.

El hombre de negro se puso en pie con las manos en los bolsillos con una tranquilidad pasmosa e intrigante. La tez de su rostro era mucho más blanquecina que la de Manson. Semejaba tener más de ochenta años. De su apariencia resaltaba su considerable estatura rozando los dos metros. Su complexión era muy delgada y frágil. Ciertamente, su fantasmagórica silueta en la penumbra daba cierta intranquilidad.

—Curioso… muy curioso, quien lo diría. —dijo él gesticulando mirando al suelo.

—¿Qué le parece curioso señor Ernest? —dijo Brenda algo desconcertada.

—Mmm… este palacio hace más de un año que es de mi propiedad.

Señorita, ¿está segura que esa es la razón por la que ha venido hoy aquí? Soy un hombre que nunca recibe visitas. —dijo clavando sus ojos entre la oscuridad hacia Brenda.

—Siempre hay una primera vez, señor Ernest — respondió Brenda con cierta incomodidad.

¿Es realmente avanzando unos quien dice ser? —preguntó él

pasos desde la oscuridad hacia Brenda. —Sabía que vendría a por mí en algún momento, conozco muy bien el instinto de las mujeres de su naturaleza. —dijo él volviendo a retroceder para sentarse en el taburete del piano.

Brenda suspiró sintiendo que toda esa parafernalia barata que llevaba encima no había dado resultado ante ese monstruo de la neurología. Se quitó la peluca rubia y las gafas, dejando al descubierto su verdadera identidad ante él.

—Brenda Watson, así es, soy la polémica Brenda Watson, señor Ernest. —añadió sacando su arma para apuntar hacia el taburete donde se hallaba sentado.

—Lo sabía, supongo sabrá que está usted ante Ernest Schmidt, persona non grata en el servicio secreto de algunos países y buscado en medio mundo por mi pasado familiar nazi. He de reconocer que usted es muy astuta señorita Watson, lo he de reconocer, no queriendo subir a ese avión con un millón de libras, pocos lo habrían rechazado. —pronunció aplaudiendo con ironía.

—Digamos que soy así de descerebrada, así es mi vida. Pero, permítame el lujo de que antes de que se lo lleve la policía que está de camino preguntarle ¿qué les pasó a esos chicos?

—Yo solo soy la codiciada pieza del maquiavélico engranaje de algo que están moviendo las naciones de este mundo desde hace años. He trabajado en secreto para el Pentágono, la CIA, la KGB y altos gobiernos que permanecen en la sombra, en actividades altamente secretas. En el campo de la manipulación de tropas, productos psicoquímicos y miles de toxinas químicas o sustancias biológicas en el campo militar, además de la inserción de implantes septales en el cerebro de personas para realizar experimentos de control mental que en su mayoría no han obtenido los resultados civiles y deseados. Desgraciadamente, muchos voluntarios militares quedaron con

discapacidades permanentes, siendo utilizados como cobayas.

—Eso ya lo sabía, pero no me ha respondido a mi pregunta ¿Qué les pasó? —preguntó Brenda acercando su arma a Ernest Schmidt que con el temple sereno parecía admitir su captura.

—Días antes de que todo sucediera, un equipo profesional militar entró en aquella casa insertando en las bebidas una droga muy potente que provoca el sueño instantáneamente. Mediante unas cámaras de control instaladas en la casa vieron el momento en el que todos yacían sobre el suelo del comedor bajo los efectos de ese sedante. Fue en ese momento cuando se les implantó esos chips mediante un sistema casi inapreciable de infiltración sin cicatrices y ni rastro de dolor. Lamentablemente, algo salió mal en ese experimento, ello provocó un conflicto neuronal y genético en cada uno de ellos que aún desconocemos, haciendo que sus células crearán esos tumores artificiales. Seguidamente, se abortó el experimento y se les hizo desaparecer dejando entrever a la opinión pública que todo fue por el fanatismo que ellos procesaban por lo esotérico.

—¿Qué mierdas quieren probar con esos chips? —dijo Brenda con el corazón encogido.

—Eso lo debería responder tu gobierno.

—Y dígame ¿por qué se quitaron de en medio a Robert Faldom?, él estaba en medio de todo este asunto. —preguntó Brenda intentando recomponer el puzzle de todo lo sucedido.

—Él fue el enlace del gobierno británico con mi persona para llevar a cabo el intereses de Gran Bretaña. farmacéuticas estadounidenses experimento por Negociaba con e inglesas en

colaboración con dichos más gobiernos europeos. Yo no lo maté inspectora, ni tampoco estuve involucrado en la muerte de ese famoso locutor radiofónico de Luces en el bosque, fue el servicio secreto británico para que no se aireara más el asunto. ¿Satisfecha? —dijo él bajo la penumbra de las velas con la voz sosegada.

—Ello no le librará de tener que responder bajo un tribunal por todo lo que ha hecho con esos cinco chicos y supongo que con los cientos que habrán pasado por sus sucias manos. —añadió Brenda sin dejar de apuntarlo.

—No, ya estoy cansado de la falacia de este mundo, mi memoria empieza a fallar y mis métodos empiezan a ser ya anticuados. Esos malditos chips ya son historia, ahora con la nueva tecnología que

fabrica el gobierno chino podrían introducir en su cuerpo algún dispositivo de control sin que usted se diera cuenta, pudiendo tan solo con una palabra clave hacerla morir en cuestión de segundos por una coagulación en su cerebro. La nanotecnología… es el futuro.

Desde el exterior de la suite las sirenas de policía hicieron presencia ante la casa en un gran despliegue de efectivos. Brenda, sin dejar de apuntar a Ernest, asomó su cabeza entre el espesor de las grandes cortinas que impedían pasar la luz del sol. Vio cómo introducían esposado al tipo de la entrada en un furgón policial mientras un destacamento de cuerpos especiales de seguridad entraba en la casa.

—¿Inspectora, como último deseo antes de ser detenido me podría recordar cuál es la capital de la India? —dijo él poniéndose en pie alertado por el ruido en los pasillos de la policía mientras se acercaban a la suite.

Brenda, desconcertada tras esa enigmática petición, intuyó que ello conllevaba algún tipo de clave secreta o mecanismo desconocido para una situación así.

—Nueva Delhi. —susurro agarrando fuertemente su arma apuntando a su cabeza.

—Mmm… Nueva Delhi… lo quería oír de sus labios.

Tras pronunciar esas palabras cayó desfallecido en el suelo como un saco de patatas con los ojos en blanco y fuertes convulsiones ante los pies de Brenda en el momento en que los cuerpos especiales entraban en la suite. Pocos instantes después falleció junto a ese piano sin que el equipo de asistencia médica policial pudiera hacer nada. Horas más tarde, una exhaustiva autopsia concluyó que la muerte fue debida a un coágulo cerebral. Brenda fue trasladada en un coche y escoltada al edificio gubernamental de Irlanda donde prestaría declaración de todo lo sucedido. El dictamen, pasados un par de días tras su declaración, fue claro y firme ante Brenda, quedando totalmente inhabilitada de sus funciones indefinidamente y jurando para siempre guardar la información del caso como secreto de estado sobre lo que escondía el caso de las desapariciones de Yorksinne.

Capítulo 21

Viernes, aeropuerto de Dublín

La prensa del país durante toda la semana informó con grandes titulares y gran difusión mediática la resolución del famoso caso de Yorksinne como un hecho histórico teñido de dolor para los habitantes de aquel pequeño pueblo del interior de Irlanda. Oficialmente, se maquilló la información a todos los medios, dando un mérito especial a la policía irlandesa por ser la causante de dar con el rastro de un loco psicópata llamado culpable de los hechos. Manfred Bequer como Ni tan siquiera salía

mencionado Ernest Schmidt, el verdadero verdugo y culpable de la muerte de los cinco jóvenes de Yorksinne. Increíblemente, se ocultó bajo cerrojo de sumario gubernamental toda la verdad. Tampoco hubo mención a la figura de Brenda Watson, la que fue pieza fundamental en desentrañar ese dramático caso. Brenda quedó en el más absoluto olvido, tan solo fue mencionada en alguno de los artículos de la prensa sensacionalista y en los tabloides dando a conocer sus adicciones para desacreditar su persona. Finalmente, el motivo repentino de la muerte de

Ernest Schmidt fue constatado por el forense como un extraño y poco común coágulo cerebral. Se sospechó, según la policía científica, que fue un suicidio premeditado a través de algún dispositivo nanotecnológico en su cuerpo tras constatar la confesión de Brenda después de la petición de Ernest Schmidt al pronunciar la palabra clave, Nueva Delhi. Se sabe que ese tipo de tecnología de última generación en el campo del espionaje internacional podría tener un tamaño de 90 por 60 nanómetros, 1.000 veces más pequeño que el ancho de un cabello, e ideado para ser introducido en los vasos sanguíneos que llevan la sangre.

Brenda pasó toda la semana en el hotel Melians bajo la custodia de la policía sin apenas poner los pies en la calle por precauciones de seguridad y por la avalancha de periodistas que intentaban cómo hienas sonsacar alguna nueva información. La rumorología corría como la espuma sobre supuestas sospechas de la desinformación sobre el caso.

El viernes, fue trasladada desde el hotel Melians al aeropuerto de Dublín, donde debería abandonar el país de forma anónima sin

atender a los medios por orden expresa del gobierno. Permanecía en la Sala Vip sentada en una butaca con cara de pocos amigos, sola y esperando la orden de embarque con destino al aeropuerto de Heathrow. En un momento dado, uno de los agentes del servicio de seguridad se adentró en la sala para comentarle algo a Brenda.

—Inspectora Watson, alguien del cuerpo policial me pide permiso para hablar con usted unos instantes. Está ahí fuera, le he informado que está estrictamente prohibido, pero es muy pesado ¿Le dejo pasar?

—Brenda asintió con la cabeza afirmando la visita.

Tras la puerta apareció Manson con esa sonrisa feliciana tan común en él. Llevaba el brazo en cabestrillo con un vendaje especial en su hombro. En su otra mano llevaba una pequeña caja envuelta en papel de regalo. Se le veía emocionado, triste e incapaz de articular palabra ante una Brenda eclipsada por todo lo ocurrido. Ella se abalanzó hacia él para abrazarlo efusivamente.

—Aaah… Cuidado, inspectora, aún tengo los puntos muy recientes. —dijo dolorido.

—Mi querido calzonazos, mis oídos ya tardaban en escuchar tus lamentos.

—He abandonado el hospital tan solo para despedirme de usted. Nunca me lo habría perdonado inspectora. —dijo con el lagrimal de sus ojos pidiendo paso a mojar el suelo.

—Bonito detalle Manson, pocas personas han hecho tal cosa por mí. —dijo acariciando su brazo.

—Se todo lo sucedido, son unos malditos canallas, a mí también me han obligado a silenciar lo ocurrido mientras estuve con usted.

—Amigo, bienvenido al mundo real, a veces las cosas no son lo que nos venden los medios. —dijo con cierto desánimo.

—¿Qué hará inspectora de ahora en adelante? se que está inhabilitada indefinidamente por esos indeseables.

—No lo se Manson, quizás esta noche en Londres me vaya a un Club de música electrónica y me mate bailando hasta la saciedad.

Manson se la quedó mirando con una sonrisa de admiración. —Es usted la mejor, supongo que se lo habrán dicho muchas veces. —

añadió Manson dejando caer unas lágrimas de cocodrilo.

—De eso nada Manson, fuiste tú quien me propuso mirar a través desde la puerta del viento, ese detalle fue crucial para dar con ese maldito Ernest Schmidt.

—Pero usted tuvo las suficientes agallas para ir sola hasta Cork a la caza de ese monstruo.

—Vamos a dejarlo… Manson tu humildad me abruma. Por cierto, ¿cómo llevas el famoso tema con tu mujer?

—Lo último que sé, es que ese senegalés culturista la ha dejado por una joven diez años menor. —dijo con desánimo.

—Lo sabía Manson, ¿no volverás a ser ese megacalzonazos esperando que vuelva a tus brazos?

—Lo había pensado inspectora, era una posibilidad, pero se ha ido a vivir con el adinerado gerente de su oficina. —respondió a regañadientes.

—Manson podrías escribir un libro sobre tu vida, olvídala. —dijo dándole una palmada en la espalda.

En ese instante se escuchó una voz por megafonía apremiando al pasaje con destino a Londres para el embarque por la puerta 24.

—Inspectora aquí le dejo un regalo, que en su momento le prometí si resolvía el caso. —dijo Manson ofreciéndole una pequeña caja de cartón envuelta en regalo con un llamativo lazo rojo.

Brenda lo cogió con curiosidad. —Vaya, no recuerdo esa promesa, pero espero que no sea una segunda entrega de esos incunables del mundo filatélico. —dijo ella bromeando cuando se disponía a abrirlo.

—No, no, por favor, ábralo cuando esté en Londres. Creo que será de su agrado, pero hágame ese favor, ábralo a solas. —insistió Manson.

Brenda le dio un abrazo complementado con un sonoro beso en sus blancos mofletes. Lo miró fijamente con una tierna sonrisa, algo extraño en ella. —Adiós, Manson, te deseo toda la suerte del mundo.

Seguidamente, enfiló totalmente sola el largo pasillo hacia la pasarela del avión cuando escuchó de nuevo a Manson llamarla.

—¡Inspectora! —grito Manson haciendo que el eco de su voz rebotara

en ese largo pasillo.

Brenda ni tan siquiera se inmutó, seguía arrastrando su maleta con ruedas evitando por algún motivo girar su cabeza.

—Por Dios, juraría que le he hecho llorar. —dijo Manson para sí mismo como si aquello fuera un hecho extraordinario poco común en ella.

Brenda odiaba las despedidas desde su infancia. Ese recuerdo latente que residía en alguna parte de sus recuerdos en referencia a su dramático pasado familiar y personal, la sumía en una gran tristeza cada vez que alguien por el que sentía afecto desaparecía de su entorno. Efectivamente, Brenda lloraba por dejar tras en ese pasillo un lazo de amistad profunda y sincera creado en un breve e intenso espacio de tiempo.

A diez mil pies de altura sentada en primera clase con una copa de bourbon entre sus manos para dejar atrás las tristezas, releía la prensa del día donde se mencionaba toda esa sarta de mentiras sobre el caso. En un momento dado, sus ojos fueron a parar a la caja de cartón que posaba sobre el asiento vacío de su costado y que Manson le entregó en la terminal del aeropuerto. Alcanzó la caja con su mano para posarla sobre sus piernas.

—Qué diablos, lo abriré aquí mismo, espero que Manson no me haga saltar por los aires. —dijo con una sonrisa en sus labios.

Tras desenvolver el paquete se quedó contemplando estupefacta lo que vieron sus ojos.

—¿Pero qué mierda es esta? —dijo olisqueando los restos de lo que parecían unas cenizas.

—Espero no me haya regalado las cenizas de su difunto abuelo al que tanto idolatraba. —dijo Brenda haciendo muecas de angustia solo pensar en esa posibilidad.

En el interior había una nota escrita a puño y letra por Manson.

¿Querida Inspectora recuerda esta conversación?
—Inspectora Watson, lamento lo sucedido ayer por haberla puesto en evidencia.
—Olvídalo, solo te perdonaré si quemas esa chaqueta. —dijo volviendo a señalar el logo. —Evidentemente, Manson, lo eres y de los grandes. —dijo Brenda cariñosamente sin tapujos.

—Le lamento admitir que no puedo desprenderme de ella, es un recuerdo aún muy latente de mi mujer, pensara que soy un tonto calzonazos.

—Prometo regalarle las cenizas de esta chaqueta en una caja si usted es capaz de solucionar el caso algún día. —dijo Manson como algo muy improbable.

Brenda cerró la caja con una sonora carcajada haciendo que otros pasajeros la miraran con curiosidad. Manson fue capaz de devolverle instantáneamente esa sonrisa pícara que brillaba en su rostro en cada momento. Con ese instante aún latente en su cabeza se recostó sobre la ventanilla del avión observando los rayos de sol reflejándose sobre el metal del ala, mientras poco a poco la solemne silueta de la isla esmeralda se difuminaba como un recuerdo perdido que jamás volverá.

Continuará…